


LA SELVA
Y YO
alfredo álvarez garcía

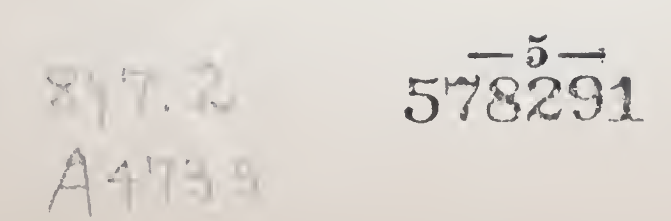
PORTADA

VENGO de la selva, refugio de sueños que nadie se ha atrevido a soñar. Traigo en los cabellos hojas secas y en los ojos un reflejo de la verde llamarada que es el alma de los árboles. Allá he dejado la fiebre y la vana inquietud. Mi espíritu se ha empapado del ancho silencio, y ya conoce el valor de la palabra que no se dice y el sentido de esa sonrisa fresca que se diluye en el océano del césped.

Me mueve una idea honda y sin edad: la vida polimorfa de la selva ha penetrado en mi espíritu como un perfume. La prédica insistente de las hojas convirtió mi corazón al fuerte evangelio de la savia, que es más humano que el de la ciudad.

Mis pupilas bebieron incansables la suave claridad que se filtra a través de los follajes, no de otro modo como esas placas fotográficas que desde el fondo de los telescopios, atisban hora tras hora la luz de los astros perdidos en el Infinito.

Quisiera que las instantáneas que he traído de la selva llevaran un poco de luz a los ojos que se consumen en talleres obscuros, a las frentes que sudan en el fondo de las minas, a los que viven cerca del bosque sin conocerlo.



*

* *

Selva, reino de los seres que cumplen mansamente el Corán de la vida. País que ignora su fuerza. Cuba maravillosa del Tintorero del Día. Mundo formidable, dueño de la vida y de la muerte.

De tu seno salió el primer hombre, todavía encorvado y peludo, sin saber mirar las estrellas. Pero su innata rebeldía se volvió contra tí, y, en un gesto de desafío, lanzó sobre tu vientre los potros salvajes del incendio.

Eres marea de vida elemental. Ancla en el fondo rocoso de la nada. Alambique en que el polvo se hace otra vez nervio y sudor.

Al nombrarte, mis labios se endulzan con la palabra suprema.

De tus flancos brota la musicalidad del agua. Y tu manto cubre la desnudez de la tierra.

A nuestra espalda han quedado la prisa y la inquietud. Nos dirigimos hacia las regiones donde los minutos pierden el rumbo y avanzan cautelosamente, como temerosos de despertar el hondo misterio.

Pero bajo la película de calma, se adivina la tragedia que es compañera inseparable de la vida; se siente la lenta agonía de los que son vencidos y que deben resignarse a morir. Porque la vida es lucha tenaz y constante. Porque sólo la muerte es reposo. Sin embargo, aquí no habremos de encontrar actitudes teatrales. Aquí todo es sincero, todo es verdad, todo tiene la pureza de lo primitivo, de lo nuevo y no contaminado.

Sus muertos, quedan de pie —estatuas de árboles—, en la misma actitud en que vivieron, con los brazos levantados al cielo, sin corromperse. Y aunque ya la chispa que los animó, ha empren-

dido el camino de la nada, ellos siguen ofreciendo la compañía de su rígida presencia y la hospitalidad de su ramaje seco.

Estamos en la tierra del silencio. No ese silencio que se siente como simple indiferencia, sino aquel otro, superior y complejo, que es como un regazo, o como suave colchón. Los que tengan miedo pueden llenarlo con música, no con palabras, pues la palabra lo hace huir. La música lo deja tranquilo, escuchando, listo para repetir, con las mil bocas de sus ecos, los sonidos más hermosos.

El silencio no es tristeza; es una oportunidad para percibir los sones interiores, las voces mínimas. Afina los sentidos.

Las pupilas dejan de contraerse y las imágenes se pintan más fielmente en las retinas. Dejemos que pase su mano sedosa sobre nuestro espíritu.

*

* *

Vamos por una de esas veredas delgadas como chicotes, que atraviesan los bosques. Hemos abandonado el auto. El caballo, al paso, marca un ritmo binario, como aquel de las danzas que bailaba la abuelita.

¡Con qué pereza desfilan los árboles! Parecen obreros que rinden la jornada. Cada metro que adelantamos, cuesta un rechinido de la silla. Todo el bosque se mece, mareado, deseoso de dormir.

La ciudad de los árboles está acurrucada al fondo de un océano de aire en cuyo seno se aventuran algunos rayos del sol, llenando sus redes de gemas; todo lo exploran, todo lo mueven,

mientras los pájaros, —peces de música— nadan entre los pescadores.

Por las tardes, los rayos recogen sus redes y toman vuelo para brincar sobre el oblícuo trampolín de los reflejos y caen en la charola de cobre bruñido, que la tierra —prestidigitador cósmico— va pronto a escamotear detrás de su capucha.

La selva, como el mar de esmeralda en la leyenda árabe, tiene un pesador que la pesa todas las mañanas para guardarla contra los ladrones nocturnos; su balanza delata el robo del pétalo más insignificante. Pero el viejo bonachón se ha compadecido de nosotros y ha terminado por quitarle su fiel a la balanza.

Y vemos una vez más el milagro cotidiano del día: luces cenitales que aplastan los árboles; claridad perla de la tarde que acentúa contornos y aquilata bellezas; la sinfonía en oro y rosa del atardecer. Y luego las sombras que corretean, juegan al escondite, se disfrazan de fantasmas...

Continuamos la marcha. Vienen tras de nosotros, con sigilo de asesinos, las pisadas que dejamos olvidadas.

Nos insultan las palabras escapadas un día de nuestra boca.

Las horas ya vividas, ojerosas y vanas, van desfilando con la inutilidad de esos ángeles bobos que viera Dante en el Paraíso.

A trechos, la altura sacude sobre nosotros su blanco confeti de estrellas. Los árboles parece que se esconden unos tras de otros. Adelante se adivina el gran claro donde han acabado de trabajar los carboneros.

La luz de la luna va subiendo como una marea silenciosa.

Sobre el suelo, los árboles tronchados duermen su sueño largo. Son gigantes que perdieron su última batalla.

Nuestra vereda que iba corriendo paralela al Tiempo, se ha perdido o quizá se ha transformado en la anchura del claro. El Tiempo, que era río, se ha vuelto lago, y cesa de correr. Sobre sus

aguas flotan, panza arriba, los cadáveres de todos los relojes. Estamos en el umbral del Infinito.

El cielo, que ahora se deja ver en una inmensa extensión, es una tienda de campaña llena de pequeños alfileres. De su centro cuelga un disco de plata reluciente. Bajo esa tienda habremos de acampar toda la vida, —sólo una breve noche.

CAMINOS

Caminos por donde vienen las auroras vírgenes cantando su esperanza; caminos por los que se alejan las tardes preñadas de experiencia y tristeza. Caminos, cintas precisas que miden la tierra para repartirla.

Caminos agrios, huraños, destroncados. Caminos que el bosque estruja entre sus manos insensibles.

Caminos, ladrones de distancias. Se laminan y agazapan para franquear prohibidos horizontes; se estiran como resorteras que tiende la blanca mano del Norte.

Camino, —raya clara en el peinado del bosque—, tú escuchas su pensamiento que se diluye en la luz como pigmento verde; pasas lentamente contando a los árboles historias de viajes y conquistas; vas sin prisa; apenas partes y ya has llegado a la meta. Al atardecer, recoges tus pies innombrables dentro de tu vientre largo, y te duermes con un sueño de montañas.

Hay veredas que para suicidarse, escalan la montaña y se arrojan de cabeza a los precipicios. Otras duermen su cansancio en los valles. Cuando tienen sed bajan a beber al río con la mansedumbre de las vacas.

Y esas veredas retozonas de los pueblos perdidos en la sierra... Y esos atajos sin nombre que de un solo resbalón llegan al valle... Pero todos buscan siempre la sombra de los árboles, y, al encontrarla, dejan de correr para avanzar con paso lento y tranquilo.

Caminos que nos han traído una nueva justicia y una nueva verdad de más allá de los mares.

Algunos hay que salen de la selva para chupar la solana. Al seguirlos, huyen las medias tintas de los paisajes románticos, y por la imaginación pasan visiones de una vida más alta y más fuerte. Se contraen las pupilas, y el semblante toma aspecto sañudo; pero todo es obra del sol. Basta verlo un momento para que los ojos marquen con su "fierro" incandescente todo cuanto miren. El cuerpo avaro absorbe la claridad; la sangre circula más roja, más vivaz y parece pronta a desbordarse. La voluntad se arma de hoces y martillos, y tomando por bandera un girón de nube ensangrentada, va por los caminos sembrando la inquietud, saboteando sus recias pisadas los mitos seculares.

VOCES

Nos encontramos en un calvero que la selva presumida esconde cuidadosamente.

Aquí se detienen los vientos, antes de entrar a su trabajo en los molinos del valle. Mientras se toman su trago, cuentan los millones de chismes que inventa la ciudad distante. Luego juegan su partida de dominó usando fichas de hoja de roble.

A veces, descansan un poco, echados sobre la alfombra del pasto. Cuando ellos duermen, se dejan oir las voces humildes y sinceras de las cosas primitivas.

"Pinzas de hormiga —murmura el grano de arena— me han traído de la colina, y ya sé lo que es el jadeo de la fatiga, y la queja del hambre, y el gesto del dolor".

Dice la roca: "Manos blancas y frías subieron un invierno a la montaña y llegaron hasta mí. Envuelta en su caricia, bajé al arroyo. Las manos se fundieron con el primer rayo de sol, y yo quedé abandonada, entre árboles tronchados por la avalancha. ¡Extraño cariño el de la nieve que lastima con su querer, que lleva la muerte en su beso! ¡Y yo vivo todavía! ¡Quizá porque tengo de piedra el corazón!"

Se oye al polvo. "Nadie se acuerda de mí. Todo sale de mi seno y a mí vuelve. Brilla el Astro Mirífico y me inflamo en bruma dorada. Y pasan los hombres apresurados, cerrando los ojos, con el pañuelo en la boca; maldiciéndome. Cae la lluvia, y yo perfumo el aire y alimento la hierba. Y los hombres me evitan porque dicen que mancho".

El estanque boquiabierto se ha quedado admirando el vestido que Iztaccíhuatl estrenó en Noche-Buena. Y sobre la inútil blancura de un cielo aristócrata, la tarde amontona la blancura proletaria de las pacas de algodón.

NOCHE

Ha caído sobre la cara del día un enorme chal de lana violeta. De tan obscuro, nos parece negro. La noche multípara descubre sus pezones luminosos, y todo se nutre con leche titilante.

La sombra va embotando filos y salientes, va mellando las aristas; en los rincones, se condensa como una telaraña. Los contornos de mi cuerpo se hacen indistintos. Asisto a un extraño ensanchamiento de mi ser que ya no se contiene dentro de sus límites habituales: la sombra forma parte de él. Mi cuerpo y la sombra han perdido las fronteras.

Lo que no tiene vida, la alquila por unas horas en la utilería subterránea de los gnomos. Las cosas, como almas en pena, salen por los caminos de la selva asustando a los arbustos que se agazapan tras de las piedras, haciendo reir a los arroyos. Los pinos fingen miedo erizando su plumaje. Llena las galerías el aplauso gris y asordinado de los murciélagos.

Y la farsa continúa en el difuso escenario mientras queda carbón en las carboneras de la noche, hasta que los buhos, —cucos del reloj de los bosques— sisean la hora del amanecer.

En las ciudades, la luz del neón lucha por levantar con sus hombros el techo del mundo, pesado de tinieblas; pero la luz sangra desollada por la obscuridad puntiaguda.

Las linternas en los caseríos remotos palpitan como si estuvieran vivas; a cada sístole las sombras se alejan un poco para volver inmediatamente, con elasticidad de resortes.

Y mi corazón, experto en todos los caminos, va remachando los instantes, clavos de una vía que se hunde en el pasado.

ORACION INICIAL

A LA MADRE

ESTAMOS en el claro de una selva imprecisa. En los potros del viento cabalgan voces sin dueño.

Nuestra vida es un milagro perenne y sencillo. Sobre la corola tornasolada del mundo se extiende, como una dádiva, la suave cúpula de las nubes. De la tierra prieta y enlodada brotan las trenzas del arrozal plebeyo, y surge la cohetería de mastuerzos y claveles. Por las tardes, los celajes alquimistas transmutan nuestro espíritu en esencias que no mueren.

Si nos acercamos al mar, pensamos que con él principia y acaba toda la hermosura; sin embargo, en todos los momentos del día, nuestras retinas están pintadas por la cálida magia del sol que nos envuelve en su red de prodigios sin término.

Pero es más alto donde encontramos el milagro perfecto. Más alto y más cerca de nosotros. Somos tan pequeños que es maravilla que podamos alcanzarlo.

Viene de esas regiones desconocidas en que la luz nace de la sombra y el día es sólo una prolongación de la noche; su nombre es una sinfonía del mar, y al decirlo despertamos sonoridades hondas y ecos que no mueren. Colgamos de su mirada como

esas gotas de rocío que vibran en los polígonos luminosos de las arañas.

Descendemos de su dolor, y tomamos origen en un estremecimiento de su cuerpo. Cuando su entraña se ilumina con la presencia deseada; cuando sus brazos, en vaivén de oleaje, acallan el llanto y dan el sueño; cuando de sus labios brota el manantial del consuelo, entonces ni el sol, ni el mar, ni la tierra pueden comparársele, porque la madre es el don supremo: es la Tierra misma que se viste de carne y echa a andar su corazón.

Veo a las madres del mundo envueltas en un halo blanco que ahuyenta las tinieblas, ¡quién pudiera cegar en su luz! Son algo más que mujeres; están tejidas de amor; su espíritu es una claridad trascendente. No tocan el suelo con los pies; no las alcanza el polvo del camino. Casi son inmateriales: sólo la mano del hijo puede sentir su realidad.

¡Quién sabe por qué arte maravilloso la boca de los niños se mueve para decir "madre"! ¿Qué campanas oyeron antes de nacer? ¿Qué orquestas les llenaron de música el oído?

Quien alcanzara a escuchar las voces del silencio, quien tuviera los sentidos suficientemente finos para percibir las vibraciones humildes, podría ver cómo tiembla de regocijo el agua, al regresar en hombros del arroyo hasta el seno del océano. Cómo todo lo que brota de la Tierra queda perdido a su flanco fecundo pidiendo sustento y protección. Cómo no hay paz ni amor para los huérfanos.

En la hora tremenda, cuando suena el rebato del incendio enmedio de la selva, cuando los árboles se retuercen entre las garras de la llama, el grito de luz en que se envuelven es el clamor desesperado a una madre que todo lo abarca y lo comprende.

Cuando ella se nos va, todo se enluta y enmudece; sólo se oye el doblar escalofriante de la campana de hierro. Dentro de nuestros recuerdos cae una lluvia de hojas sin vida. El Sol se ha

cortado los cabellos y los deja caer, inertes, como espigas tronchadas. La luna se enjuga sus lágrimas con el revés de su manga. Para nosotros ha muerto el alma de las cosas; todo queda vano y sin sentido.

Nos aturden las pisadas de nuestro corazón que quiere correr tras de la madre. Para aquietarlo, nos ponemos el índice en cruz sobre la boca, como quien quiere sosegar a un chico travieso.

Pero las madres no pueden morir porque tienen en nosotros el retoño más vigoroso de su entraña. Miramos a través de sus pupilas mates que nuestra juventud ha pulido nuevamente. Lo que oímos despertará ecos que ninguna tumba, por muy honda que sea, podrá extinguir. Ellas vuelven a vivir en nosotros. Son la causa escondida de nuestras alegrías. En el llanto, en la amargura, en la pasión o en la sonrisa, lo que nos brinca en el pecho es sólo un brote de su cuerpo, una chispa de su espíritu.

¡No pueden morir! En nuestro corazón todavía vibran sus amores con la misma fidelidad de los ecos que pasean en las viejas catedrales. Y su inquietud se convertirá otra vez en la chispa que habrá de perpetuar la vida, cerrando el ciclo eterno.

Cerca de ellas desciframos el sentido oculto del vivir. Se nivelan los abismos. La noche esconde sus cuchillos.

Yo no sé cómo deba decir su nombre cuando Ella se me vaya. No quiero saberlo. Habrá que aprender a gritarlo con grito tan fuerte que salte las barrancas y venza las distancias, que ponga en pie todos los ecos que duermen en las grutas heladas.

Recuerdo cómo Ella me quiso cuando yo era sólo una esperanza, o menos todavía, una queja, quizá un tímido vagido. Veo. como en una maravillosa película, el calvario anónimo a cuyo término, en lugar de cruz, se alza una cuna.

Pero hoy el sol luce la gloria de su melena virgen. Es primavera. Sentimos en la sangre un cosquillear de savia fuerte; so-

mos como un árbol enmedio de la selva. Las madres nos rodean. Sus corazones nos protejen como escudos; sus manos curan nuestras heridas. Su mirada nulifica las tinieblas.

*
* *

Mi garganta repite tu nombre como cascabel que rodara por el suelo. Y mis manos hábiles saben donde encontrarte. Y mis ojos están llenos de tus ojos. ¿Quién podrá arrancar tu nombre de mi boca? Ante mí se izará tu recuerdo como una bandera blanca o como la cabeza de una palmera, que se entrevé en el horizonte.

Me baño en tu voz que crece en mi corazón como una avalancha de ecos. Tú has arrancado los velos de mi angustia y con tus manos calmas mi queja interior.

Yo fuí tu templo y tu rito enloquecido. Yo aprisioné tu sonrisa y desvié tus deseos hacia más altos derroteros. Tu fruta se hizo flor y luego perfume indisipable.

Síntesis de mujeres, tú cumplirás la cita que te dió mi sueño para el día quizá próximo en que los dos crucemos el Puente. Tengo esa certidumbre en mi corazón.

Mi alma queda asomada hacia la ventana del oriente en espera de la aurora próxima.

SALUDO AL MAR

ESTAMOS frente a la presencia que anula todas las presencias. Ante su voz enmudecen todos los gritos. Y no hay color que se destaque sobre su color.

Su nombre es placidez, o furor de tempestad. A la hora de la siesta, cuando se adormece "hilando" como un gato, su calma es tan ancha que sólo puede compararse a la tranquilidad de la muerte. Pero cuando el viento fustiga su lomo transparente, y surge su atávica rebeldía, entonces pone espanto en el alma blanca del alud, y la inundación, avergonzada, recoge los pliegues de su falda sepia. Porque no hay fuerza que resista a su fuerza, ni cólera que ante la suya no se trueque en servilismo de terror.

¡EL MAR! ¡EL MAR! ¡EL MAR! Nuestro idioma escogió para nombrarlo la palabra más sencilla. Quizá es el mismo monosílabo que sin cesar repite la ola. Tal vez exprese su inmensidad, pista en que el espíritu prueba los nuevos motores de su avión. O mejor, quiera denotar esa suavidad con que los horizontes océanicos pulen la mirada que los acaricia, su esfericidad, que es perfección de forma, sublime sencillez.

Casi todas las palabras, cuando las desmenuzamos en la soledad de nuestro pensamiento, acaban por perder su sentido.

Desmontadas, desarmadas como un reloj que cae entre las manos de un muchacho, cesan de presentarnos una idea. Se convierten en meros ejercicios de deletreo. Pero con esta palabra no ocurre lo mismo. Al repetirla, se forman círculos concéntricos en el agua del silencio; círculos que van creciendo hasta llegar al Infinito.

¡EL MAR! ¡EL MAR! sigo repitiendo. Ahora ya sé lo que me sugiere: es la voz de un caracol marino con que me adormecía mi madre. Era un caracol brillante como una alhaja; tenía unas manchas que simulaban velas. Tantas, que parecía una regata de veleros minúsculos, disputándose alguna copa internacional. Y aquella cosa, antes muda, como todas las demás, adquiría voz, si me la acercaba al oído. "Es la canción del mar" decía mi madre. ¡Cuántas veces hizo cesar mi llanto de niño! Cuántas veces me trajo el sueño y el descanso.

Sí; aquel caracol decía la misma palabra, la palabra con que lo bautizara la salobridad del agua; la que gritan las burbujas a la arena sin fondo; la que se trasmiten, como una consigna, las bocas blanquísimas que se abren en la onda.

*

* *

Un día, hace millones de siglos, salimos de su seno. Brillaba todavía la sal sobre nuestra carne. Como los caracoles, sólo sabíamos repetir su nombre. Y otro día, no remoto, habremos de recogernos en su seno para dormir un largo sueño, antes de buscar nueva patria en distantes universos.

Pero si prematuramente, un cataclismo destruyera la vida en tierra firme, del mar surgiría la semilla para repoblar los continentes.

El mar es crisol inmenso en que la roca disuelta se transmuta en inquietudes, en amores, en ideas. Es cuba en que fermentan nuevas formas.

Pero no es mi voz insignificante la que quiere dirigirse al mar. Es el río, largo brazo de la montaña, quien le trae el saludo de la selva primordial.

La blanca mano acariciando el vientre terso. El estruendo de la avalancha que viene a confundirse con el monosílabo marino. Las últimas noticias de la vida del bosque, traídas por el agua dulce a los oídos de la abuela que viste, según el mito azteca, su "falda de esmeraldas". Así saluda al océano, el bosque distante.

Con las lluvias del verano, el río, prieto de vida, se vuelve sangre de las criaturas del mar. Bajo las transparencias movibles, los reflejos nacarados son una sinfonía de colores. El amor se enciende en una claridad trascendente, y las plantas alargan sus raíces dislocando las piedras, mientras las hojas se ensanchan para atrapar la luz que dejan pasar las ondas.

Y no es sólo sustento lo que ofrece. También tiene entre sus dedos la alegría del monte que se baña en el sol; el celo de la bestia buscando a la bestia; las risas concéntricas de las gotas que bajan del cielo; la caricia de los vientos terrestres, que si no tienen la constancia de las brisas marinas, en cambio vienen cargados con las mil esencias de las plantas silvestres y los millones de voces de campos, ciudades y bosques.

Río crecido como turgente vena de luchador; lleno de rumores discordantes. A veces tiene la bravura del potro de las pampas y en sus cascos lleva la muerte. Pero cuando llega al mar, cesa su rebeldía, y cede mansamente sus tesoros. Y el gran ritmo va coordinando todas las voces que trae la corriente. Se afina la orquesta y poco a poco el agua ronca aprende la canción del mar.

Y cuando pasa la estación de las lluvias, cuando la corriente recobra la cordura, nos trae la cristalina palabra de la nieve y las fotografías de las nubes curando frentes enfermas, la historia del largo descenso en misión de caridad. Recuerda cuántos dolores curó y a cuántas bocas dió de beber. Toda su hondura es explorada por la sonda solar y, lo mismo que el océano, aparta su túnica y sus carnes para dejarnos ver su entraña clara.

Pero hay veces que la vida de la selva rebasa sus propios límites. El río avanza —potencia de falo— violando la estrechez de los puentes, forzando toda traba. En su impaciencia, deja escapar relinchos y bramidos, repite como un loco el grito del alud o la exclamación de la tormenta.

Peregrinación en masa. Todo el río camina como un batallón de veteranos. Cada gota, al resbalar como lágrima en el ventisquero, o al iniciar su viaje vertical desde las nubes, sólo tiene un anhelo: llegar hasta el océano, saborear el gusto de la sal, y luego desaparecer en el Gran Todo. Para lograrlo, es capaz de romper diques, desarraigar los árboles, ahogar ganados, destruir ejidos y ciudades. El poder del hombre desaparece ante su furia. Nada hay que le resista.

Su agua no tiene, como la ola, el motor del viento; sólo obedece al llamado inaudible del océano que espera más allá del horizonte.

El mar, que provoca con ruidosas cachetadas al escollo, y lanza fuetazos contra la frente de los acantilados, abre sus brazos para recibir al río; lo acoje en su pecho azul, y mansamente, se opera la fusión de la carne trigueña y la carne transparente.

Y el batallón del río sigue caminando a marchas forzadas ahogando los brotes de rebeldía que se agitan en su seno. Aparta con sus potentes brazos los obstáculos de las riberas, y lleva sobre los hombros los cadáveres de los guerreros que se atrevieron a hacerle frente.

Ha cambiado la cara del paisaje. Parece la de un muchacho glotón, sucio de chocolate.

Pero, de cerca, se aprecia la desolación en toda su magnitud; la labor dilatada de la tierra, las catedrales que la savia levanta entre los bosques, los conmovedores esfuerzos de los hombres; todo queda nivelado en la igualdad de la inundación. Mas la naturaleza sabia nada desperdicia; y, pronto, las aguas prietas darán nacimiento a nuevos bosques y nuevos hombres.

Al atardecer, cuando la noche le va pisando los talones, el río se desliza con más velocidad, guiado por los hachazos del faro distante que enrojecen rítmicamente el horizonte. Dilata las narices como corcel fatigado. Ya puede sentir el perfume marino. Ya los labios le saben a sal.

No es la muerte lo que le espera en el seno del piélago; es un nuevo nacimiento a la luz, un bautismo de transparencias, una inoculación de inquietudes. Será Uno con el Todo. A un mismo tiempo estará en todo lugar. Se confundirán el corazón y la mano. Más bien, toda su carne será un corazón; todo el ser, una capacidad infinita de caricias sin término.

Sobre su inmensidad brillará siempre el sol. La noche será desconocida. A través de su cuerpo correrán los peces plateados como mensajeros de claridad.

*

*   *

¡Cuán incomprensible resulta para nosotros la vida acuática, donde el movimiento es un placer y la comida flota suavemente en derredor. De los dos motores que sostienen la vida, es el amor el que agita a estas criaturas de luz. El hambre, como

necesidad no satisfecha, como angustia, es aquí desconocida. País maravilloso en el que sólo se vive para amar y hasta la misma semilla de la vida se licua para abrazar, en su caricia amplia, todo el espesor de las aguas.

La tierra no conoce amor tan intenso como el que reina en los mares. El vaivén incesante significa el blando movimiento de una cuna. Y cada hueco que el viento abre en el pecho de la onda, parece una nueva concepción, un parto diáfano y callado.

¿Qué joya puede comparar su brillo con el de unos ojos bajo la esmeralda líquida? ¿Y esas linternas con que se alumbran los peces de los grandes fondos obscuros? Matices que el mismo sol no conoce. Formas en que la vida se supera a sí misma. Colores tan raros, tan irreales que sólo pueden verse en la substancia de los fuegos fatuos.

Pero les fué negada la voz. Por eso es el agua la que tiene que hablar. Por eso el mar no enmudece jamás.

*

* *

¡Con qué mansedumbre llegan los ríos durante el invierno!

Se acercan al mar como una vaca que va a beber, huelen el agua, y al encontrarla fresca y agradable, sumergen el ancho hocico, y calman lentamente su sed.

Ríos apacibles que vienen sembrando sauces y sabinos a lo largo del sendero. Ríos perezosos a quienes no importa llegar tarde a la cita. Ríos musicales que vienen tarareando el ingenuo estribillo de la selva.

Y aquí vienen a dar también esas corrientes efímeras que nacen en la furia de las tormentas, y que tienen que ir improvisándose un cauce a través de arenas y de rocas.

Los grandes y los chicos, rubios y trigueños, los que estrenan pechera almidonada, y los que nunca se han lavado la cara; todos los ríos traen al mar la ofrenda de su vida, de su dolor y su alegría.

Allá, en el campo liso comienzan a asomarse las cabecitas verdes de la hierba. Tienen prisa de vivir, de ver el Sol, de respirar la brisa. Quieren su pequeña parte en la felicidad universal.

En el mar parece como si la felicidad estuviera en el ambiente; diríase que basta trasponer la membrana tersa del agua para encontrar al otro lado el país maravilloso que descubriera Alicia en el fondo de su espejo.

Mar sedente y vibrante como una bayadera: apenas marca el ritmo con un leve aleteo de sus dedos afilados. Su calma esconde una gran actividad interior. Es el gran laboratorio de la Vida y de la Muerte. El Dictador que en nuestro destino pronunciará la última palabra. Chupa la sangre de la montaña a través de los popotes largos de los ríos. Pero el Sol, que es el gran justiciero, le quita su exceso de riquezas, y en lentas caravanas de nubes, restituye a la Tierra su tesoro.

*

* *

Ahora duerme el mar. (La onda quieta pero agitada por internos paroxismos, toca con sus alas sin color, las orillas extensas de las auras). Se ha quedado tirado sobre la arena como un luchador jadeante de fatiga. Sobre su lomo se mellan las flechas de luz, y nuestras miradas buscan alucinadas un límite a su distancia, sin encontrarlo nunca. Llegan hasta el horizonte y sienten el vértigo de lo inmenso y desandan el camino. Pero no

vuelven hasta nosotros. Y los ojos se nos van quedando vacíos, al mismo tiempo que se nos llena el corazón.

El Mar forma, con el sol, una dualidad inmensa: la fertilidad femenina y la potencia fecundante que jamás se agota. El vientre enorme, y la luz que cae, formando una cascada de semillas. De esa gigantesca fecundación, surgió en edad pretérita el milagro sonoro y multiforme de la vida.

Es inútil insultarlo o caer de rodillas ante su majestad. Permanece indiferente ante nuestra vida artificial. Pero la vida honda, la verdadera, la que viven la planta y el animal, esa sí encuentra aquí su resonancia. Porque el mar siente intensamente amores y alegrías, aunque sin conocer odios ni tristezas. En su larga risa no cesa de mostrar sus dientes blancos.

*

* *

Para comprenderlo, sólo tenemos un medio: fragmentar su inmensidad. Enfoquemos el objetivo de nuestro cerebro a poca distancia de la playa.

Un vientecillo inquieto viene de alta mar; trae desde las grandes islas el microbio de la rumba y el rítmico temblor del hula-hula.

Sobre el incierto piso del Océano, se organizan grupos de bailadoras. Llevan la cintura ceñida de juncos verdes, y a cada movimiento parece que van a entregarnos el secreto de su sexo de plata. Están descalzos los pies transparentes; entre sus dedos traen perlas, grandes como canicas. Y en la cabeza y en el cuello, lucen blancas coronas de sacaloxúchil.

Se han cogido de las manos y dan dos pasos hacia adelante y luego dos para atrás, mientras sus voces cristalinas repiten aquel estribillo infantil. "A la víbora, víbora de la mar, de la mar; por aquí se ha de pasar. La de adelante corre mucho, la de atrás se quedará". Y bajo la arquería de los brazos blancos, va pasando la fila de las bailarinas oceánicas, sin dejar de cantar.

Tienen los senos erectos y sus pies se esfuman bajo las glaucas transparencias. Levanta una ola sus hombros de nácar y se baña un instante en la luz. Adelante hay otras que esperan su turno, y otras más lejos, sin nacer todavía.

Forman una guirnalda que toma todos los contornos. Y, como en la romántica historia de Penélope, tejen y destejen la alfombra que forman con sus cuerpos imprecisos: no quieren terminar nunca su labor.

Son las hijas del mar. Tienen como él los ojos garzos y la sonrisa blanca. Carecen de la seriedad de las danzarinas profesionales. No llevan esa risa que congela los labios. No se sujetan a la tiranía de un director.

Están sin prisa. Bailan el hula-hula de la mañana y el de la tarde; el hula-hula del mediodía y el de la medianoche. Con ritmo lento o acelerado, con movimiento preciso, o en trágico desconcierto, su baile es tan constante que fatiga nuestras retinas y acaba por desgastar los escollos.

A veces se juntan allá en la "ola verde"; giran y echan maromas, apoyando la cabeza en la alfombra del mar. Las faldas cortas, adornadas con esmeraldas y chaquira, voltean en el aire.

Ahora se ha disgregado el conjunto. Los grupos evolucionan con ritmo sincopado, como en un extraño compás de jazz. Se diría que están imitando el baile de las hojas secas en los salones del otoño.

Desorganizadas, corretean por todos lados. Tropiezan, dejando ver la gloria de piernas y caderas. Muchas caen sobre la arena

y desaparecen por esos escotillones misteriosos que van a dar hasta el mar.

Algunas parejas, con los brazos arqueados, se dejan llevar por el viejo ritmo del vals. Otras giran en el vértigo brutal de las danzas apaches. Y otras, frente al rompeolas, se levantan la falda para marcar el movimiento de un schotis.

Aumenta la agitación en el ambiente. El compás es más rápido y menos regular. Las ondas raspan los flancos del barco encallado como si fuera un güiro, y hacen maracas en el hueco de sus manos llenas de marmaja.

Ya no vemos perfiles borrosos, envueltos en gasa. Es el músculo azul, duro y potente, el que se acusa. Los grupos chocan brutalmente como futbolistas. Parece que una intención maligna los anima. Pelotones enteros son dispersados; otros, más valientes, los reemplazan. Y vuelven a chocar, cada vez con más vehemencia. No descansarán hasta aniquilarse, o hasta que la "flauta mágica" del Norte, deje de tocar.

Los espectadores que habían adelantado sus butacas de piedra, ahora quieren retroceder. Pero parece que sus asientos hubiesen echado raíces; y tienen que resignarse a seguir mirando con los ojos dilatados por el espanto.

El baile se ha vuelto una diña. Las muchachas se insultan Gritan con voz histérica. Se lanzan los proyectiles que encuentran. Se escupen con saliva fosforescente. Las uñas se hunden en la carne blanca. Muchos cuerpos desnudos son pisoteados por las más fuertes.

Están ciegas de cólera. Ya no les basta con luchar unas con otras, sino que arremeten contra el farallón, vestido de rigurosa etiqueta. Pero la brisa se ha quedado sin aliento, y el agua se serena dócilmente. En la paz de la tarde, las blancas velas son los suspiros del mar.

*

* *

Lento plenilunio. Marcha fúnebre. Sólo hay dos colores: plata y negro, los colores de la muerte. Suenan, en tono menor lúgubres acordes de los cuernos y las trompas del acantilado. Se quejan, con el breve lamento de los güiros, las olas que mueren en la arena.

Sobre la inmensidad del mar, la luna ha tendido un pasillo de plata para que desfile el cortejo. Hacia el horizonte, la plata se ensancha hasta cubrir todo lo que alcanza la vista. En esa blancura, la imaginación saca a pasear sus creaciones prisioneras.

A los lados, de espaldas a la luz, la sombra cuenta sus millones de joyas.

El féretro avanza en un trineo silencioso. Dentro de la caja, van las cenizas del mes que acabamos de vivir.

Sombras tiran de él, sirgadores callados que siembran de lágrimas blancas el camino. ¡Cuántos de los nuestros van en aquel féretro!

Y también se lleva algo de todos los que nos quedamos. Lo mejor de nosotros. ¡Un mes de nuestro corazón!

Con clásica lentitud, medido su paso por la tarda manecilla de la luna, va desfilando el cortejo. En la costa, los cedros se embozan en sus capas para disimular el llanto. El faro, loco de dolor, da vueltas con los brazos en cruz.

El mar está más hondo que nunca. Más inhumano. Más frío. Ya nada hay de común entre su vida y la nuestra. Es sólo una tumba gigante. Una deidad sedienta de sangre.

A hurto suyo, algunas de sus hijas salen a jugar en la arena. Otras sacan la mano para robarse un rayo de luna que habrán de trenzar en sus cabellos.

lizan sin ruido. Sólo nuestro corazón sigue repitiendo sus dos sílabas, con la insistencia de las cosas vivas, como un reloj que supiera que nadie habrá de darle cuerda, una vez que se detenga... tenga...

*

* *

Está friolento el mar. Con el viento del amanecer se eriza el fino vello de su carne virginal.

Oriente y occidente en reñida competencia, despliegan todas las sedas de sus cofres: los colores se van extendiendo como un abanico.

El cielo, que estrena un nuevo maquillaje de su cara sin arrugas, se polvea con su borla de nubes.

Un resplandor de cobres anuncia que va a salir el Sol. Pronto veremos realizado el mito del dios-niño naciendo en el oriente. Un dios que tuviera al mismo tiempo inocencia y sencillez, y el exquisito don de la sonrisa inextinguible.

El amor, que apenas dormitaba bajo las ondas, se apresura a despertad para repetir el tema eterno, la sinfonía que encierra a la vez acentos de la vida y de la muerte.

Discurren los peces llevando en cada escama un mundo de reflejos. Sus movimientos son caricias; sus encuentros siembran generosamente la vida. Y mientras tanto, los corales extáticos siguen elevando calladamente sus rascacielos, cimientos de mundos, monumentos durables de su amor.

Unos cuantos pigmeos, desde la orilla, meten las manos profanas en la caja de caudales del mar, subrayando así su propia

pequeñez en el espacio y en el tiempo. Y él se deja robar con esa pasividad que es desprecio soberano. Como agente de la muerte, el hombre tiene una importancia casi nula.

En alta mar se deja ver el géyser de una ballena, máquina destructora de vidas más eficiente que los mejores "tanques" de guerra. Más cerca, el tiburón pasea su aleta escalofriante. Por todas partes la vida se alimenta con la muerte. Y del vientre de la muerte, surge nuevamente la vida. El ciclo eterno. La serpiente que se muerde la cola.

El sol, en mangas de camisa, se entrega al amasijo de esas grandes hogazas de luz que son las nubes. Sus rayos, que se dejan caer sin escafandra, bucean entre los bancos de perlas y llevan su alegría a las delicadas anémonas y a las actinias policromas. Ya no existen secretos ni en la tierra ni en el mar. Las olas no son sino las blancas virutas que al mar arranca la garlopa del viento.

Sobre el océano parece que flotan grandes manchas de nácar. Todo es de color. Pero hacia el oriente, las barcas y los hombres se ven negros.

Y el río, con fidelidad edificante, sigue pagando al océano la contribución de su vida. Continúa trayándole la larga sonrisa de la selva que allá, entre los montes, todavía no se quita la bufanda de bruma blanca, y apenas se está desperezando con la voz de los pájaros.

¡EL MAR, EL MAR! (onomatopeya del griterío de la espuma). Desde que comenzó el mundo, está ensayando una frase que no ha logrado concluir.

Madre y tumba, guarda avaramente el secreto de la Vida y de la Muerte, secreto que sólo entrega a los que se sumergen para siempre en sus abismos de esmeralda.

¡Qué sueño tan quieto el de los que yacen en su seno! Los cuerpos se disuelven en el agua vivaz y multiforme, en tanto que la chispa que se creyó alma y se adorara a sí misma, luce en la

fosforescencia de una pupila, o late en la entraña inconsciente de algún monstruo marino, libre al fin del dolor de conocer!

Sobre la escollera rebelde galopan las olas que estrenan sonoras herraduras.

Hacia la barra, el río y el Océano levantan sin descanso una frágil pared que habrá de evitar toda disputa.

En la duna enronquecida, los granos de arena, a pesar de sus desigualdades y de sus intereses contrarios, han tomado un equilibrio tan perfecto que todos los reformadores del mundo no podrían mejorar. El desierto de ojos cocidos pide por caridad un poco de sombra, mientras desde los abismos del Océano suben burbujas que buscan más luz.

Y nosotros hemos de seguir el camino, retachando entre los muros del Mal y del Bien. Nos queda un consuelo: el porvenir. ¡Viene hacia nosotros en los aviones que asustan a las gaviotas por las calles del cielo, y en esos barcos de blanco velamen que surcan las rutas del Mar!

NUBES

NUBES, ganado gordo que camina hacia el rastro del poniente; vegetación de un mundo todavía demasiado joven y bravío para dejarse parasitar por los hombres; hongos apenas diferenciados de la materia primitiva. Por las mañanas, fingen árboles de vidrio hilado, y en las tardes grises, se inflan sin gloria, como globos de humo. A veces semejan temblorosos pellejos de agua-miel, listos para el banquete de los dioses.

Nubes, piedras blancas sobre el dilatado camino de los cielos; flora inmatura expulsada del mar; fauna hecha de agua amasada con luz.

Vagan sobre los campos como labradores vestidos de manta; se hacen enfermeras en los sanatorios de las cimas; en el fondo de las barrancas son colchones de pochote sobre los que cae la luz sin lastimarse.

Son el "camuflage" de las distancias, el cristal opaco que detiene las miradas; si faltaran, nuestros ojos muy pronto quedarían vacíos. Son el blindaje que defiende la Tierra contra el cañoneo solar; la zalea que nos proteje del frío.

El país que abandonan se torna lugar de muerte.

Si no acuden cuando el Sol desnudo se tira de cabeza al mar, todo palidece y se desluce; pero cuando llenan la galería

circular del horizonte, el aplauso, vuelto luz, tiñe de color la vasta extensión de los océanos.

Se levantan perezosamente como mecanógrafas después de una parranda, con los párpados hinchados y la lengua pegajosa. Sin lavarse la cara, se pintan ojeras, y se calzan la media de seda para alcanzar el "rápido".

Son las montañas del país de los sueños. El kaleidoscopio en que el pintor del cielo ensaya sus trucos de color. Son la reserva del pensamiento; ellas nutren nuestra imaginación y le dan su pujanza creadora.

A medida que el día avanza, se encaraman unas sobre las otras, como esos querubines gordiflones y bobos que se ven en las iglesias. Tienden sus manos regordetas al Sol, con el gesto de niños que hubieran perdido a la mamá.

Pasan a lo largo de los canales con la lentitud de los lanchones cargados de algodón, y van cubriendo de vedijas blancas los espinos.

A fuerza de mirarlas, se siente una impresión de ligereza; la carne pesada y opaca se hace transparente y parece que ascendemos en la navecilla de un globo cautivo.

Su altura no asusta; no nos causa vértigo, como el mirar un rascacielos desde la calle. Estamos tan familiarizados con ellas que en los días brumosos caminamos a través de su cuerpo sin asombrarnos, sin notarlo siquiera.

Los ojos se nos quedan remachados en su blancura, y son arrastrados en su lenta traslación; y entonces nos parece que, colgados de ellas con el cable de las miradas, dejamos que la Tierra gire bajo nuestros pies.

Han dado un paso afuera del Tiempo, y nulifican su magia; viven en un devenir constante que las tiene siempre nuevas y siempre tan viejas como la Tierra misma. Son las herederas de todo lo que muere, lo mismo de la carne que del espíritu.

Transformistas del cielo, toman los más extraños caracteres: se visten de payasos y bajan por las laderas dando maromas; cargadores, llevan en grandes redes de malla desperdicios de papel; ropavejeros, pasan agitando a manera de pregón silencioso su bandera de hilachas. Disfrazados de "El Hombre de la Arena", de la historia de Poe, se asoman a las vecindades, atemorizando a los chiquillos. Y en las auroras exóticas, —negro sobre cadmio—, una nube fatigada y jadeante, lleva, como en el cuento de Grimm, un enorme saco de oro para llenar la bota sin suela del soldado...

Hay nubes descoloridas por la malaria, que se alejan cojeando para morir en el bosque.

En las horas de calma, se asoman a los lagos y se divierten escupiendo para hacer rabiar a los reflejos. Luego, tratan de sondear el país misterioso que hay en el fondo; van descendiendo lentamente con los ojos dilatados, hasta que rompen el luciente pellejo del agua y se pierden, más allá de las cosas que se ven.

Son los arquitectos de esas ciudades de los sueños en las que el arte no tiene ninguna traba, y la única ley es la imaginación. Castillos fantásticos, torres que se pierden en la altura, catedrales de azúcar cande, palacios de piedras lunares; amontonamientos que se derrumban como casitas de barajas; islas que se hunden sin ruido; murallas chinas disolviéndose en el aire. Es la ebullición de una marmita gigante de donde ha de surgir un nuevo mundo.

Las nubes de granizo pasan sonando sus valijas lívidas, con la prisa de un cartero. Las de lluvia caminan lentamente, lustrosa la pelambre gris, arrastrando las ubres pesadas, con ese aspecto bonachón de las vacas holandesas. Las de tormenta vienen corriendo como soldados marihuanos, con risa de epiléptico y la ropa desecha, disparando su máuser contra la multitud indefensa.

En las tardes de Otoño, cuando languidece el bosque y el viento expulsa de los caminos a las hojas secas —comadres de áspera voz—, las nubes lanzan su cálida arenga desde la tribuna del poniente y organizan tumultuosas manifestaciones. Los carteles en oro y rojo contienen lemas de rebeldía que los cerros atónitos apenas se atreven a leer. Las banderas rojas despiertan en el gran redondel de los horizontes, rojos reflejos de solidaridad.

Y cuando la noche viaja por los caminos sin nombre, las nubes son grandes sacos de carbón que esperan la chispa del amanecer.

En la tiniebla robusta, la obscuridad envuelve la Tierra a manera de un capote de hule. Las nubes fatigadas se echan sobre montes y collados.

LA LLUVIA

TIEMPO de descanso en la faena del Tiempo. La selva dormita plácidamente. El vapor, saturado de perfumes, sube como humo de copal hacia la altura.

La arboleda tiene sed. Hay un pesado silencio en los copajes. El Sol abraza a las criaturas del bosque con la vigorosa caricia de sus brazos de luz.

Escondidos bajo las cortezas, los renuevos no osan salir, y se entretienen repasando la tabla de multiplicar en una disciplina de edades.

Por la falda de la montaña rueda el vaho de la nieve y se condensa en bruma, inunda el valle y arropa en algodones del frío de los ocotes. Ya no es cegadora la lumbre del Sol: una nube ha bastado para destruir su orgullo.

Desperézanse sus hojas y reanudan su charla, que se anima, crece, tiene disonancias: es un chismorreo multánime que divulga los secretos de la vida. Las voces suben de tono, se encolerizan; amenazan...

Los arbustos desvalidos se encorvan hasta el suelo con quejas de niño. Las ramas cimeras son fustas restallantes que ponen

en fuga a los vientos espeluznados. Los troncos crujen sordamente.

¡Es el huracán que ha roto sus cadenas y persigue a las nubes!

Vienen muy bajas, casi al ras de los cerros; se arrastran penosamente, como esas perras callejeras que pronto van a parir. Ya no pueden moverse, impedidas por la pesadumbre de sus flancos. Se ve que avanzan sosteniéndose la barriga con las manos. Hay una con cara de vieja arrugada, que se ha puesto en cuclillas sobre la punta de un cerro, mojándolo sin ningún recato.

Aquella nube lívida, agacha la frente y embiste contra la tierra como borrego bravo. La más lejana parece indigesta de granizo; quiebra colérica su bastón de luz y un eucalipto cae agonizante: el rayo nunca se abate en el pantano.

Y cesa el aparato siniestro. El cedazo del cielo empieza a filtrar la lluvia. La tierra bebe ávidamente; pero no como una boca sino como sexo trémulo. ¡Vigoroso ayuntamiento el del cielo y la Tierra! El barro tiene aromas femeninos, y el ozono de los rayos pregona su masculinidad. Y cuando la lluvia visita la tierra ya fecundada, cubierta de verdor, es imposible no ver en su caricia fuerte a las milpas, el abrazo un poco tosco y primitivo de un padre vigoroso.

BANDAS DE TAMBORES

Fieles a la costumbre, las lluvias se inician con un baile en ritmo de "lanceros". Luego sigue una marcha militar en la que los escuadrones de gotas avanzan en grupos cerrados, precedido cada uno por su banda de tambores.

Las cajas de guerra baten ahora un paso más rápido; y desfila la caballería ligera, en ordenada formación. Y por último, entre redobles y fanfarrias, ruedan los carros de artillería que dejan surcos profundos en el suelo y hacen retemblar el corazón de la tierra.

El espíritu de las nubes es a veces festivo; vestidas con trajes carnavalescos se divierten jugando malas pasadas; andan "haciendo novillos" por montes y laderas; jineteando vientos broncos; jugando al toro con los rayos. En las ciudades, echan cántaros de agua hasta que las calles se hacen ríos y se quedan al acecho para verles las piernas a las muchachas cuando atraviesan la corriente. En los campos, cambian el aspecto del paisaje, tratando de que los arroyos pierdan su camino. Las nubes pequeñas se ejercitan tirando con su cerbatana sobre las naranjas y sobre los zapotes, y no cesan en su empeño hasta que logran derribarlos.

Sobre el río, las nubes están remachando tachuelas de vidrio. Y en el mar, una mano de mil dedos mueve títeres blancos, títeres fríos y sin sexo, que sólo habrán de decir una palabra en la comedia.

A veces la lluvia es tan mansa que no parece otra cosa sino la pipa de riego, arrastrada por una mula parda.

La lluvia convierte los lagos en aspereza de alfileteros; los dedos largos de la mañana sacarán los alfileres para prender mariposas en las ramas.

El viento ha enronquecido: pero sigue vocalizando con su voz que abarca todas las tesituras.

En el suelo, las gotas —coro de bailarinas—, siguen el ritmo del viento. La armonía de sus pisadas diminutas tiene "crescendos" que la llevan al "fortísimo", y luego disminuye hasta volverse inaudible.

Por las calles asfaltadas, en los patios, a lo largo de los caminos movedizos de los ríos, la muchedumbre de las gotas tiene la regularidad de una parada de soldaditos de plomo; millones de ellos sucumben a cada instante; sus cananas, llenas de explosivos, revientan en cuanto caen al suelo.

Tienen prisa. Deben llegar al mar para guardar en él su vida mínima, breve semifusa en la sonata cósmica. El mar adusto tendrá quizá una sonrisa al recibirla.

INSTANTANEAS

Nuestra cámara sorprende escenas curiosas durante el aguacero. Los pinos friolentos no quieren mojarse y se han puesto sus capotes impermeables —las mismas "chinas" de los otomíes—. En la negativa aparecen también eucaliptos niños que no se dejan bañar y se debaten y forcejean entre los brazos de los árboles grandes. Los álamos se sacuden como perros "spitz", que se hubiesen dado un chapuzón.

Los cipreses, de guardia en las tumbas, resisten heroicamente la mojada como viejos gendarmes. Las parotas y los fresnos extienden sus toldos para cubrir las vacas. Los sabinos se siguen lavando en el arroyo los pies rajados, sin cuidarse de la tormenta.

La lluvia es como una selva de cristal que viviera en el aire; una selva sin hojas en la que los troncos son delgados como hilos.

Las gotas llenan de rayas grises el blanco pizarrón del cielo, y al llegar el viento se quedan quietas bajo los espinos, disfrazadas de diamantes.

Cuando el sol poniente proyecta la luz de su linterna mágica sobre el varillaje de la lluvia, estamos seguros de ver un trigal transparente que la hechicería de la tarde hiciera surgir.

¡Cuán interesante sería sintonizar por un instante el espíritu a una distinta modalidad del Tiempo, para vivir la breve vida de una gota!

Nacen del mar y vuelven a morir al mar. El camino, un sueño de alas, una visión pasajera del humano dolor.

Pero el agua salida de los flancos de las nubes, pronto adquiere vida propia, caprichosa e inquieta. Va por los caminos oliendo el suelo como "pointer" de caza. Ante los obstáculos se dilata como laguna y dibuja caricaturas de los árboles. En las quiebras imagina ser cascada. Tiene fuerza de alud al descolgarse de los cerros. Y cuando se detiene para tomar aliento, deja las basuras que se le han trepado sobre el lomo y se hace dar grasa en los zapatos

Las palmeras, que esperan pacientemente la hora de la cita con el Sol, abren sus sombrillas verdes. Las vacas de enormes pupilas miran el campo inundado: cada charca es una pupila más grande.

Los dedos de la lluvia despiertan a las ranas, que cuando llene la Luna habrán de formar sus orfeones, molinos donde se muele el café de una palabra sin mezcla.

Y también despiertan a los grillos, por cuya hilera pasa un alambre de acero. Y a los alacranes que suenan bajo los tejados su escalofriante silbato.

*
* *

Han cicatrizado las viejas mataduras sobre el lomo del campo.

Los cocuyos ensayan en los sembradíos de jamaica, en los fresales, entre los alfalfares, su griterío de luces que la batuta de las estrellas inútilmente pretende concertar.

Y cuando acaba la estación de la lluvia, las milpas ya se han hecho mujeres: de su cabeza parten dos largas trenzas verdes; y entre sus brazos, envueltos en el áspero rebozo, se mira la inocencia de una cabellera alba...

¡GOTAS!

¡Gotas... gotas... gotas! Gotas que lavan el camino del alba; cascabeles de plata; hervor sonoro en el cristal de la laguna; fuga circular de los reflejos. Gotas que cosquillean el lomo de los ríos y ampollan su piel tensa; gotas que cantan en la fuente y en la cascada atruenan.

¡Gotas! Lentejuelas sobre la falda de las amapolas, esas "chinas poblanas" del jardín. Gotas, perlas de luz, alado reclamo de las nubes. Gotas que abrillantan los maizales y esponjan el plumaje de los fresnos. Gotas que vibran como trinos y despiertan el sexo de la tierra. Gotas que hacen sonreír a la orgullosa encina y pizcan cuentas de coral en los pirules.

¡Gotas! Gárrulas hebras de cristal. Torrente. Lago. Océano inmenso. Regocijo y esperanza en el ejido; mágicos diamantes

que prenden caireles de iris en las frondas. Gotas, llanto del cielo y sonrisa de los campos. Beso fecundante, promesa de vida. Gotas que serán rubíes capitosos en la viña, colores y esencias en los pétalos, leche de olvido en el maguey. Gotas que rejuvenecen la entraña de la selva...

El corazón se inunda de ventura. Y en lo hondo, el tintineo de la lluvia repite quedamente el estribillo: "¡Gotas... gotas... gotas...!"

LOS VIENTOS

ESTAN en huelga las nubes, —obreros del cielo—. Han hecho cerrar las fábricas de añil y salen gritando por las anchas plazas, atropellando cuanto encuentran. Visten viejos overoles. Traen cohetes de rayos en las manos teñidas de azul. Los fotógrafos de prensa disparan sus magnesios, mientras detonan alegremente los fuegos de artificio.

Al pasar sobre la caldera rajada del Popocatépetl —hormiguero de vientos—, la turba prorrumpe en maldiciones. La ira pone las caras color de ceniza.

El volcán responde con una fumarola; y con ella se escapan los vientos coléricos, que se atropellan, se abren paso a codazos, y al llegar a la luz, sufren un deslumbramiento y no saben por donde perseguir a la multitud insolente. Y echan a correr en línea recta, apretados los puños como jugadores de "rugby", derribando con los hombros todos los obstáculos.

Los árboles viejos caen sin saber la causa de la catástrofe. Los sauces, —indias bonitas— vuelven la espalda al viento, y se recogen la enagua de percal: pero no pueden esconder la redondez de sus grupas, ni sus pantorrillas gordas, envueltas en medias de "popotillo".

El vendaval es un rebaño de elefantes que pisotea los bosques. Un grupo de olmos —comadres miedosas—, se pone a rezar la "magnífica". Los árboles jóvenes apostrofan valerosamente al viento que los desgarra. Apenas toman aliento, vuelven a gritar hasta enronquecer. Otros árboles, que temen por su vida, se postran de hinojos y alzan al cielo sus manos temblorosas; su voz se oye insegura, ganada por el miedo.

Un encino asmático tiene un acceso de tos; sus ramas, al quebrarse, truenan como costillas. Mareado por la borrasca, el fresno tiene vómitos de hojas. Los eucaliptos expósitos, nacidos en la casa de cuna del barranco, asoman su crencha azul-pavo, ignorantes del peligro, y juegan a saltar la cuerda.

Los zapotes apedrean al viento con sus frutos —bolas de billar.

Las pencas de la nopalera son manos de labriego que se levantan en ademán de maldición. En el collado, un mezquite se mece en el columpio de una brisa que le canta canciones rancheras. Los álamos que cuidan el canal de riego agitan sus sonajas de hueso pulido. Los verticilos de hojas tiernas se voltean como paraguas...

El-viento-que-abre-la-piel penetra a los poblados arañando las caras curtidas, resecando labios, agrietando senos, despertando la sed, echando pedruscos en los ojos de agua.

El viento-que-desarraiga ensaya sus fuerzas con tejocotes decrépitos: y después que los arranca, prueba a derrumbar un ahuehuete: el "viejo del agua" tiene una sonrisa de desprecio. Un vientecillo convaleciente se divierte chafando el terciopelo de un alfalfar.

Un viento ladrón sale corriendo de un jacal, envuelto en enaguas y rebozos; perseguido por la india semi-desnuda, trata de esconderse debajo de una parota, pero lo detienen los cuernos

de las vacas que se han refugiado bajo su sombra. Y el forajido tiene que tirarse de cabeza a un barranco.

El-viento-que-hace-llorar avienta puños de tierra a los ojos del caminante. Va a las carreteras y sonsaca fácilmente al polvo, enamorado de los viajes; se lo lleva con engaños camino adelante, y él enmedio muy orondo, —diputado que estrena su fuero.

El-viento-que-mata asalta los ganados con las hachas de obsidiana que ha cogido del arroyo; trae su morral lleno de granizos, gordos como naranjas, y los riega sobre los sembradíos; prende las mechas de los cohetones de dinamita que van a reventar en los campanarios, en las trojes, bajo los árboles lejanos.

Entre tanto, los vientos músicos han templado los postes del telégrafo, —clavijas de cítara gigante—, y comienzan a pulsar las cuerdas de acero. Escúchanse acordes de tono menor con agradables disonancias. Un músico ensaya el ritornelo del "cuitlacoche"; otro se empeña en imitar a un reloj de cuco; aquel, parece que suena un pito de afilador. Un poste de hierro se queja como si estuviera muriéndose; otro, se ha aprendido el silbar de la locomotora y lo repite incansablemente. En un tramo, las cuerdas mal afinadas molestan los oídos como "radio" descompuesto. Los troncos huecos suenan a compás sus teponaxtles.

Para el zopilote es tarde de fiesta; ha dejado la caza y da una exhibición de vuelos de fantasía: hace "loopings", barrenas, "caída de las hojas"; todos los recursos de la acrobacia aérea. Una teja vuela, queriendo imitarlo pero pierde el impulso y cae, rompiéndose ridículamente.

*

* *

El volcán, calmado por la música, encierra a los vientos perversos, y sólo deja en libertad a los de espíritu alegre y bondadoso.

Las criaturas del campo reanudan su charla y se entregan a sus quehaceres; cesan las rebeldías; el barro tiene un suspiro de alivio.

A espaldas del cerro, un ahuejote peina con sus dedos afilados la crencha de un fresno; le sopla suavemente para abrirle el pelo y espulgarlo. Los sauces se lavan los pies en el arroyo; los pirules ensartan cuentas de coral; y entre las labores, los mezquites, con el calzón remangado, arrean los bueyes perezosos.

ECOS

CIELO pecoso de estrellas. La luna se cubre la cara con un pañuelo café. Acaso trama un atraco. Apéase el viento sonando sus espuelas de Amozoc, —plata sobre acero— y de sus árguenas va cayendo la rapiña de toda una jornada de saqueo.

Es una meseta en que se decanta la obscuridad. Enfrente, el acantilado indigesto de tinieblas.

Escenario para una Danza Macabra.

Entre los labios del barranco, bajo la enagua lisa de los cerros, detrás de las grandes piedras y de todo lo que puede ofrecer refugio, tienen su guarida los ecos, cardillos de sonoridades, venados noctámbulos que brincan de crestón en crestón.

Llegan hasta aquí, después de sus correrías por campos y ciudades, polizones en el pullman de los vientos. Otros vienen caballeros sobre extravagantes monturas.

Muchos se han escapado de las rejas cilíndricas de un órgano: son los penados de la Inquisición, infamados por el "sayo de llamas", la "coroza" y la "vela verde". Cuando el organista cambia su registro sombrío por uno de color brillante, se siente como si de pronto el Sol se hubiese sacudido las nubes que cubrían su cara. Cada modulación trae un verdadero cambio de

orientación en el paisaje, como si el aparato cinematográfico se inclinara bruscamente en la caseta.

La música, que antes que nada es movimiento, al proyectarse nuevamente del espíritu al espacio, dota de cuerpos fantásticos a cada uno de esos puntos animados que figuran las notas. Cuerpos que llegan a adquirir color y contorno propios, y aun delatan su sexo.

Hagamos el psicoanálisis de las más destacadas. Esas notas pesadas que caen de la torre como naranjas maduras, son de carácter viril y decidido; se adivina que deben verse musculosas y sanguíneas; aquellas de corbata ancha y gran melena, que parecen extraviadas, son poetas románticos.

La obscuridad se ahonda, y es más fácil la transposición de los sentidos.

Se distinguen también las niñas ricas, de tacón alto, vestidas siempre a la última moda. Algunas hay frondosas y exuberantes, —sacos de pecados que alguien descosió con mala intención.

Otras son traviesas como papeleros, malhabladas como los viejos carreteros de pintoresca memoria. Se las encuentra también tartajeantes como ancianos barítonos, (las de la marimba); de comicidad irresistible, (notas de fagot); enguantadas de blanco y vestidas de etiqueta, (las del piano); ridículamente sentimentales y lloronas, como las del acordeón.

Las notas del violín son de timbre nasal, por el exceso mismo de la emoción; se adivina que les tiemblan las ternillas de la nariz. Otras son heroicas, como las de los contrabajos de metal: más que oírse, se sienten en el pecho como el golpear de un tambor.

Otras, en el cambio de voz, desafinan constantemente, —saxófono a la moda yanqui.

Hay conjuntos que padecen de epilepsia colectiva, —jazz—; otros van arrastrando los pies como viejos paralíticos que hubiesen conservado su alegría —los tangos—. Existen acordes que al sonar llenan de luz el ambiente y dan la impresión de cohetes que revientan entre las mangas de la noche.

Pero hay sonidos que han perdido su eco. ¡Asombra que puedan vivir! Muchos, adelgazados, anémicos, andan dolorosamente por los rincones buscando algo que no encuentran jamás; en tanto que otros, todavía vigorosos, giran sin cesar sobre sí mismos como esos perros que quieren morderse la cola.

Ciertos acordes producen en el cuerpo la sensación del terciopelo o de una mano de mujer; otros se entierran en la carne como "ahuates" de pitahaya; algunos nos hacen andar descalzos sobre piedras filosas; otros se nos meten en la sangre como fermento de inquietud. Aquellos nos aprietan la garganta con la fuerza de un guantelete de hierro... Se deslizan sobre la espalda como anguilas; caminan sobre nuestro pecho con el paso acojinado de los gatos; se meten bajo la ropa como si fueran grillos; se nos acercan de puntillas como las sombras. Al contacto de algunos, nuestra carne se estremece como si nos salpicaran de agua helada...

El espíritu, —arcilla blanda—, se deja modelar por las fantasías de los ecos.

Se congregan sigilosamente como una conspiración de fantasmas. Quieren matarnos de miedo; quieren romper con su pavor la dura entraña de los árboles.

Esa nota transparente es una gota retardada en su caída por la cámara lenta; aquélla, una burbuja que poco a poco se infla, amplificada por el brillo de un reflector de aluminio. Las más lejanas recuerdan la marcha sin prisa de un ancho río. Ese acorde, que viene creciendo lentamente, es una presa que se rompe

inundando ranchos y ciudades; aquel otro que camina como imprecisa bola blanca, es un "nahual" que anda de caza...

Las notas más audaces escarban el suelo, como los remolinos, y, recordando el viejo cuento, siembran en el hoyo la extraña semilla de un secreto: "El rey tiene cuernos, el rey tiene cuernos!" Y arrojan puñados de tierra hasta cubrir las palabras. Pero a poco, bajo la mano de la brisa, la simiente germina en corolas invisibles que al pasar el viento proclaman con perfume que fuese a la vez en sonido: "El rey tiene cuernos, el rey tiene cuernos!"

La algarabía de los pájaros, que se acomodan en sus camarotes para pasar la noche, por un momento hace que los ecos se oculten en las oquedades, en los troncos, en los alvéolos de las rocas. Y entonces, cogidos de las manos, se dan a hilvanar una extraña frase hecha con todas las palabras, con todas las quejas, con todas las risas que han robado; una frase que trasciende a ellos mismos y cuyo enorme sentido nadie podrá desentrañar. Las paredes del barranco se llenan de oídos. Los ahuehuetes escuchan inconmovibles; pero el arroyo, que se desliza con sandalias de seda, vende el secreto al río fenicio. Y lo que sobra se lo cuenta a la cascada, comadre blanca que lo habrá de pregonar a todos los vecinos.

Y la voz se oye mucho tiempo, hasta que, en fuerza de ir y venir sin objeto, se redondea, pierde sus aristas y salientes, y al fin queda tan borrosa, tan desconocida, como un soldado que vuelve de la guerra.

El espíritu de sus sonidos ya no puede estremecer las fibras del pinar; ya no evoca en las sombras espectros terroríficos. ¡El mismo sonido que antes significara un arcano, quizá el propio verbo de la Esfinge, fugitivo en una ola de viento!

Mas la palabra no murió. Las fuentes la dicen en su lenguaje. La repite el cierzo que se recata del Sol en la caverna. Flota sobre el río crecido. Y desciende centuplicada en el alud.

¡Las palabras no pueden morir!

HOJAS

CREPUSCULO de plomo que tiene anestesiado al mundo. En vano busca el ciprés su elegante bastón de sombra: todas se han escondido en el fondo de las cuevas. Los contrastes desparecen en el desmayo del color.

Avaramente la montaña guarda en sus vitrinas las gemas invernales. El musgo —sudor de los cantiles—, se ha ennegrecido. Los helechos ovillados duermen con un sueño que es suspensión completa de la vida.

Se ahogan de silencio los arroyos secos. Los caminos tiritan de frío: el viento barrió su abrigo de hojarasca con celo de ama de casa. Sobre los claros, las raigambres descubiertas: trompas de elefante que se ahondaran en la tierra buscando veneros escondidos.

El madroño se mete en los bolsillos sus manos ateridas, y bajo la gabardina sepia, oculta la carne roja de su tronco.

No suena el viento con armonía de océano. Al desgarrarse entre las fibras del pinar, chilla agudamente, desafinado, como niño en el cambio de voz. Las ramas responden con la nota áspera de un cacharro que se quiebra. Los jarales desnudos acortan las horas de la espera recordando en su orfeón los viejos cantos de la lluvia.

Como salva de artillería viene del oriente la primera centella solar. La melancolía —morfinómana perdida—, es arrastrada por los vientos. Muestra su potencia la cascada —falo transparente—; su iris puebla de quetzales las barrancas; el estruendo repercute en el corazón de los árboles. La tierra se arrodilla al borde de los cauces y bebe en el hueco de sus manos morenas.

Se adivina en el ambiente la tensión de la savia pronta a estallar; el aire tiene un inquietante olor a "cerillo". Es la sangre de la selva que baja rompiendo todos los diques, y se alarga por el río como brazo de sembrador, difundiendo la vida. Las nubes, con sus senos turgentes, vuelan muy bajo.

¡Es la primavera! Los árboles la traen sobre sus hombros, vestida con todas sus galas —torero que ha cortado las orejas de tres toros—. El Sol estrena su rojo uniforme de bombero, y por primera vez entra al trabajo puntualmente. Con su luz, la bóveda del cielo se solidifica. Casi se siente cómo cruje el barro allá en el horizonte donde se apoyan los pilares azules; y al propio tiempo se vuelve más baja, como si su mismo peso hubiese hundido los cimientos. Anoche, nuestras miradas se perdieron en el intento de sondear los cielos; ahora rebotan sobre el nácar y se nos vuelven a los ojos como pelotas.

EL CANTO

La selva es un concierto inmenso. Cada planta, cada ser: animales, árboles, guijarros, ponen su nota distinta. Nunca la música de un pinar igualó el pregón insistente de las "chicharras"; ni se confunde el grito del alud con el alarido de los bú-

falos en celo; las esencias que la lluvia desprende del barro disputan con el aliento de las flores.

El verdadero canto no se escribe en pentagramas, ni conoce leyes. Píntase en el fondo de la pupila el contorno de un paisaje, y surge en la garganta un manantial de notas. La aurora colorea el mundo y, por maravilloso mimetismo, sus mismos colores lucen los escarabajos. El viento acaricia los plumajes, y los picos se hacen cajitas de música.

Todas las criaturas no sujetas al yugo del pensar dicen su alegría poliglota. Y cuando el sol lleva la vida a otras tierras, expresan su dolor tan vivamente que la hora de la tristeza se convierte en el "gran final" del circo de las selvas.

Pero el monólogo de perfumes que dice el copal al Sol poniente, no es tan fervoroso como el copal quisiera; le falta lo más hondo y lo más íntimo, aquello que le diría al Padre Sol si pudiera hablarle, corazón a corazón. ¿Y acaso el poema violeta que la onda recita con la voz de la espuma, será realmente el pensamiento del mar?

*

* *

"Despierta, es la hora" dice la Primavera; y los retoños sonríen con sus ojos de muchacha ranchera —capulines maduros—. Crecen. El rocío pone a su alcance mínimas esferas que la luz irisa; las hojas tiernas desenfundan su raqueta barnizada para lanzarlas contra la cancha perla del estanque en un juego de frontón. Acude el color a sus mejillas vellosas, y poco a poco el ejercicio endurece su espina dorsal y llena de asperezas sus manos.

La nueva generación de hojas llena los bosques de charlas y de risas.

Por las noches, la brisa, inquieta como gota de azogue, nos trae de la espesura silbos, relinchos, bramidos; el diccionario todo de la bestia que acaricia a la bestia.

¡Los mismos arroyos gruñen al acariciar las piedras!

LOS ARBOLES EN MUDA

El bosque está de duelo; es la muda de los árboles; crespones de heno enlutan la espesura; el Tiempo aquieta su respiración potente, y a su paso va trocando en oro todo lo que era esmeralda.

Alumbra un sol caliente y rojo, como gitomate maduro, un sol que habría que pintar con cara de viejo gruñón. ¡Cómo golpea sobre los fresnos pelechados!

¡Y qué lastimosos quedan los árboles sin hojas! Reducidos a su varillaje de ramas, parecen esos paraguas olvidados en los desvanes. Pero cuando en los crepúsculos de otoño se proyectan sobre el poniente, recuperan su hermosura; son una laca japonesa —negro sobre oro—, escapada de algún biombo antiguo.

Se ha quedado el bosque un poco vacío, diríase que los árboles esponjan sus miembros de esqueleto y ocupan más lugar, para evitar que lleguen intrusos. Bruscamente han envejecido cien años; se ven sobre sus cuerpos costurones, heridas; árboles que parecían elegantes y robustos, se ven contrahechos, como esos caballeros que sorprendemos en las playas de moda.

Para el viento es día de "jamaica"; por donde quiera amontona confeti y serpentinas, y pasa con el sarape al hombro, bai-

lando el "jarabe tapatío". Gira en vertiginosos remolinos; gira al son de las palmadas; gira hasta perder el sentido. Ya borracho, arremete contra los espectadores, viejos robles y encinos, y les arrebata sus abrigos, a pesar de que protestan con voz de bajo profundo. Y sin dejar de correr, agarra de los cabellos a las palmas, apedrea a los manzanos y por fin, sofocado, baja a beber al río, alarmando a los sauces que se han soltado ya el pelo para bañarse.

Hay hojas que se dejan caer desde lo alto, ansiosas de reposo, y temblando se recuestan en rincones sombreados donde habrán de disolverse.

Algunas, enamoradas de la altura, cuando son arrebatadas por las ráfagas, se esconden, luchan, y piden caridad para su vejez. Si tienen suerte, se prenden de una rama y ahí se quedan, encogidas, acurrucadas, casi sin respirar. Cuando ven venir el viento, bajan describiendo en el espacio largas espirales, aviones de juguete que aterrizan.

Y se completa el ciclo de la vida y la muerte.

LAS HOJAS SECAS

Invierno de los trópicos, sin brumas y sin nieve; invierno impreciso y tímido, que no se atreve a ponerse su uniforme blanco; sólo un ligero resfrío de los montes que se cura con bufandas de pluma y unos cuantos baños de sol.

Días acatarrados, que se niegan a trabajar con pretexto de estar enfermos; días de ojos llorosos y párpados hinchados; días que habría que quitar del calendario.

El viento, para desquitarse de los meses en que la primavera lo dejó sin colmillos, junta en los muladares todo lo que corta

y todo lo que araña; espinas, hojas de "gillette", astillas de vidrio; y corre con sus armas, ansioso de hacer daño. Es admirable la forma en que puede herir cuando se propone ser malo. Hace toser a los árboles viejos, les arranca de las manos sus bastones y con ellos los golpea despiadadamente; cosquillea la panza de las nubes hasta hacerlas que suelten, entre risas, su fría carga; echa arena a los ojos de las vacas —ojos que son lagos de mansedumbre—; les corta la cara a los rancheros; calla a los pájaros; se entromete por todas partes, llevando el desgano y la tristeza, y arma un estrépito como si hubiera estallado un motín.

*

* *

La vida duerme bajo la corteza de los ahuehuetes, y la encajería de sus hojas moribundas se tiñe de rosa. ¡Quién sabe si cantan la alegría de morir!

El olmo envía por correo aéreo sus hojas secas, tarjetas de visita en que avisa la clausura de los cursos de verano.

¿Por qué las hojas tostadas por el sol en lo alto de las copas están todavía contentas, mientras que las que yacen por el suelo se miran desmayadas y sin color? Bajo la planta del caminante sus nervaduras se quiebran y crujen como huesos de muerto. Y cuando se columpian de los troncos, fingiendo jugar el juego del vivir, las pedradas del granizo les arrancan gemidos, pero sus quejas no son tan tristes como el grito ahogado de su quebrantamiento final.

Lloviznas que llenan los crepúsculos indefinidos. Tardes cojas que caminan arrastrando sus muletas con ritmo desigual. Horas malditas en que la neurosis pasa —marea gris— sobre la

tierra: los árboles están desgarbados bajo sus capotes de heno, y el campo no tiene siquiera la elegancia de los paisajes blancos de los "nacimientos". Todo está brutalmente roñoso y miserable. Cuando escampa, el papel secante de la mañana no alcanza a chupar las manchas de lodo.

El viento, jineteando yeguas brutas, viene con palabrotas de vaquero, e irrumpe en los ambulatorios del bosque, raptándose a las hojas, monjas melindrosas y marchitas. Se las lleva muy lejos, tal vez a países donde aún es primavera; y ellas van regocijadas, soñando en reverdecer al término del viaje.

Vuelan. Son alas, alas que se sienten en su elemento natural. Son casi pájaros y parece que cantan por la ruta.

Se lanzan con los ojos cerrados contra todos los obstáculos. Parece que quieren deshacerse de su pedazo de vida; pero, como si las protegiera un encanto, solamente logran quebrantar sus vértebras y moler sus huesos.

Y el martirio continúa su zigzag; hay breves paréntesis en que las hojas se hacen las muertas y se dejan pisotear por el polvo; pero de nuevo la espuela del viento las obliga a galopar cada vez más deshechas, cada vez más débiles...

Muchas se dejan caer al barro para hacerse vida nuevamente. Ya sólo quieren reposo. Se amontonan bajo los troncos, en el hueco de los surcos, en los podrideros. Tienen tanto sueño que en cuanto se duerman, no habrán de despertar jamás.

El remolino que iba girando sobre sus patas traseras, como novillo apealado, avanza ahora trabajosamente con la marcha sinuosa de las culebras; sus gritos se pierden poco a poco, disueltos en la distancia.

Y el viento da vueltas lentamente, como los perros que se quieren echar; tiene la lengua fuera; está asesando, le tiembla de fatiga su lomo trasijado.

Va a descansar.

ARBOLES

ARBOLES, caravanserrallos abiertos a los pájaros. Alegría intacta, refugio en el camino.

Obreros que pintan a destajo el plafón del mundo, cuando dejan la brocha al completar las horas de trabajo, ¡cómo adaptan sus brazos a la caricia, cómo se mueven en vaivén de cuna allá en el horizonte, nodrizas de la luz que ha cerrado ya los ojos!

Seres sin voz, estilitas que se han arrancado la lengua para ser sólo pupilas y oídos, hicieron voto de inmovilidad, y para cumplirlo han hundido sus pies en la tierra. La lanceta del sol los hace surgir de las venas de la tierra, como poderosos chorros de sangre.

Su familia tiene una inmensa variedad: algunos son apacibles, bonachones, y tempranamente comienzan a echar barriga; otros se miran hoscos, desconfiados, cubiertos de espinas, siempre en actitud defensiva. Algunos son altaneros; humildes, con timidez de colegiales, otros; aquéllos tienen ejecutorias de hidalgos; éstos son de familia plebeya y desfilan como reclutas jóvenes, mostrando el número de su kepí nuevo.

Todo el día hacen la guardia ante su sombra prisionera; pero ella tiene alas, y al atardecer se fuga para cumplir su cita misteriosa en el país del Orto.

En lo alto de las sierras, o en el corazón de las mesetas elevadas, hay árboles de miembros retorcidos en actitud de desesperación, que parece que luchan por desprenderse del suelo para huir de una visión espantosa; son los mismos que viera Dante a su paso por el infierno. Casi muertos y obligados a seguir viviendo; tienen ojos que sólo les sirven para contemplar su propio martirio; y sus oídos son atormentados por quejas sobrehumanas.

El latido de sus corazones es semejante al reflujo del mar, gigantesco, impreciso, equidistante; pero no logra mover sus cortezas impasibles. Tienen pasiones tan grandes como las del mar, y su deseo es un anhelo largo, invariable, sin palabras. Manos levantadas al cielo, miradas invisibles de tan altas, pensamientos escondidos en fuerza de ser sutiles. Pero en todos, la misma presión interior que los obliga a escalar alturas, el mismo alambique trasmutando en vida de color, las rocas pulverizadas: el milagro de la caridad perennemente renovado.

Cada árbol es un tornillo en el taller del mundo.

Los árboles están más allá del dolor; pero no más allá del amor. ¿Y su descanso? La vigilia de la noche: estatuas con vida, contando las horas en la carátula luminosa de las estrellas; los ojos disueltos en la sombra; sus manos —manos de ciego— palpando el infinito, mientras en el oriente preparan las cubas de azul donde se ha de blanquear cada mañana.

Y en la bacanal de la aurora, la tentación es tan fuerte que olvidan sus votos de silencio y toman prestada la voz de los pájaros para cantar con el viento. Sus pies hechos raíces, los obligan a ser fieles a la tierra, y sólo su corazón puede seguir el ritmo de la música. Mas los cabellos, libres, expresan toda la intensidad del placer.

*
* *

Siete yuntas de nubes jalan el arado del Sol, que traza la recta besana del día.

Los árboles, viajerós de todos los caminos, parece que no andan, de tan aprisa que van. Y los bosques, enormes fábricas de vida, quedan en silencio, apagadas sus luces, los obreros dormidos.

*
* *

Unos sorbos de luz, un poco de tierra, y libertad para beber el viento, es todo lo que pide el árbol; y él nos da sombra y abrigo, y nidos a los pájaros, y frutas, y flores con alma, ¡el prodigio cotidiano de las flores!

Cuando el hacha ha despedazado el tronco, y cesa la vida vegetal, todavía lo vemos lucir en los hogares, fundiendo hielos en las almas, destruyendo fantasmas y temores.

Y la mañana parece decir: "Olvidas la luz. Los árboles no abrevan en la lluvia, ni toman sustento de la tierra; ¡los árboles viven de luz, sólo de luz!"

El misterio es ahora transparente.

CAMELLOS PARDOS

¡Y va la vereda! Es procesión de camellos pardos, trepando por las lomas. Vereda humilde, sin nombre, que va hasta los pueblos perdidos en la sierra.

Cae del techo del mundo una silenciosa cascada de deslumbramiento. Los caminantes pasan sin voz, con las pupilas escondidas, y el corazón cojeando. Pero la estridencia del sol convierte los cerebros en colmenas de luz, y las cabezas dan vueltas, como si estuvieran mareadas.

Vereda que no conoce el masaje de las llantas de hule. El rítmico golpeteo de la herradura la ha trazado, y la afina la segura planta del indio. En el horizonte, la gran boca barbuda del bosque la chupa golosamente, como espaguetti interminable.

Veredas humildes que huyen ante las carreteras ruidosas: seguirlas es abrir el pecho a la caricia tosca del sol. Van al paso, pero vencen todos los obstáculos. Para cruzar los arroyos no necesitan puentes, ni tienen que quitarse los zapatos. Su decoración: la acritud de órganos y nopales. Su límite: el horizonte movedizo. Ante las tumbas anónimas del obrero, se detienen; ponen una piedra y continúan avanzando. Callan toda la semana, pero el domingo las llena la risa tersa de la chiquillería.

El polvo, resto informe de peregrinaciones pretéritas, ha cubierto el paisaje con velo de olvido; a cada paso empapa más profundamente el cuerpo del vagabundo. Se ha secado la laguna. Están muertos los arroyos, y las gargantas se quedaron sin notas. Sólo hay luz desnuda, grosera como una insolencia; polvo hiriente, artero, suspicaz. ¡Pobre del que se deja ganar por el sueño: bajo el manto de polvo será tan hondo su reposo que olvidará despertar con la mañana!

En vano árboles aislados gritan su proclama de verdor. Inútilmente el río exhibe sus abalorios en el escaparate del barranco. En estos paisajes desérticos, la crueldad de la luz goza en descubrir las lepras de la tierra y los harapos del vagabundo.

La lluvia de sol confunde en fango cegador todos los matices y destruye los contrastes. La criba invisible de los vientos cierne un tamo de color indefinido, que ahoga las ansias, sepulta los deseos y muerde en las piernas como acicate, mientras la vereda —procesión de camellos pardos— va trepando por las lomas, con la pesadumbre inmensa del planeta, al tañido monótono de las oleadas de luz.

LOS PINARES

MAÑANITA bañada que huele a jabón.

Un sol enorme que se levanta lentamente, como si apenas pudiera con su propio cuerpo.

Los viejos pinos tejen con sus agujetas una caliente alfombra para sus pies reumáticos.

Por debajo, los pimpollos crecen en silencio y apenas alzan la cabeza, ya se sienten mozos y se oxigenan el bigote y la barba.

Cada primavera, que ve declinar a los abuelos, los encuentra más gallardos y traviesos. La lumbre de los veranos los vuelve cazadores furtivos y, en complicidad con las ráfagas, urden con sus cabelleras lustrosas, redes para coger pájaros de sol.

Ninguno que caiga volverá a salir; entre las enmarañadas frondas se romperán sus alas; y luego, cuando la brisa baje de la cima y aparte las melenas para rescatarlos, los hallará cautivos de un encanto en las multicoloras redomas de rocío que las hechiceras prenden entre el zarzal.

*

* *

Las fibrillas del pinar se entretejen y aprietan para cerrar el paso a las saetas inflamadas. Y estalla la lucha desde la au-

rora; los copajes se tiñen de oro en el ardor de la pelea; los rayos, todavía tímidos, son desviados como el contacto del mar, y los troncos quedan en la sombra.

Sube el sol, las llamaradas se desploman desde la altura y vuelven al asalto inútilmente; la bóveda de la selva es un techo impenetrable.

La brisa hace alianza con los asaltantes y, llena de astucia, se insinúa entre los ramajes que la halagan, moviendo cariñosamente sus airones. Y comienza la plática. La sutil cuenta misteriosas leyendas de un océano distante, más grande que la misma selva, donde crecen lentamente las perlas —gotas de luz endurecida— y hay rosas que matan y árboles que tienen brazos armados de ventosas. Relata la leyenda de un ser monstruoso que ensaya una canción inacabable; que roba reflejos a las nubes, y los tiene presos en su fondo. . .

Calla la brisa; las ramas se doblan soñolientas y se mecen repitiendo la leyenda —caracoles que dicen de memoria la canción del mar—. Y los rayos fuerzan la persiana, fieles a la cita. Van al mundo vasto y desconocido que hormiguea al ras de la tierra; a un mundo que vivió antes que las criaturas del bosque; a un mundo que trabaja en el silencio, crisálida enorme de la que, en edad incognoscible, habrá de surgir una falena prodigiosa. Van regocijados a dar la vida extinguiéndose.

Las lagartijas salen de sus nidos, se desperezan y trepan a las rocas altas, buscando el calor; las gemas preciosas de sus ojos dicen en colores una acción de gracias. La caridad del Padre se hace amor en sus almas, y, como a una señal, los machos inician la danza curiosa del celo. Bajo la piel escamosa, los músculos acusan sus relieves; el abdomen se estrecha, la cola se enrosca en un espasmo. Y corretean, casi sin tocar el suelo; parece que estuvieran sostenidas por alambres; giran; ahora se voltean y siguen veloces sobre el flanco, en carrera inverosímil. Se diría que

van a caer. Y suben a las ramas, haciendo acrobacias, mientras miran fijamente a la hembra, con las cornalinas de sus órbitas. Arquean sus piernecitas; tocan las cortezas con su vientre desnudo, y se enderezan luego para repetir, rítmicamente, el movimiento. Entretanto, ellas, tendidas negligentemente en los círculos soleados, contemplan la disputa.

*
* *

Noches de tormenta en que se paran los relojes, y las brújulas pierden la cabeza. Los pinares responden con siseos de burla a las ametralladoras de los rayos. Como en los motines, alguien apaga la luz de las calles para retirar a los muertos. Los pinos jóvenes disimuladamente se preguntan cuándo les llegará su turno, y se palpan para ver si no están descalabrados.

Noches en que el espanto adquiere un cuerpo tan grande como la selva misma. Uniones estrepitosas entre los sexos elementales; fusilamientos en masa; la muerte galopa con ritmo esdrújulo.

Al día siguiente, los árboles habrán de amanecer molidos y ojerosos, como después de una parranda; la plancha roja del sol alisará el vestido de la selva, levantando aromas de fuerza.

*
* *

Ha pasado la estación del celo. La última caravana de las aves se perdió en el horizonte, y no turba el silencio sino la queja

afónica de las hojas que agonizan. El fresno tiene figura lastimosa, como quetzal desplumado. El ahuehuete, envuelto en su hábito religioso, deja crecer sus canas. Y todos los hijos del bosque han cerrado la puerta de las sonrisas para recluirse en el castillo del invierno. El roble se empeña en fingir alegría; sus hojas anchas —paletas de colores—, han copiado los tintes del Ocaso, y, secas ya, se mantienen afianzadas a los tallos, como si esperaran volver a la vida con las lluvias primaverales.

Sólo está fuera del Tiempo el pino hierático. Su calendario marca siempre la misma estación.

LOS FRESNOS

¡ARBOLES locos! Tienen llena de viento la cabeza y son incurables enfermos de megalomanía. En el fondo, sólo ingenuidad. Nos recuerdan aquellas muchachas de pueblo que pasaron por nuestra juventud: regordetas, pero de carnes firmes y frescas, con sabor de fruta fresca y olor a tierra mojada.

Nacieron para ser pájaros, y se pasan las horas sacudiendo sus plumas, como si quisieran volar. Pero el amor al bosque no los deja desplegar sus alas.

Son los carneros de la selva: su lana, trasquilada por el viento, irá a amontonarse sobre los arbolitos tiernos, que, si no fuera por eso, morirían en el rigor del invierno.

Son las nubes del mundo vegetal. Flotan pesadamente al ras del suelo, grandes burbujas de vapor prontas a estallar en lluvia de hojas.

Hacia el fin de la primavera, contagiados del celo que grita en los rediles, "hacen la rueda" como pavos reales, inflando el verdor abullonado de sus frondas.

Y siguen engordando durante el verano, como esos guajolotes cebados para la Nochebuena. Se han vuelto obesos, apenas si se mueven un poco para saludar a los patos que vienen del Norte en inmensas bandadas.

Entre sus ramas ponen escuela los zanates viejos; allí aprenden los jóvenes las primeras lecciones de canto, y allí también, a la hora del tramonto, se divulgan los chismes que traen las comadres, después de volar por campanarios y rancherías.

Sobre los valles, los fresnos diseminados nos hacen pensar en una carrera de globos libres, cuando las grandes esferas, llenas de gas, están a punto de romper sus amarras.

Bajo su amplio toldo rumian las vacas, mientras aguardan mansamente que la leche baje a sus ubres.

Su sombra pinta manchas sedantes en el campo. En ellas se cura la tristeza y se calma el dolor; los ojos, defendidos del sol, pueden abrirse a las cosas ocultas; el cuerpo descansa, y el espíritu, libertado del fardo, se adentra en el país inexacto de los sueños...

La luz, al pasar por los fresnedos, disuelve la pintura de las hojas, y llega a las retinas teñidas de verde. A su contacto, se renueva el espíritu y maduran los recuerdos: el pasado se nos acerca como un viejo amigo que vuelve a nuestros brazos. En los corazones sopla un viento de primavera.

Pero el fresno, tan caritativo, no encuentra quien lo cobije en la estación fría. Desnudo y tembloroso, se queja al paso de las rachas que lo hieren, arrancándole uno a uno sus dedos largos.

De su ramazón frondosa sólo queda el varillaje lastimero; se diría que vemos esos árboles muertos que el artista dibuja para las películas de espantos.

Por la noche, todo se vuelve irreal. Los fresnos se mueven vagamente entre la sombra, como nahuales borrachos, sin acertar a robarse los niños perdidos.

Y a la hora del miedo, entre sus ramas descarnadas canta el pájaro de la muerte: entonces toda la selva se estremece de pavor y a los arroyos se les seca la garganta...

UN ANCIANO

Pasa el enfermizo otoño, con el pañuelo en la boca, mirando la luna que se aleja en su barca.

Los caminos están pringados de hojas descontentas y murmuradoras. En el cielo, el portero pule las estrellas que habrán de lucir en Nochebuena.

¡Se va el Otoño!

Un fresno, ya encorvado y deforme, bajo el peso de las décadas, se recoge dentro de sí mismo para esperar la Primavera. Cuando suene la hora, ella habrá de venir galopando en su yegua "cabos blancos". Y entonces, se poblarán los nidos, y el sauz mostrará los gusanillos perfumados de sus flores. Pero el tronco podrido ya no habrá de enfundarse en su sobretodo de follaje.

Y, sin embargo, a través de la corteza, el cosquilleo de las primeras lluvias se hace sentir, y el fresno anciano aún ensaya la sonrisa de un postrer brote de retoños. ¡Tal es la virtud de las nubes!

El árbol, enamorado del Sol, no tiene, sin duda, corazón; o acaso es el suyo tan grande que no se parece al nuestro.

Pero las heridas del tronco tienen muecas trágicas; hay floraciones de hongos que huelen a muerto, y sobre la carroña, todavía sensible, corretean lagartijas. Las hojitas tiernas se mueren de sed. De la madera ulcerada ha huido la savia.

Y el fresno agonizante, con las raíces afianzadas a la tierra, seguirá mirando hacia la altura, bendiciendo con sus brazos desnudos al Padre Sol, que le dió vida.

*

* *

El horror a la nieve ha matado la piedad en el pecho de los leñadores, que acuden con sus hachas, quizá armadas en la misma madera; a sus golpes se derrumba sobre la maleza el gigante.

Y los pigmeos van descoyuntando las ramas en una matanza clandestina. En el silencio invernal resuenan los hachazos como palmadas que piden auxilio.

Los leñadores cargan sobre sus hombros los despojos y se encaminan a sus chozas, con alegres visiones en la imaginación.

El crepitar de los leños en la hoguera es un eco de la música que aprendieron las hojas...

En la llama luce un destello del alma de la selva...

Y la ceniza un día habrá de encontrar quien la lleve a dormir bajo la sombra familiar de los fresnedos...

LA PENTECOSTES DEL SOL

VIAJERO, pisa suavemente, que has llegado a la selva sagrada! Estás en el templo abierto de la Naturaleza, donde se celebra la Pentecostés del Sol.

Viajero, está rojo tu cuerpo, y roja tu alma. El propio silencio está teñido de rojo. Mira, tu paso va dejando un rastro de sangre.

¡Arde el monte! Cada brazo del copal desnudo es una llama. Quiébrase la luz; danzan los rayos al atravesar la hoguera. La claridad ha descendido a los árboles, y en las ramazones hay flores de sol.

Sobre el pasto reseco, los copales, crucificados y coronados de espinas, alzan sus manos, implorando misericordia. La sonora lumbre del Otoño abrasó sus corolas y calcinó sus ramas. La roja corteza se exfolia al paso de los vientos y produce en la magia de la tarde un miraje de incendio...

Los besos de fuego arrancan a las copaleras, lágrimas de incienso ritual, que no quieren ser propiciatorias al viejo dios del Diluvio, ni al batallador Huitzilopochtli; tampoco para Indra, señor que rige elefantes guerreros; ni a Coatlicue, la diosa de la Muerte y de la Vida, principio y fin de todo lo creado, madre y tumba... ¡Suben hacia el Padre Sol!

El aire cae, pesado de perfumes. Entre las piedras se distinguen los ombligos brujos del peyotl. A lo lejos. se tumba de sed el camino, que todavía no siente la humedad de la Aurora.

¡Es la Pentecostés del Sol!

LOS REYES DEL BOSQUE

PROCESION extática de los ahuehuetes que van al encuentro del Sol. Días viciosos e inútiles que se juegan la vida con dados de hojas secas. Se apagaron los luceros y se apagó la luna; sólo arden la esperanza y el recuerdo.

Van en sacra liturgia, como druidas ancianos, a recibir al Padre Sol, que trae al mundo la Primavera y la Juventud. En sus ramas, los nidos son "milagros" que cuelga la fe de los pájaros. Sobre su cuerpo, en caracteres rúnicos, la historia increíble de las mercedes del Padre. Los árboles niños, a hurto de los mayores, hacen sonar sus medallitas de plata. Cierran el cortejo los madroños, que ofician de monaguillos.

El peregrinar dura largos meses, y no tiene más medida que el golpeteo de los cayados sobre el suelo adusto y el movimiento rítmico del gran pecho de la selva, que se hincha majestuosamente como el pecho del mar.

Y hay un día en que el lomo de la sierra, húmedo de luz, se estremece con calofríos multicolores. Los rayos horizontales del sol, nivelan el bosque como un cepillo de madera.

El bosque ronronea como tigre dormido, y la llama del sexo prende en los seres elementales.

*

* *

Larga paciencia la de los ahuehuetes. Engrosar a cada primavera el tronco, como si hubieran de soportar la bóveda del mundo; perder las hojas con los hielos y tejerse nuevo manto cuando la selva despierta; ahondar poco a poco las raíces, sorteando el egoísmo de las peñas; tener fuerte el corazón para ver que las alas que los abanicaron en Otoño ya no vuelven con las brisas primaverales; recordar el hormiguero de voces que salieron del surco y sólo vieron el sol un instante.

*

* *

Estas visiones pasan por mi espíritu mientras contemplo el ahuehuete que arde en sol a la entrada de la selva. Me abrazo al tronco hospitalario; las pupilas se me tiñen con la sepia del tronco y mis manos libres acarician sus ancas poderosas.

Así permanezco, pecho contra pecho, perdido el mecánico tic-tac de mi corazón en el amplio palpitar de la savia; disuelta mi vida en la vida serena de los árboles. (De lo alto, desciende la hebra de música que está hilando un "cuitlacoche".)

Y me invade un gran deseo de quietud, de renunciamiento; ser un árbol perdido entre los bosques, lejos de todas las veredas. O menos que un árbol, una hierba, una hoja, un soplo de viento, ¡sólo un soplo de viento!...

Y oigo que me dice la honda voz de la selva: "Tu anhelo de quietud está todavía saturado de orgullo. Ser un soplo de viento, que es golpe de ala en el amanecer, hilo sonoro en el pico de los pájaros, alarido ensordecedor en la cascada; que es dueño de todas las primicias, y sigue en su giro al sol, emborrachándose con el peyotl de la tarde, ser un soplo de viento ¿piensas tú que es renunciamiento?"

LA PENA DEL CUERVO

FATIGOSAMENTE, abriéndose paso entre riscales y barrancos, trepa la vereda. Abrumados por el esfuerzo, los abetos la siguen, lacios sus miembros, más pequeña cada vez la talla y continúan subiendo hasta que caen rendidos. El más fuerte, afianzado al roquedal como para resistir mejor el vértigo de la altura, mira melancólicamente el serpenteo del sendero que se pierde en el cuello de la montaña.

Y parece indeciso. Lanza, a manera de palpos, breves atajos que examinan los contornos, y al fin reanuda la marcha. Va siguiendo a los pinares, habituados a respirar el aire ligero de las cimas, y sube con ellos en un desafío de ascensión. (El pino, desde pimpollo, es un alpinista consumado.) Pero la vereda es tenaz; y ahí donde la tierra falta, traza peldaños en el hielo o se desliza veloz entre la nieve.

¡Oh, la cirugía de la astilla de hielo que opera en la carne sutil de la luz!

Pero ya termina la carrera. La montaña perdió en un albur sus gemas blancas que pasaron al bolsillo del Sol. Y la vereda muere repentinamente, después de asomarse al abismo en la Peña del Cuervo.

La perspectiva se nos alarga bruscamente, como si hubiésemos cambiado el microscopio por los gemelos.

Ya somos libres. Ya nada detiene nuestras miradas que hoy probarán su fuerza contra la distancia. Pero algo nos hace falta; se diría que hemos perdido las gafas, o que nos ha vuelto miopes la inmensidad del horizonte.

El cuerpo, que se había vuelto sólo pupilas, ahora quisiera tener alas. Nos damos cuenta de que teníamos el alma virgen, y tan inexplorada como un planeta distante. No sabíamos que pudiera contener tal inmensidad.

Sobre las laderas, los robledales, a medida que se encienden las tardes en la hoguera creciente del Sol, viran el verde obscuro de sus hojas al oro viejo, y luego al oro rojo, y al fin lo convierten en un metal nuevo que se llamaría oro carmesí. ¡El pintor del Arco Iris ha volcado sobre el monte su caja de colores!

*

* *

Escenario hecho de distancia y de montañas. Enormes farallones sirven de bambalinas. En el lunetario hay un lleno completo, como en un "beneficio".

Mientras se levanta el telón, sobre el cerro vecino se improvisa una pantomima que quiere representar el derrumbamiento de la antigua estructura social. La escena vigorosa despierta un movimiento de simpatía, casi de solidaridad, en el concurso. Gritos agudos, voces broncas acompañan cada incidente. Al final, un aplauso que enrojece las manos, que tiñe de rubor el horizonte.

Pero ya se acerca la culminación de la fiesta. Un golpe de timbal impone silencio a la multitud. Asistiremos al estreno de la Danza Extática del Sol.

Apártanse sin ruido los cortinajes laterales, que parecen tejidos con plumas de quetzal. En la escena está el Astro, cubierto de velos como una desposada. Y su voz —una voz clara y penetrante, como la de un clarín de bronce— marca un ritmo que recuerda la tranquila cadencia del mar.

Sus brazos —alas de colibrí— se mueven bajo los velos, haciéndolos vibrar, mientras el cuerpo se conserva inmóvil sobre las piernas cruzadas en la actitud hierática de las bailarinas hindúes: antorchas que fuesen a la vez sonidos musicales.

Hay en la Danza Extática algo que la vuelve casi humana; algo que la acerca a nuestra carne. ¿El rubor del bailarín? ¿La fatiga que alza su pecho anhelante?

Una admiración religiosa ha sobrecogido a las criaturas del bosque. Callan todas las bocas y el viento se arrodilla con las manos en alto.

Lentamente, muy lentamente, va descendiendo el bailarín de luz; sus velos se hacen cada vez más rojos, cada vez más densos. Se diría que se ha dado cuenta de su desnudez y que quiere vestirse. Pero no hay cosa que pueda ocultar la claridad de su cuerpo glorioso, y todos lo vemos girar sobre el horizonte como trompo reluciente, pronto a dormirse.

La montaña ofrece una depresión de cuna, y sobre ella se deja caer el Sol, jadeante y sudoroso, arropado en sus velos.

Telón lento.

Y luego, como una marejada, la ovación azul, el aplauso polimorfo y multánime que el eco nos trae hecho un suspiro.

MUTACION

Ante nosotros se extiende el coliseo en que la Tarde estrena una película a colores. Sobre las gradas, la muchedumbre de pie

aclama el prodigio: del aire surgen montañas y el paisaje se desdobla como un "folder" de tarjetas postales. Los jilgueros se lanzan serpentinas de canto de uno a otro crestón.

Sobre la pantalla cóncava del celaje, el sol —lente de linterna mágica— proyecta la imagen de un viejo castillo incendiado. El manipulador va pasando filtros más y más rojos. En el anfiteatro, el humo del tabaco, fuertemente iluminado, forma balas de algodón color de rosa.

A lo lejos, donde la hondura se nivela, el pueblo friolento enciende sus chimeneas, y los mil hilos de humo se prenden a la crinolina morada de la tarde. Se tiene la impresión de que sostienen el pueblo amarrado al techo del mundo.

Y la tarde, claudicante, achacosa, huye del pueblo cenobita; apenas puede llegar hasta el ocaso. Al franquear la última cerca, deja atorados en las piedras algunos hilos de chaquira.

En todo el derredor se extiende el bosque, donde fermenta la noche. La obscuridad hace cesar el desorden y creemos estar en un convento después del toque de oración.

Vamos por un camino de cabras, en el que los magueyes florecidos se hacen candelabros donde arden fuegos fatuos. Y nos alumbra el bisel de la luna nueva, espejo chamuscado en el crepúsculo.

Volvemos al bosque por la puerta falsa, que olvidara ya la pimienta de las aventuras. Corretean entre los claros llamas amarillentas que son como nenúfares flotando en lagos de silencio. Los ojos se nos enferman de tanto mirarlas, y en derredor de cada llama inflan burbujas de leve claridad. Las calles del bosque se miran como ambulatorios desiertos.

Es una extraña tendencia la de nuestros ojos: Quieren ver todo redondo. Afuera, redondearon la noche; nuestra visión esférica completó la bóveda estelar, transparentando las sombras del suelo y dejándonos aislados en un islote central. Y ahora, en

el claro, los "cerillos" soplan grandes globos de resplandor cobrizo.

Nos rodea la callada sabiduría de mil lenguas obliteradas por el polvo. Llena el aire un eco dormido de colmenas. Sobre un pino sin historia, pegamos trece candelas y en su alarde empollamos nuestro huevo cerebral.

Luego nos damos a clavar restos de viejos naufragios para hacer una balsa. Será la vela un abanico de sol.

Un chorro de obscuridad violeta se filtra entre las melenas de los árboles y lucha contra el vislumbre cadmio. Del conflicto resulta una tinta cambiante que todo lo embadurna. Entre las raigambres, pupilas dicroicas andan a caza de reflejos: nuestros ojos se llenan de esos ojos.

En los crestones fríos, el misterio cristaliza su horror en rocas lívidas, que parecen momias ansiosas de descanso, absurdos fantoches, funámbulos sobre la cuerda floja de la nada.

Y descendemos por la vertiente arada con besanas de ideales, cuidando de no pisar lo sembrado.

En el Oriente, van naciendo las horas. Toman su boleto para la "Rueda de la Fortuna" del Tiempo, y comienzan a subir regocijadas: cuando han llegado al cenit, un mecanismo desprende el carro y la hora se estrella contra el suelo.

La noche es una trama de premoniciones y de sentencias de muerte. La brújula gira como volantín y sólo el corazón conoce el rumbo.

LAS CAMPANAS

SOBRE el pueblo desciende la "enagua blanca", almidonada y crujiente, del amanecer. La torre saluda al día con su alegre ladrido. A un mismo tiempo cantan los gallos y campanas, armonizados por la voz madura del sol.

Entre las manos del campanero la esquila es un acróbata desafiando el vértigo en un molinete mortal. Los badajos van y vienen, besando con toscos besos de labriego las bocas de bronce.

A vivir nueva vida convida la campana. Se van de la memoria viejas tristezas como una lección enfadosa. Nuestros sentidos se abren a las cosas profundas: las pisadas del Tiempo, el múltiple grito de los partos de la Tierra, las notas distantes de la vocinglería estelar. Los latidos de las campanas obligan a nuestro corazón a refrenar su prisa de martillo mecánico que arruina el cuerpo que debería sostener; lo invitan a palpitar con el inmenso y tranquilo ritmo del mar.

Bajo las paredes de las campanas, hallaron refugio las sonrisas ahuyentadas de la ciudad, y al primer golpe del badajo, las abejas vuelan entre los tejados y acarician la carne con su caliente zumbar. Van rápidas; en un instante se pierden de vista. Volverán mañana con el amanecer, cargadas de perfumes.

El orfeón de la torre se extingue, y los gigantes de bronce se vuelven oídos que confiesan al viento. Oyense las culpas sencillas del pueblo, pecados que apenas saben leer; confesiones tan monótonas que hacen que las campanas se adormezcan en sus nichos de piedra.

El rebaño de las nubes está pastando en los campos del cenit. En la hacienda, los árboles alquilan su vida al patrón por unos jarros de agua y un poco de espacio para extender sus brazos.

A la orilla de la sementera descansa el arado —"Clavileño" que curó de su locura—. Los girasoles se empinan sobre la maleza, ansiosos de mostrar sus arracadas; los fresnos incuban su sombra como gallinas cluecas. Ni un pájaro cruza el aire amodorrado. ¡Viene tanta luz, cielo abajo, que sorprende no haga ruido al caer!

Alguien toca la campana, y hay un estremecimiento en el aire. ¡Qué solemne sonar! ¿Será la misma que dió el alba? Son los toques lentos, pausados, graves. Pensaríase que un haz de sol golpea el metal. Ya no es el tañido ligero y parlanchín. Ahora es serio, majestuoso; habla del deber diario, de la labor cotidiana.

Tras de la voz severa de la campana mayor —yunque aurino en que se forja la hora del deslumbramiento— la de la pequeña suena a risa de niño, a estribillo de canción ranchera, a recitación de un surtidor. Su lengua caritativa está tejiendo ideales nuevos para los que perdieron sus esperanzas por la ruta...

¡Como una loca voltejea la esquila! No impunemente bebió toda la mañana luz de sol. Está borracha. Tartamudea. La lengua se le pega al paladar. Ya no puede más. Y se duerme apoyada sobre sus codos.

*

* *

En el vientre tenso de la tarde, el sol es un ombligo relumbrante. Desde la torre se ve al labriego empuñar el timón del

arado. Ha uncido la yunta. Camina. La reja hiere la tierra, y de la herida sale un vaho de vida. Se alínean las besanas con rectitud impecable. La geometría del campo es perfecta; pero, ¡cuán dura ha sido la labor!

Hay desafíos en las frondas y gritos de celo en los bosques.

Sobre el cielo luminoso, hilillos de humo trazan signos cabalísticos. Una milicia de patos de uniforme gris atraviesa el pueblo.

La tarde adelanta perezosamente. En el ocaso, el sol que naufraga, hace estallar un S. O. S. de colores. El viento baja de las cimas y borra los dibujos que trazaran las chimeneas traviesas.

*
* *

Hora en que todo se proyecta en color. Los lagos encandilados se han llenado de soles. El mar es bandeja de cobre que pulen nubes arrodilladas. A lo lejos, los hombres sin voz se vuelven irreales, como si vivieran "al otro lado del espejo".

Las campanas son braseros en que arde la marihuana curando la vulgaridad del mundo. Por los nervios impalpables del viento, corren calofríos que delatan el secreto de los bronces. Las campanadas planean sobre el aire como papalotes que han roto el cordel. Y al caer, son cintas de seda que se desenrollan en la brisa, serpentinas policromas que forman dilatadas espirales.

Las campanas, penetradas molécula a molécula por el metal del cielo, se han convertido en oro purísimo. En su hueco anida la poesía del pueblo; los sones arrancados de su seno descien-

den rectamente, camino a los pechos, camino a los ojos, donde cuajan en gotas de rocío...

Las montañas semejan crisoles en que se licúan el cobre y el cobalto. Ellas cantan el "ángelus" en gamas de luz.

La Tierra en las manos de la Noche es un cabujón zafiro y azabache. De ella suben gritos de rebeldía, vagidos de recentales, y el oloroso aliento de los zurcos.

MERCADER

MERCADER del bosque, el pirú vende al jilguero y al cenzontle encendidas sartas de coral: la moneda es la plata de un gorjeo.

AGUA DE RIEGO

PASA el canal montado en su yegua, haciendo propaganda de verdor. Bajo los cascos de cristal, el bosque ha extendido un pasillo de algas color de esmeralda. Su cara lampiña se resguarda del sol con las sombrillas que le ofrecen sauces y sabinos. Peinetas de laja peinan sus cabellos. Y en los recodos, indiscretos carrizales le cuentan los chismes del distrito.

Agua de riego en que abrevan las mil bocas del barbecho y donde se lavan las anchas manos del platanar; por tenerla, cuánta sangre ha corrido, cuántos hombres quedaron tirados en el campo.

Es nieta del océano, pero en su viaje de ida y vuelta a la montaña, el Padre Sol le quitó la sal del corazón.

Su inundación benéfica cunde sobre los campos como esas noticias que van voceando los papeleros.

En las madrugadas frías se tapa con cobija de bruma, y al mediodía le abanican solícitas las palmas. Por la tarde, el cauce es largo crisol por donde circula el oro en fusión, luminoso legado del Poniente.

Desciende del costado del río, después de aprender el oficio. Va hacia el surco, donde lo espera la alegría musical de la semilla.

En las compuertas, el "partidor", atento a su reloj, da de beber a cada campo; pero a todo lo largo del canal beben gratis las vacas, los ahuehuetes, los caballos.

El agua, al correr, pule nuestros ojos y se frota como gata contra el vientre perla de la mañana. Va rápida; se desliza sobre patines silenciosos; brinca los obstáculos que encuentra en su camino.

Impaciente como todos los muchachos, no quiere aguardar hasta el término del viaje. En cuanto puede, atropella el débil cauce de barro, abre una brecha, y va a regar la tierra bajo las hojas que secó el último Otoño.

¡Con qué suavidad las levanta, meciéndolas sobre sus blancas espaldas! Baila con ellas. Es un coro de danzarinas vestidas de berilos; es un enjambre de caracoles plateados; es mano de dedos innombrables que va sedando dolores y sembrando esperanzas.

Pero al llegar a un hormiguero se detiene perpleja. Las briznas flotantes se forman en semicírculo, apretujándose para indagar la causa de la detención. Las gorgoritas que venían gritando a pleno pulmón, enmudecen, y sin saber qué hacer, pónense a dar vueltas; la risa infla sus carrillos que estallan sonoramente.

El río pigmeo se ensancha en lago, y su corriente se da a girar con movimiento rápido; en su centro aparece un ombligo que se hace más hondo a cada vuelta de la ronda, hasta que se convierte en embudo de reflejos nacarados y se pone a sonar como la trompa de caza del rey de los gnomos.

El agua de cabellos rubios se ha escapado de la cárcel de canal; es ágil bufón que hace piruetas en su fuga, y llena de carcajadas las calles del bosque.

El hueco de una raíz se ofrece como tentación, y el arroyo de cara enlodada se asoma, mide la profundidad. Va a saltar.

No, no se atreve. Retrocede, indeciso. El ojo de porcelana, pronto a desorbitarse, vuelve a su cuenca. Las primeras danzarinas, asustadas, desandan el camino, pero el coro, lanzado en carrera, las empuja. Y caen. Sus crinolinas de berilos se desgarran, las joyas vuelan por el aire. De las gargantas salen notas de cristal. Y el conjunto de seres mínimos, una vez que llega hasta el fondo, vuelve a subir. Ahora van calladamente, confundidos todos en el fango, anhelando que caiga un rayo de sol para quitarle las ropas y robarle su iris escondido.

El canal que se desangra retarda su corriente, temeroso de perder a un tiempo día y cielo y estrellas, y seguir ruta obscura bajo la tierra. Su espejo, entristecido un momento, se ha alegrado con reflejos. Ya no hay lodo en su fondo. Los árboles corpulentos no lo llenan, y hay sitio bastante para contener las nubes.

¡El mismo sol cabe en su hondura!

¡Oh prodigiosa sensibilidad del agua! Las gorgoritas ausentes han dejado en la brillante piel cicatrices redondas que asustan las imágenes, doblan las ramas, y parece que roen el cuerpo de las nubes. ¡Cuán breve es la vida de estas lentejuelas que matizan la cara del agua! ¡Pronto habrán de desaparecer aniquiladas por la tensión del líquido!

Pero vienen nuevas; salen de cada uno de los meandros; parecen pequeños remolinos. Y por el cauce continúan desfilando como esas llovizmas de pétalos que el viento arranca a los duraznos en flor.

El espíritu, a fuerza de sostener la contemplación del arroyo, se ha ido disolviendo en el agua. Y, por los ojos abiertos, entra el mundo maravilloso de los cuentos...

POR TIERRAS DE LABOR

SEQUIA

Barbecho aplanado por el pisón del sol. Temblor de la luz que, al atravesar la calina, se sacude como un perro. Apenas queda maíz para la siembra.

Tumbados boca abajo, resecos, entumecidos de pereza, los terrones se han enderezado un momento ante el aguijón de la reja. Pero pronto se dejan caer de nuevo, mostrando al sol sus senos lacios.

Manos no hechas a las caricias, manos eternas, se abren como una floración de esperanza, y las simientes descienden sobre el campo con trayectoria cándida.

Se siente un crujir de pezones mordidos por dientes blancos.

Una boca trata de calentar los gérmenes de vida con su aliento polvoso.

Pasa otra vez el arado y la entraña se cierra quietamente.

Sobre el vientre multíparo cicatrizan las besanas, largas grietas paralelas.

Y todo sobre un silencio, mullido como alfombra.

LATIGO

El camino, —látigo pardo— cruza la cara del paisaje que abre ojos azorados en los puentes, y eriza de dolor su vello en las milpas.

Camino que se acorta con la alegre sonajería de las argemones maduras, llenas de semilla. A su término, muere la esperanza y nacen los recuerdos enfermizos y tristes.

Camino vagabundo que no tiene quehacer y que, como los muchachos traviesos, sólo corre por el gusto de acabarse los zapatos.

Al recorrerlo, estupramos sin cesar los horizontes vírgenes; pero como en el viejo mito, su virginidad se regenera perennemente: los viajeros que vengan tras de nosotros lo encontrarán con su frescura intacta.

Somos juguetes entre las manos de la distancia, que esconde nuestro coche como un prestidigitador. Pasan los árboles desgreñados y locos que tienen una cita al otro lado del mundo. Los sembradíos geométricos giran lentamente, cuidando siempre de no darnos la espalda.

Las bardas nos largan insolencias al pasar: se han vuelto malhabladas de tanto oír a los chamacos de la escuela. Y cuando cruzamos el arroyo, el puente jorobado avienta un reparo que por poco nos hace caer al agua.

Cerca de un estanque, surge el milagro de un sauz, chorro de sangre de la tierra que al caer se vuelve cascada de esmeralda.

Muy cerca, las vacas se dan un banquete en el campo de alfalfa; cuando alzan la cabeza, sus grandes ojos se vuelven hacia los nuestros y nos dan un poco de su calma.

Un peón de lacia barba, guadaña el alfalfar; su movimiento preciso y metódico vuelve imperioso el gastado símil del Tiempo y su falce implacable. En la hacienda una máquina trasquila el trigo —cabellera oxigenada— según el corte de moda.

Sobre el estanque de malaquita nadan gansos sin dueño. ¡Asombra que no se manchen de verde los plumajes!

Se distinguen cúpulas lejanas que perfilan su cabeza inútil contra el horizonte. Una locomotora contempla el crepúsculo mientras le ponen la zapata que ha perdido.

MAGUEYES

Magueyes, estrellas del campo, crisoles en que la sangre del surco se convierte en sueños.

Son los "hombres-gordos" de los bosques: con los amplios calzones rellenos de paja, aguantan las cornadas del sol a cada tarde.

Se han escapado de las cárceles y corren por los campos llevando entre los dedos filosos un montón de cosas inútiles: hilachos viejos, cascarones de huevo, sombreros que perdieron su cabeza.

Como viejos samurais se abren las entrañas en un "harakiri" silencioso.

Sobre los lomeríos curtidos por la resolana, sobre la tierra encanijada y flaca, surge como una tentación la carne mórbida y voluptuosa del maguey.

El hambre y la sed, los bofetones de la tormenta, las pedradas del granizo, no logran ablandar la dureza de su cuerpo.

Con el sol de la mañana —a un tiempo alfilerazo y caricia—, sus anchas ubres sienten el picor de la leche, y se entregan al patrón en promiscuidad de rebaño.

Y cuando ya no los quiere la hacienda, devuelven a la tierra sus peinetas de marfil, y en sus esqueletos —cántaros vacíos— vocaliza el viento entre el aullar de los perros.

LAVANDERAS

¡Almoloya! nombre que suena a garrulería de arroyo, a chapotear de ranas juguetonas!

El río, sonriente, surge de las entrañas de un cerro que la poesía indígena transformara en pueblo.

¡Agua loca! No sabe dar de beber y ya se le ve bañar cuerpos de mujeres, ya repite las comadrerías que oye decir, ya infla con sus labios pompas irisadas.

Debajo de cada piedra hay un manantial; el agua, fatigada por el largo buceo, sale resoplando. Y llorosa, porque se le ha metido en los ojos el jabón.

Las lavanderas, de rodillas sobre lajas blancas, son alfareros que modelan una fauna de magia: pelícanos, pavos-reales, faisanes rojos; son las artistas del Arco-Iris, que mezclan en la ribera pigmentos de sol.

El cerro, en que se enroscan las cintas pardas de las calles, da la visión de la danza policroma de los listones.

Y sobre el horizonte el Lerma extiende un atlas de jade; antes de viajar es bueno aprender la Geografía.

En este retiro, la vida no es miseria que engendra miseria. Ha dejado sus harapos, y se tumba al Sol, desnuda y primitiva. El espíritu se hincha de sonoridades. Abajo, las lavanderas blanquean los viejos ideales que el tiempo ha vuelto grises...

EXCURSION MATINAL

La quietud del pueblo nos cosquillea con sus dedos tácitos, y a pesar de la parranda estamos en pie con la mañana.

La vereda sin duda trasnochó también. ¡Sube con tanta fatiga! Lleva un pino de bordón. En los pasos difíciles hace escalinatas de troncos. Al cruzar el arroyo, para no mojarse, se va por una hilera de piedras.

Arriba de la loma se nos perdió. Creo que se ha quedado dormida bajo la sombra de un pirú. Yo no puedo hacer lo mismo y tengo que seguir trepando...

Desde la cima, el valle nos obsequia su mejor acuarela: en estilo cubista, los poblados de Tienguistenco y Lerma. Almoloya trazada con grandes líneas curvas, sobre fondo sepia. Y dominando el paisaje, el Nevado de Toluca, que estrena un cuello almidonado.

Regresamos al pueblo. Ahora la vereda nos toma la delantera. Corre; da saltos enormes; patina en los trechos lisos. Cuando llega al arroyo no se entretiene en poner piedras, sino que lo franquea de un brinco; y al fin, cerca de la Plaza, se nos vuelve a perder. Me pareció, sin embargo, ver su huella frente a la panadería.

EL SUEÑO

Nunca son tan desolados los pueblos como al mediodía, cuando el sol pisotea las casas y las confunde con el campo. A esa hora no se sabe qué es lo que molesta más, si el polvo del surco, o el polvo luminoso del cielo.

En la ciudades, la luz se encona contra el asfalto poblado de automóviles; pero pronto agota sus fuerzas, y ya no puede martirizar las retinas.

Al atardecer, las sombras de casas y jacales corren hacia el oriente a esperar la nueva luz; en la confusión siembran el suelo de disfraces alegres: torres, palacios, fortalezas.

La proximidad de la noche orea las llagas del dolor cotidiano. La tarde trepa a los vitrales helados de la sierra y se tira de cabeza por el balcón del Nevado de Toluca. El suicidio diario nos deja indiferentes.

Estalla el acorde difuso de los gallos, y las voces se diluyen en un cuchicheo que cae como neblina sobre las calles.

El pueblo dilata sus pupilas intactas. Comienza su vida sonambúlica, mil veces más activa que la diurna. A través de los tejados escapan los sueños que son sus esperanzas, que anticipan un futuro de justicia.

En el centro de la Plaza vigila un ciprés —fantasma bonachón que a nadie puede ya asustar—; y hacia el fin de la calle, allí donde el pueblo calladamente vuelve a ser campo, un sabino finge el cuervo tartamudo de Poe, que sólo sabe repetir: "Nunca más, nunca más".

La noche, solapada y artera, se infiltra por las rendijas y ensancha las junturas, mientras pega por todas partes botones de zozobra.

Sobre el horizonte, la luna —semáforo ámbar— regula la circulación en los caminos del cielo.

EJIDO

Nopaleras y "órganos", defienden el ejido como perros "bulldog". Hacia el cenit, el sol —globo de papel— deja caer cohetones que estallan sin ruido.

Un pequeño campo —azadón y sudor— muestra el verde obscuro de sus lenguas agrietadas por la sed.

Un pozo sin brocal, simple herida en el costado de la tierra. Desde el fondo el agua mira como un ojo bizco.

El indio hace un carrillo con sus manos, y la soga corre, desollándolas.

El cántaro, cabezón y testarudo, lucha por nadar, pero al fin se sumerje y tiene que beber para no ahogarse. Otra vez se tiende la soga; ahora con más fuerza. Las manos sangrantes

miden la longitud tantas veces sabida. El agua ingenua se asoma a la boca del pozo; sonríe; juega a torcer nubes y a besar el sol. Está alegre. No sabe el trabajo que cuesta llevarla a la luz.

¡A correr, a correr! Las milpas están sedientas y es hermoso el camino. ¡A cantar, a cantar! El viento espera impaciente.

—Agua, canta con él, no se hizo para ti la tristeza.

Y otra vez cae el cántaro al fondo del pozo. El agua articula, imperiosa: "¡Bebe!" ¡Ya está lleno!

Se ha estirado la soga. ¿Fué el agua, fueron las manos, rojas como colorines?

¡Arriba! ¡A cantar y a correr, a jugar, a torcer nubes y a besar el sol!

Hay un descanso. Como el agua calla, se oye el griterío de las milpas que quieren beber.

LAS MOSCAS

Sobre el valle proletario, sonoro como un viejo violín, se ha tumbado la pereza del viento. Bajo los fresnos, las vacas, entornados los ojos, rumian lentamente.

La abeja intemperante, borracha de néctar, tropieza entre los huizaches, sin encontrar su camino. Y los recuerdos, la capucha sobre la cara, se congregan con el mismo bisbiseo de la colmena.

Pasan horas esféricas, en carrera de tortugas. Un soplo caliente inquieta las moscas bajo el mezquital. El enjambre bullicioso se baña en los chorros de luz que se filtran entre las ramas, mientras zumba su canto de trabajo. Irízanse sus alas. Cada cuerpecito es un minúsculo diamante montado en pedernal.

Vuelo que parece inútil, sin sentido. En el fondo, desfloramiento del aire virgen, posesión de una claridad siempre renovada. Placer más vivo que el de abrir las hojas de un libro nuevo, todavía oloroso a tinta, con plegadera de marfil.

Un peón, cansado y hambriento, mira las líneas de fuego que se entrelazan en arabescos complicados. Y su imaginación, descentrada por el desmayo del instante, forja un sueño extraño: el mezquital es una fábrica en un planeta de otro sistema solar; las moscas son obreras que hilan la hebra impalpable de un rayo de luz, tejedoras que al conjuro del sol tejen la tela de las almas...

Ante los ojos lacios, surge la visión de una raza nueva, fuerte y buena, sin esclavos y sin amos... Pero ya las obreras de uniforme obscuro llevan sus ruecas a otros copos de claridad.

Y suena enronquecida la voz del peón: "Tejedoras, tejedoras, cuando tejieron mi alma, no brillaba el sol!"

UN CONVENTO OLVIDADO

(TEPOTZOTLAN)

LA mañana, mesera soñolienta, deja caer sobre el mantel del mundo una enorme taza de jugo de naranja. Y va cundiendo la mancha dorada por lomas y valles, mientras los centinelas de los ranchos lanzan su metálico "kikirikí" que más que oírse, se diría que lo registran las retinas como una angulosa cinta de luz.

Hemos madrugado. Todavía el camión lleva los faros encendidos que van dejando charcas blanquecinas sobre la carretera gris.

Cerca de mí, un pasajero oprime contra su pecho el cuerpo acinturado de una guitarra, mientras hurga con la mano derecha en el sonoro sexo del instrumento.

Las nubes, que durmieron bajo los árboles como gendarmes anémicos, comienzan a levantarse, y avanzan perezosamente, escondiendo sus bostezos con pañuelos blancos.

En los barbechos, la bruma ha cuajado en una especie de gelatina sucia, tan espesa, que maravilla cómo puedan respirar los labradores.

Entre el verdor de las lomas se destaca la torre de Tepotzotlán. De lejos, nadie podría adivinar su belleza. No parece sino una de las casas que hubiese levantado el dedo para pedir algún permiso al profesor...

Hemos llegado. El camino, que es ya la calle principal del pueblo, adelanta entre cercas que se desmoronan. Las piedras de arriba se han ido resbalando, y, al fin, brincan al suelo. Las de abajo, aliviadas de la carga, se desentumecen, toman posturas más cómodas. Empujadas por las lluvias, poco a poco se acercan al arroyo, de donde hace siglos las arrancara la mano del peón y en el que tienen cita para un minuto remoto.

Los perros, guardianes avanzados del caserío, ladran furiosamente al camión que se aproxima, pero ante las carretas chillonas se quedan indiferentes. El gruñido del cláxon no los ahuyenta. Todo lo contrario; en su furor, lanzan contra el intruso todas las injurias de su diccionario.

El atrio del viejo templo parroquial confirma la ubicuidad del bosque. Los viejos cedros, tupidos de heno, los naranjos de tronco ennegrecido, siguen viviendo la vida tranquila de la selva, y en sus ramas hacen nido las calandrias y las urracas. En derredor se extiende una curiosa verja de arcos que semeja un cordón de muchachas cogidas de las manos.

No hace falta tener una gran imaginación para ver en este jardín una verbena religiosa: los cipreses, que repasan los delgados rosarios de su heno, se vuelven romeros vestidos con negros sayales, y entran al templo en callada procesión.

Todo el jardín es un brote de fe, un remanso de silencio. Las plegarias de los indios, ahondadas en el suelo germinan en "rosas de Castilla" y en geranios rojos, o lloran con llanto largo en la ramazón del sauz.

Hay olivos jóvenes que nacieron reumáticos y no pueden moverse con sus coyunturas nudosas. Y los olivos viejos, que nunca dan aceitunas, se ven aquí más dolientes que en el viejo Getsemaní.

EL PATIO DE LA FUENTE SEDIENTA

El viajero que se acerca a la fuente espera la salutación cantarina del surtidor o el oloroso reclamo de la brisa. Entra. Está lloviendo sol. Los rayos verticales rebotan sobre el enlosado y van a herir sus pupilas. Su sombra empequeñecida se mete entre las junturas buscando en vano un poco de vida, una brizna de hierba, siquiera un insecto.

Las pisadas siguen todavía resonando en los corredores; y se oye el eco subir y bajar las escaleras antes de perderse por las galerías.

El patio es tan angosto que nuestra imaginación tiene que fugarse en vuelo vertical. De noche, debe ensancharse, y entonces la visión escapa por los hilos de las estrellas; pero de día, la solana achata la perspectiva, y la reverberación de las paredes encaladas es como una cuádruple exclamación profana.

Un caño de chiluca trae el agua llovediza hasta el estanque, y, con ella, un mundo de perfumes y de voces; ese mundo fugaz que sólo vive en la primavera.

En la fuente quedó presa el agua de la última lluvia. Está enferma. Tiene los ojos vidriosos y la voz apagada, y se cobija con abrigo de lama negruzca.

Pero, a pesar de su calma, trata de escaparse. Durante todo el día acecha los rayos de sol, para robarles sus alas. Y por la noche, un pequeño globo de bruma delata su callada fuga.

A un lado de la fuente hay un pozo seco, que es como cuerpo sin alma o como un ojo profundo que en fuerza de mirar al sol quedara ciego para siempre.

En la lisura mate de las paredes se abren ventanas celadas con párpados de vidrio; pero ya ningún ojo muestra su curiosidad a través de ellas.

Y todo parece fijo en posición definitiva. Se siente que pasarán siglos y el agua seguirá mirando al sol; y el desamparo anidará por siempre en aquel patio.

EL PATIO DE LOS NARANJOS

Todo el desconsuelo del convento se congrega en este claustro; son tristes los naranjos; languidece el rosal; y bajo los arcos, huyendo de la luz, pasean viejos recuerdos...

¿Hay algún árbol que exprese mejor el dolor y el olvido que el naranjo decrépito? Ennegrécese su piel, como la de los viejos; las ramas, enhollinadas, parecen cañones de una chimenea friolenta. El heno, que disimula la vejez de los troncos, le ha sido negado. Las hojas raquíticas, mueren a la primera racha inclemente.

¡Y aun tiene aliento para dar frutos! Pero ya no son las naranjas jugosas y perfumadas que parecen globos de sol. Son frutos pequeños, acres, que ya no picará el gorrión, ni se robarán los muchachos.

Agonizan. ¿Y lo sabrán, acaso? Cuando bajo los tejados hay una ciudad de nidos y algarabía de pajaritos que aprenden la doctrina, ¿se darán cuenta de que sus ramas se han quedado desiertas?

Mas, quién sabe si en los plenilunios aniden en sus ramas fantasmas de aves que conmueven el aire con ecos de arrullos y reminiscencias de trinos!

En el centro del patio, y como hecha para contener toda la añoranza que fluye de los árboles, de los muros, de las bóvedas

obscuras, hay una fuente. Le dan vida unos cuantos azulejos; pero se le niega el agua, que hace años no refresca sus flancos.

Cuando llueve, el gesto de su boca se suaviza. Piensa que va a beber; pero las gotas huyen entre las hendeduras, y por canales ocultos en el misterio de la tierra, van a dar hasta el cementerio. ¡Primero los muertos! La fuente, resignada, ensancha sus grietas. Es un vaso sin fondo.

Pero, cuando comienza la primavera, tiene horas plácidas: los "saltaparedes" cantan en su brocal, queriendo hacerle creer que otra vez brota el surtidor.

Entre las junturas del empedrado nació un rosal; su semilla la trajo alguna urraca compadecida de aquella soledad. Y quiero imaginar cómo el pájaro regó con su pico la semilla, y la incubó con el calor de su cuerpo. Sediento y casi sin comer, el rosal da flores desteñidas que no tienen perfume ni saben sonreír. Se adivina en ellas el espanto de las noches sin luna en que los fantasmas andan sueltos por los ambulatorios.

Y a cada primavera, el naranjo más alto se acerca a la ventana que da al oriente, y ofrece un ramo de azahar a la Amada Blanca, cuya faz se retrata en el cristal.

LOS ALJIBES

¿Qué inquisidor imaginaría el tormento del aljibe?

Aprisionar el agua que es la libertad misma, la inquietud viviente, en la estrechez de una atarjea, para llevarla a algún estanque lejano, es ya cruel; mas captar la que viene del cielo en hebras sonoras, llena de sol y de aromas, deseosa de correr

y de brincar, siempre con la risa a flor de labio, y emparedarla en la mazmorra subterránea de un aljibe, es maldad refinada.

A través del brocal veo que el agua ha caído en un profundo desaliento; apenas si tiene fuerza para enviarme, a manera de saludo, mi reflejo obscurecido. Antes, siquiera recibía la visita interesada del cántaro —incurable diabético— y se daba el gusto de vagar por los prados; pero hace mucho tiempo que ya no rechina el carrillo, ni se oyen en el fondo alegres chapuzones.

En este momento suena la campana, que es la única cosa viva en este lugar de sueño. El son se mete bajo la bóveda y sacude al agua dormida, que bosteza, se estira, e intenta pronunciar la palabra que cura dolores y seca las lágrimas. Agua llena de ciencia, ¡si pudieras decirnos lo que sabes!

Este patio vive con intensa vida vegetal. Las plantas gritan sus derechos al aire y a la luz.

El entusiasmo que un día animara el colegio, se concentra en derredor de la cisterna; en todas las ramas hay reventazón de flores; entre las piedras brotan rosas silvestres que ríen su ingenuo reír olvidadas del Término; los chupamirtos se disputan las mieles...

Por la noche, cuando las yedras se cierran y las otras flores esconden su redoma de esencias, del floripondio se desprende blanca humareda de perfume; sus cálices vueltos hacia la tierra lucen como faroles fosforescentes, campanitas chinas que sólo esperan la brisa para dar la alarma de su vocinglería.

RINCONES DESOLADOS

Hay patios que se mueren de vejez y que no tuvieron juventud; sus paredes nunca se han abierto para dejar espacio a

una ventana, y en ellos el arquitecto no supo qué poner. Se anegan en desolación y sorprende que en su pequeñez pueda caber tanta tristeza. Su miseria no invita a la meditación ni mueve el sentimiento artístico. El canto del grillo subraya su inutilidad. La luz desciende negligente, apagada, llena de sueño, casi enferma.

Pero de noche, qué distinto aspecto deben ofrecer. Todo lo fantasmal, las pesadillas de la noche, se congregan en ellos, convirtiéndolos en escenarios de danzas macabras o de siniestros ritos, mientras los fantasmas de los monjes, usando sus dedos en lugar de gises, llenan los crucigramas que el tiempo ha venido trazando sobre los muros.

EN LA MEDIA LUZ DE LOS CORREDORES

El visitante pasa espigando recuerdos. A trechos, edifica su espíritu con escenas de santidad perpetuadas en viejos óleos; o se horroriza con truculentos martirios, a los que hace falta sin embargo, un poco más de bermellón.

Pero al toque de oración, ya no es fácil sonreír ante las pinturas ingenuas: adquieren vida. Las figuras se desprenden de los muros. Se ahondan las perspectivas; y hay que confesar que tenemos miedo; ese miedo sabroso como una fruta prohibida, como reminiscencia de la infancia.

Y al mismo tiempo, las tentadoras imágenes que fatigaran al novicio toman cuerpo en la atmósfera callada: son caderas potentes, redondeces de senos, ojos donde relumbra el deseo...

Adivinamos ruido de pasos; el aire se inquieta como al roce de una ala negra. De muy hondo viene un rumor de letanía, y más lejana la queja apolillada de un órgano.

Salimos. Las golondrinas retardadas asaetean el viento. El murciélago inicia su vuelo escalofriante.

La luna es una plancha que está alisando el vestido de la noche. El manantial, que trabaja horas corridas, estudia su recitación mientras riega, la misma que le dice al Padre Sol todos los amaneceres. Y en esa hora ya no se sabe qué es más transparente: si el hilo de agua, o el alambre que a pausas deja caer de sus alas el grillo.

En el carrizal suena el crótalo de una víbora. Y desde su morada en la Estrella de la Tarde, Quetzalcoatl, el dios-serpiente, agita su cascabel de luz.

LA MUERTE

PISAMOS terrenos prohibidos. Por todas partes nos acechan caras misteriosas con el índice en cruz sobre los labios.

El viento sisea para imponernos silencio. A pocos pasos, se extiende el velo de una "kaaba" heterodoxa. Es sacrilegio levantarlo: tras él se esconde la ciencia del Bien y del Mal.

He puesto al sereno todas mis ideas que albean como el tendedero de una casa de cuna. Un álamo sacude sus manojos de llaves, con gesto de portero de una catedral; nos invita a retirarnos.

En derredor de nosotros, la bóveda estrellada. Su pesadumbre es tan grande que en todos los tiempos el hombre ha levantado cúpulas que lo protejan. Nos sentimos desnudos, inermes, frente a las siete mil estocadas de luz fría con que nos amagan los astros, y quisiéramos no haber perdido la coraza de la fe. Nadie nos ve. Precisamente por eso debemos dulcificar el semblante.

Pero la belleza de la noche es más grande que el miedo. Quisiéramos amasar nuestros sesos como goma caliente para pegarlos sobre la inmensa oquedad de los cielos y así guardar para siempre, como en un disco fonográfico, su extraña sinfonía.

¡Estrellas por todas partes! Por fortuna ningún cometa a la vista: el cometa es algo anormal y produce malestar... La

luna en menguante se ve tan delgada, tan inmaterial, que un soplo puede disolverla.

Hay una luz diáfana, como lavada con el jabón de un diamante.

Estoy triste. La tormenta arrancó la última hilacha de mi esperanza. Mi voluntad —araña muerta— cae al suelo como un ovillo sin dueño.

Suenan golpes misteriosos en la puerta de mi sueño, y parece que dice cada golpe una palabra mística. Luego, un callado despertar: en la mano llevo el corazón como pañuelo extraviado.

El silencio, mullido como una alfombra, ha nivelado la noche; silencio sedoso, tibio, como vestido de mujer.

Parece que la Naturaleza le teme. A medida que se espesa y toma cuerpo, todo lo que canta se esconde, temeroso de no resistir a la tentación de romperlo. Hasta los pájaros le tienen miedo.

Nos vamos dando cuenta de nuestra brevedad trágica: un estremecimiento —¡sólo uno!— en la longitud indefinida de un crepúsculo, y luego, la Nada. O el regreso al Todo. Para nuestro egoísmo, ambas alternativas son equivalentes.

Vemos sin emoción cómo la vida oscila del copaje al surco, y del surco otra vez a la frondosidad de las copas. Sabemos que la primavera no es más que una sonrisa joven de las cosas viejas. La magia de nuestra visión tiñe el mundo del color de los ojos, y hasta le comunica su propia edad, su juventud o su vejez.

Hemos caminado, selva adentro, hasta agotar las fuerzas. Sangran nuestros pies. Pero nada hace pensar que estemos cerca del Término. En nuestro derredor aumenta la presión de la savia; se recrudecen los amores. Cada minuto tiene el valor de una perla.

La Vida, encadenada a la materia, se debate y lucha por libertarse. Quisiera conocer su propia esencia, saber lo que se

siente al bañarse sin envolturas en las aguas del Océano ilimitado. Anhelaría verse desnuda ante un espejo.

Los cuerpos no importan, son vestidos que hay que cambiar a cada estación. Ni esos pequeños brotes de conciencia que vienen del Todo y que al Todo vuelven. Lo que precisa conservar íntegro es el principio, la esencia, la chispa primordial...

La vida se nos presenta como algo muy remoto, fuera de la distancia y de los siglos. Para ella es muy corto tiempo la existencia de un sol; nada significan las distancias estelares. Sabe ir de uno a otro confín del Universo. Ve cómo nacen y mueren las estrellas, a intervalos que son meros parpadeos. Y nos sentimos inclinados a escribir, como en un nuevo "Génesis" esta frase: "En el principio existía la Vida..."

*
* *

Pasa estoicamente el desfile de la vida, interminable cordón de los condenados a muerte. Pero no todos tienen valor. Algunos esconden su vida como tesoro precioso. Tiran sus galas y se hacen los muertos, para escapar del hachazo del huracán.

El viento asesino se ha fumado toda la marihuana del monte. Tiene la cara lívida, "la boca reseca, reseca, y los ojos retecolorados". Una manía homicida se ha apoderado de su espíritu. Corre enloquecido, matando los árboles a tubazos, pisoteando hortalizas y alfalfares.

En la loma, hay una lucha greco-romana de las ráfagas abrazadas al pinar, mientras los madroños se empeñan en un pugilato que les llena de sangre la cara. Pero los árboles jóvenes, que saben el jiu-jitzu, están listos a evadir la poderosa acometida, y

las rachas, impulsadas por su propio vigor, van a caer de narices sobre los riscos.

¡Con qué valentía ataca el huracán furioso! No le intimida el hocico del cerro, armado de agudos dientes de obsidiana; ni le duelen los raspones que se da contra los nopales y los órganos.

Viene arrastrando sus cadenas, como un presidiario que se acaba de escapar. Su locura contagia a los árboles, que dejan de ser plantas para convertirse en una chusma de soldados borrachos, amenazando al cielo con sus gritos.

En la fecundidad increíble de la selva, cada muerte es un acto de vida. Una gran mano amasa la selva y amasa los mares; millones se asfixian, pero otros millones surgen a la luz.

Como el poeta granadino que rumbo al paredón iba requebrando a la muerte, así avanzan los árboles agonizantes, diciendo con tácita voz sus amores últimos a la que trae el reposo durable, y les habrá de cerrar los ojos fatigados.

En las crestas por donde la tormenta hizo galopar sus caballos y paseó sus antorchas, la muerte se ha quedado tendida, asoleando sus canillas y sus vértebras.

La vida, con gesto de sembradora, va regando las chispas que saca de su seno inflamado. Donde caen, forman pequeños incendios que arden hasta agotar su provisión de leña. Luego, la llama se extingue; sin lágrimas, sin dolores, sin lanzar una queja. Quizá deje un suave rescoldo donde alguien mitigue su frío.

Pero ya, un poco adelante, prende otra chispa que a su vez se hace hoguera y alarga hasta el horizonte los difusos brazos de su luz. —De lejos las hogueras tienen el mismo titilar de las estrellas—.

Dicen los nómadas que la palmera del desierto tiene la cabeza en el fuego y los pies en el agua. Los árboles de nuestros bosques tienden al sol, a la brisa, y a la lluvia, el verdor de sus hojas, mientras hunden en la muerte sus raíces. Y la muerte

sube a hacerse vida otra vez en los crisoles de las hojas, cerrando así el ciclo eterno.

El temor a la muerte tiene un origen tan profundo como la vida misma; está tejido en su propia trama. Tiene la significación de un mecanismo de defensa.

*
* *

Vida limitada y egoísta esta vida orgánica. Cada voluntad, aferrada a su fragmento de memoria individual, como si en él se encerrara todo el Universo.

Vida efímera que se extingue antes de conocerse a sí misma; burbujas que revientan cuando apenas comenzaban a irisarse.

Desorden y lucha por todas partes. La muerte adelanta como un río de lava en fusión.

En cambio, la vida pura de los astros es una sola vibración de luz. La simplicidad sublime de una llama que totaliza los destellos. Todas las partículas oscilando al unísono en la aspiración única.

Los soles envían su saludo prismático a través de los abismos espaciales. Cada estrella es una vida: ¡a un tiempo antena y pupila, a la vez corazón y voluntad!

Vida fuerte que se defiende de la contaminación de la semilla y del microbio. Altísima vida en que la materia se transforma íntegramente en claridad.

Y esa luz habrá de llevar su cariño y su abrigo a los mundos distantes que tiritan de frío, perdidos en el Infinito. Hará el bien de su presencia a las mentes solitarias de los domiurgos. Florecerá en el arco iris. Se quebrará en el filo de los hielos...

Pero vendrá un día en que también esa vida se extinga. Una catarata fría ocultará la pupila de la estrella. Ya nadie podrá verla. Entonces, los esporos que vuelan a tientas en medio del vacío, abandonarán el rayo de luz que los lleva de la mano y atacarán el astro indefenso.

Otro sol que muere. En su carne, la inquietud orgánica habrá de substituir a la palpitación de la luz.

La vida sabe que no nació en nuestro mundo, sino que vino de muy lejos en el Espacio y en el Tiempo. Apareció aquí ya armada de todas sus armas, llena de experiencia. Y cuando llegue a consumir hasta la última gota de energía, enviará otra vez sus batallones de esporos hasta el último confín del Infinito.

Todos los seres presienten que tienen dentro de sí algo intocable y eterno. El más humilde y el más soberbio exponen su chispa de vida a los vientos del peligro con un valor tan extraño que asombraría a quien no conociera el secreto.

¿Cómo, sin la seguridad de que la vida es indestructible, exponerla en un albur, perdido de antemano? ¿De qué manera explicar los suicidios colectivos de los animales, las inútiles matanzas de la guerra, y todo el derroche de sangre que ocurre diariamente?

Somos parte de la Vida. De esa cantidad que siendo susceptible de aumentar, no puede disminuir. Nuestro cuerpo es sólo un accidente, la forma temporal que ahora reviste. Mañana tendrá forma diferente: la gota de vida que tenemos pasará de uno a otro océano sin perderse jamás. No se pudrirá en el surco. No será nunca polvo del camino. Y seguirá durando, hasta que en una noche remota emprenda el vuelo al través de las islas de soles para encontrar otro vaso...

*
* *

En la selva aprendemos a morir. Vemos cómo avanza la marea de la muerte: racha de viento que va apagando el incendio; pero que al mismo tiempo prende, camino adelante, nuevas hogueras.

Muertes silenciosas, sin lucha, sin agonía. Casi ofrendas. La vida se va extinguiendo —luz de una vela que se acaba— lenta y calladamente, como la cosa más íntima y secreta.

Humildes partiquinos, los árboles sólo cantan una nota en la ópera monótona y luego desaparecen. Pero algo nos queda de ellos, reflejos distantes, ecos que van y vienen, nidos, recuerdos de trinos en los pájaros. La esencia de la vida, inasible, inmortal, huye en los brazos rosados de la Primavera.

De la Noche nacieron a un tiempo la Vida y la Muerte. Y de ellos más tarde, tomó forma la vaguedad del Sueño, que si tiene de la Muerte la apariencia, en cambio está lleno de sugerencia creadora, y es capaz de construir un mundo mejor.

*
* *

Vida de los árboles, silenciosa y profunda. Saben que no pueden alcanzar la Palabra, y han renunciado para siempre a hablar. Están ocupados con sus propios pensamientos. Todo en ellos es fuerza de vida, y conocen el secreto que anima cada cosa.

Sobre las aguas del Tiempo, la hermética Muerte flota en su barca, como flota la Luna en el río sin que nadie la toque.

Pero al pensar en el río de las horas, tenemos que recordar el Término. Cada pensamiento nos acerca más a él. Cada latido de nuestro corazón es un durmiente que pasa nuestro tren.

El presente es sólo una pequeña mancha de luz que se pierde entre la obscuridad inmensa. Mancha mínima. Pero es todo lo que poseemos.

Vendemos nuestros meses y nuestros años. Al menudeo, cambiamos nuestros minutos por centavos, sin recordar que cada segundo que cae en la grande alcancía, lo perdemos para siempre.

¡Si pudiéramos sembrar los minutos como se siembran los granos de maíz! ¡qué importaría que tuviésemos que regarlos con nuestra propia sangre!

El único asesinato verdaderamente imperdonable es el de "matar el tiempo". Suicidio más que crimen. ¡Tener entre las manos un tesoro de minutos y no hallar en qué emplearlos! Mientras lo tengamos, el Pájaro Azul es nuestro. Y es nuestra también toda la esperanza.

De contar siempre con el Tiempo, no habría montaña que no pudiéramos escalar. No existirían abismos infranqueables ni tampoco ilusiones que no se vieran realizadas.

Por eso triunfa el coral. Por eso los dientes del Mar acabarán por devorar la tierra toda. Y la lengua del arroyo un día habrá destruido las montañas.

Pero debemos ver en el Término sólo un eslabón de la gran cadena. Y ya sabemos cuán grande ha sido siempre su solidez.

La vida no puede aniquilarse. A veces, se nos pierde bajo mil disfraces. En derredor nuestro, viven quizá los mismos que vivieron hace miles de años. Pero no los reconocemos. Y ellos han perdido la memoria. Sin embargo, hay voces que nos parece recordar: el rugido del Océano, el susurro del viento a través de los pinares, nos traen reminiscencias de vidas distantes bajo otras envolturas...

El espíritu es como esos reflejos inasibles que flotan al otro lado del espejo del agua. Sólo podemos percibirlos cuando tienen su "doble" del lado de la vida, pero desaparecen cuando el "doble" se disgrega.

*
* *

¡Sabroso sueño el de la muerte! No tener que levantarse para entrar al trabajo, no ponerse cuello ni corbata. Sueño largo, sin pesadillas, sin que lo interrumpa un despertar.

Pero los muertos tienen su vida especial, pasiva, larga, hecha de recuerdos. Aprisionados en tumbas patinadas de musgo, bajo la sombra de los naranjos, llevan una vida borrosa en que la carne lentamente se hace tierra, y luego flores y perfumes. Mientras tanto el espíritu, que aún no rompe del todo sus ataduras, se entrega al goce pueril de asustar a los vivos.

Y un día viene en que esa vida se acaba. La Ciudad extiende sus casas sobre los viejos cementerios, donde ya no quedan lápidas; ni naranjos; ni siquiera un hueso en el osario. Pone luz eléctrica en los rincones frecuentados por fantasmas; y los magnavoces ahogan el estridor de las cadenas.

Terminó la vida de los pobres muertos. Los árboles vecinos se quedan llenos de tristeza porque saben que ninguna compañía es más dulce que la suya. El césped también languidece, pues el paso de los hombres lo estruja y lo marchita, en tanto que el de las sombras lo deja más verde y más lozano.

Pero lo que de ellos quede, quizá conserva todavía un poco de esperanza, porque el mar los ha invitado a su fiesta milenaria.

Tal vez sólo irá la cal de sus huesos disuelta en el agua de un arroyo; tal vez un poco de tierra de las tumbas vaya pegada

en la bota de los vientos. De cualquier manera, llegarán hasta el mar, en donde se encuentran los suyos, donde se mueven los pesados navíos que hacen huir a las ballenas, y en donde las palmas agitan sus plumeros sobre las islas de coral...

*

* *

La verdadera muerte es una disolución lenta en que las cosas con vida tienden a apropiarse de lo que dejara el ausente. Las raíces chupan sus jugos bajo la tierra; en el cuerpo inanimado ocurre una activa fermentación que habrá de preparar los materiales a fin de que no se pierdan. Para restituir al surco lo que tan generosamente nos diera.

Con el mismo compás se disipa la memoria del muerto. Y su hueco entre los suyos poco a poco lo va llenando la vida. Como esos agujeros que al reventar dejan las burbujas en la miel que está cuajando. Primero se nota claramente la oquedad. Luego cicatriza. Y más tarde la cicatriz se va borrando. Hasta que un día nadie recuerda que ahí hubiese reventado la burbuja.

En el bosque ocurre lo mismo. Muere un árbol, de pie, como los fuertes; y todas las plantas respetan su silencio. Pero, a medida que pasan las estaciones, los pequeños se van acercando. El zacate crece hasta el pie del tronco. Los hongos le ponen una gorguera que poco a poco se convierte en nudo estrangulante.

La polilla ha hecho en la madera muerta su festín y pronto, a la primera racha del invierno, el gigante habrá de sucumbir.

Ya en tierra, sus mismos hijos se apresurarán a suplantarlo. Ocuparán su viejo sitio bajo el Sol. Al principio, recordarán que son los hijos del anciano. Más tarde, sólo piensan en que a su vez son padres de los arbolitos que van creciendo bajo su

sombra. El difunto ha desaparecido como si jamás hubiese vivido sobre la tierra.

*

* *

No exageremos el horror de la muerte.

Hay que recordar que la vida no tiene esa placidez que nuestro egoísmo hiciera suponer. No existen esos "arroyuelos murmuradores, cabe las frondas". Los ciervos no bajan apaciblemente a beber en la laguna.

Todo es lucha brutal, aunque callada. La zarza se defiende con sus uñas del paso de la bestia. El nopal cubre de espinas sus pencas para negar el sustento a las vacas famélicas. Los árboles sacuden sus ramas regateando el asilo a las guirnaldas de heno.

La Selva no teme al juguete inofensivo del hacha, que se hace pedazos sobre el cuerpo del guayacán y del "palo fierro".

Contra la antorcha, el arma más poderosa del hombre, la Selva opone el poderío de su amor, la pujanza de su fecundidad. El fuego, aunque dado al hombre por los dioses, es de naturaleza fugaz. Es tan glotón, que pronto agota el alimento y se muere de hambre. El Tiempo es fiel aliado de la Selva. Sus aguas corren en medio de los árboles, y éstos se deslizan al parejo de la corriente.

Por eso la Selva no envejece. Carece de edad. Era vieja ya antes de que naciera el hombre. Y será todavía joven el día en que la humanidad desaparezca.

Su vida, aunque no conoce lo sobrenatural, soporta constantemente el espanto de lo real, la tragedia diaria de matar lo que estorba y destazar cadáveres para hacer con ellos nuevos cuerpos.

Aquí se realiza todos los días el mito del "Alfarero" que

modela con sus dedos una figura de barro y le infunde vida por medio de un soplo creador. Cada mañana ve nuevamente el viejo milagro. Cada primavera llena de milagros el mundo.

¡Quién sabe si en medio de la noche las raíces no pugnen por desprenderse del suelo y convertirse en ágiles piernas para echar a correr, y, huyendo de la vida cruel, llegar hasta el claro tranquilo de la muerte! ¡Quién pudiera decirnos si esos árboles que mueren sin causa, en plena lozanía, no se hayan suicidado!...

Partimos del prejuicio de la pasividad de los árboles. Nuestros sentidos torpes no pueden detectar sutiles pensamientos, ni altas percepciones. No cabe duda de que entre ellos la vida está mejor organizada. Pero ¿alguien puede saber lo que ocurre bajo la indiferencia de las cortezas? ¿Ha sido posible tomar el pulso a la savia y sentir su amplio ritmo?

Hay que recordar cómo la higuera silvestre, ese avestruz de nuestros bosques, esconde su ferocidad para pedir a la mansa palmera un poco de abrigo. Y cómo, poco a poco, aquella fiera va echando lazos. Cómo se engruesan. Cómo se unen y ensanchan hasta formar un solo manto de savia sedienta, algo como el cuerpo musculoso de una mantarraya.

Entonces, ya fuerte, la malvada comienza a apretar. Es más peligrosa que una boa. No se limita a contraer sus anillos, rompiendo los huesos de la víctima, sino que, como el pulpo, es un ancho estómago; digiere con todo su cuerpo.

Pronto la palmera irá perdiendo su gracia. Ya no moverá su cintura al compás de la brisa. Sus cabellos caerán lacios sobre su cabeza triste. Ya no coqueteará con el Sol, que era su vida...

El mundo animal no nos ofrece ejemplo de tamaña ferocidad. Tiene ciertamente la boa, el pulpo, la mantarraya. Pero no encierra criatura que a un tiempo posea el vigor de las grandes

serpientes, la anchura musculosa del terror del mar, y la potencia asimiladora del pulpo.

El hombre, que disputa su camino al bosque a golpes de machete, mide su fuerza contra la robustez de los árboles, se abre paso sin importarle que la vegetación cierre inmediatamente la brecha. Lucha desigual entre la cálida sangre y la enorme fuerza de la savia, entre una voluntad y todo el reino vegetal. El hombre no tiene más que su vida de un instante, mientras que el bosque cuenta con milenios.

La higuera parásita, en cambio, tiene toda la fuerza de la selva unida a la sagacidad de los animales más pérfidos. Y así, a medida que convivimos con el bosque y conocemos su verdadero carácter, vemos que ignora esa vida bucólica y armoniosa que soñáramos. Libre de todo disimulo, se nos aparece como lo que es en realidad: una cuba en que fermenta la vida, alimentándose de muertes.

No el sadismo del toro, destripando caballos que jamás aprovechará para comer. Ni la furia torpe del alacrán que inyecta su veneno a las piedras o a los tallos que le cierran el camino. Sino la determinación inflexible, fatal, de convertir todo al evangelio de su propia vida. No le importa que lo que encuentre esté vivo o esté muerto. Ha de asimilárselo. Tiene que obligarlo a vivir como él, a palpitar con su propio ritmo.

*

* *

La Muerte, melliza de la Vida, mueve las esclusas que gobiernan la corriente del Tiempo.

Nos manda abrir las siete puertas de nuestro espíritu a todos los dioses y a todas las diosas. Le dice a la flor: "¡Perfu-

ma! Sé maravillosa, antes de que tu fruto madure y llegue tu término". Hace que los cuerpos se amen febrilmente mientras viene la hora del tedio. Y a sus hijos predilectos les franquea temprano la puerta de la gloria, la misma que lleva hasta el Reino del Silencio.

No tolera polizones en su barca. Todos han de pasar a su hora, mostrando el boleto que reciben al nacer.

Y la tragedia del bosque toma mil formas. La muerte no usa siempre la misma herramienta. Para matar, se sirve de los cuatro elementos: el fuego, el aire, el agua y la tierra. Y combinándolos sabiamente, llega a hacer una obra maestra de cada asesinato.

Nuestro corazón entristecido descubre, a la orilla de los arroyos secos, millones de yerbas con la lengua de fuera, que se han quedado muertas bajo las aguas turbias de la inundación. Adivinamos la agonía larga de las que se ahogan durante las tormentas. Vemos cómo el huracán, nuevo Atila, mata a los robles atándolos a la cola de sus corceles. Pero quizá nada nos duele tanto como ver esos pobres sauces a la orilla de las carreteras de tierra, cegados por el polvo que levantan los autos, sin poder gozar de la gloria del Sol.

La avalancha, que aplasta con su bota de nueve leguas los pinos en la montaña, es más misericordiosa. Mata rápidamente, casi un fusilamiento. Pero ¡qué espantoso debe ser morir de sed! Darse cuenta de que bastaría dar unos cuantos pasos para alcanzar un arroyo, o ahondar un poco más las raíces, hasta encontrar el agua, y ¡no poder hacerlo!

Ruge la tempestad. Cada racha de viento es bandera de guerra. Los panzudos zepelines de las nubes, sueltan su carga de bombas. Pero los árboles no habrán de retroceder. Esa muerte u otra, ¡qué más da! "Ya era tiempo de dormir", piensan los viejos encinos. Y con esa filosofía, siguen valientes en primera línea, esperando, esperando...

Quisieran dejarse llevar de los vientos para el largo viaje, en una de esas tardes en que la lluvia despierta el olor de la tierra, y las gotas, iluminadas por el sol poniente, forman un fleco de oro.

Anhelarían llevarse bien grabado en su memoria el recuerdo de las cosas que les ayudaran a vivir: canciones de pájaros, cuentos de la brisa, amaneceres, celajes policromos.

Y antes de que se extinga por siempre la claridad, desprender las raíces, atravesar el río, para ir al lado de una amada que nadie ha visto jamás. Y en la caricia monstruosa que sólo conocen los árboles, fundirse en la grande alma de la selva.

¡Y que la formidable pregunta, pronta a formularse en las mil lenguas de las hojas, se disuelva en un amor sobrehumano!

DANZA MACABRA

(DE SAINT SAENZ)

ES un calvero del bosque, un cauce que hace mucho olvidaron las aguas; una capilla en ruinas, tan borrosa que se diría irreal, proyectada por una linterna mágica desafocada. La noche está brillante como la piel de una yegua negra. La luna, de tan tenue, parece una bruja de nariz aguileña.

Los pinos perdidos en la tiniebla erizan su áspero plumaje de cuervos. Floraciones viscosas, peludas, cubren los árboles decrépitos: las ramas se han vuelto patas de araña. Rumores forasteros pueblan el aire: son graznidos, baladros, cascabeleos de víboras. La noche agita sus agudas orejas de lobo.

De las oquedades de las rocas surge —sahumerio de encantamiento— denso vapor que se arremolina en túmulos jibosos y en cipreses muertos. El claro se transforma en cementerio.

¡Noche de sábado!

En la obscuridad se ha precisado el contorno de la capilla. El campanero diabólico tañe el bronce, y doce estremecimientos corren por las ramazones negras. Los toques tiritantes van a perderse en la nieve del crestón.

En el viento flota un acorde de trompetas: es la señal.

Silencio...

Se repite el acorde. Las cortezas añosas giran con crujidos que imitan la llamada; brincan los gnomos, ufanos de sus trajes nuevos.

Chirrían destempladas las losas al voltear sobre sus charnelas. Como empujados por un resorte, los fantasmas salen todos a la vez.

Preludia la danza un coro de clarinetes. Los esqueletos, cogidos de las manos, forman cadena de blancura de yeso y se agitan en temblor espiléptico. ¡Comienza la ronda espectral!

La cadena se cierra, dejando en el centro a los gnomos que terminan de contar su cuento de música. El tema pasa a los violines: el grupo hace una caravana y da media vuelta con precisión de "lanceros".

Se completa el aquelarre. Llegan las brujas, jinetes en desusadas caballerías; sus canas peinadas por el cierzo sugieren cometas vagabundos; un racimo de pantuflas negras retoza en el vacío.

El director indica la entrada a los violoncellos, y las notas dicen una frase de esperanza. Lleno de ternura, el canto sube como humo de incienso. Las agoreras huyen al boscaje, acobardadas. Asoma un fulgor a las cuencas vacías, y los esqueletos, mudos, ensayan seguir el cantar con las manos levantadas en ademán suplicante.

La orquesta toma otra vez el motivo caro a las brujas, y el grupo caricaturesco, abigarrado, vuelve a sonar sus voces chillonas de polichinelas. Una trae en la mano un sapo músico que funde su croar en el conjunto orquestal.

Se escucha ahora una remembranza del toque de llamada, un chirrido anuncia que llegan los espectros retardados.

Y el círculo fantasmático reanuda su coreografía, medidos sus pasos por la batuta. Se entabla un diálogo entre los violoncellos temblorosos y la vocinglería agria de las mujeres. Tibias

y chocozuelas, en concertado golpeteo, hacen un ritmo de baile antiguo.

De sus nidos bajo la tierra sale una banda de grillos que repiten el tema con sus tímpanos de hierro. Los prófugos de las tumbas completan la sinfonía rechinando ásperamente los dientes.

Pero la lechuza de mirar inmóvil lanza desde su atalaya su siseo imperativo. Cesa el estrépito. Los contrabajos hacen un orfeón de canto llano que tiene el sabor de la vieja fe religiosa. Es grave, solemne. La armonía es pausada, ya no hay estridencias. Las brujas cubren sus cabezas con los harapos desteñidos de sus faldas. Las calaveras esbozan gestos de tenores, pero no se oye su canto. Uno de los esqueletos, con dos canillas olvidadas, improvisa un xilófono sobre los cráneos de los bailadores; y se oyen notas claras, extrañamente vivas.

Se desliza un pasaje "pianísimo": los violines tocan a la sordina y los gnomos acompañan en "modo religioso". Ahora el xilofonista golpea su propia cabeza, y su mano descarnada se mueve ante la boca dando todos los sonidos de la gama musical.

Hay una tregua en la danza. Se acurrucan entre las ramazones las brujas; los espectros descansan sobre las losas. Y los cantores, infatigables, anuncian una frase que luego violas y violoncellos desenvolverán en rica polifonía. La orquestación es un derroche de ciencia. Los esqueletos —títeres de la media noche— quedan ensimismados. En la galería atisban curiosos los luceros...

Mientras tanto, bajo los abetos rompe la obscuridad un rosario de pupilas fosforescentes; avanzan insensiblemente hacia el claro. Formas felinas se destacan como manchas de tinta sobre la palidez de la arena. Emboscados bajo la maleza, los chacales ocultan sus siluetas repulsivas; el nahual se mira como bola de algodón; los tecolotes de cara satánica parece que se burlan.

Ha cambiado el ritmo; las osamentas ensayan un minué de los días de antaño. Retornan a la fiesta las brujas; el xilofonista sigue golpeando los cráneos, y surge, casi alegre, un ritmo de castañuelas. La música ahuyenta tristezas. Muecas de sonrisa suavizan las caras arrugadas de las viejas; las calaveras gesticulan ledamente; en los pechos renacen añoranzas...

Un rápido crescendo que obliga a la ronda a dar tres saltos. Bruscamente se suspendió el bailable. Los fantasmas, una pierna al aire, interrogan azorados.

Y ahora parece que canta la capilla abandonada; es un pasaje tierno, que embalsama la noche con olor tropical.

Los esqueletos se inmovilizan en actitud de recogimiento, y una vaga esperanza anida en los pechos, vacíos de corazones.

La orquesta repite el canto; asoman lágrimas a los ojos saltones de los gnomos, y los arcos tiemblan en sus manos; gimen las violas. La queja se va perdiendo en la lejanía.

Como una "primadona" se recuesta la Luna sobre su lecho de ébano. Ha despertado el viento y hace bailar su trompo de música. De pronto, espantosa visión pone en fuga a los danzantes. Los pinares se estremecen de pavura. Sacuden el aire carcajadas burlescas y hay correteos precipitados entre los túmulos. De las criptas salen alaridos histéricos que crecen y decrecen. Las rachas aúllan al destrozarse sobre los troncos. El xilofonista, desde su escondite, golpea un cráneo mellado sin saber lo que hace. Metales y maderas sostienen un dúo en fortísimo.

Pero ya se cansan. Poco a poco disminuye la gritería. Pasó el peligro. Un gnomo patizambo ríe con su risa apagada de anciano. Los músicos, que se habían desbandado, recogen apresuradamente sus instrumentos, y avanzan a sus puestos, escandida la marcha por golpes de timbales —cráneos con parches de piel de murciélago—. Los viejos tosen con ruido de contrabajo. A

lo lejos galopan carcajadas de locos. Las brujas cuchichean en animada comadrería...

Hay una discusión entre los violines y los "chelos"; es un motivo apasionado que sorprende sea engendro de la muerte. Y sube al fortísimo; las cuerdas van a romperse; el metal lanza rugidos; se despedazan los grillos. Las caras mofletudas de los clarinetistas van a estallar. Lanzan lamentos los cipreses. Las creaciones de la pesadilla agitan desesperadamente sus brazos en armonía crujiente, espeluznante. ¡Es una sinfonía que viene de entrañas desgarradas! ¡Es colérica, es suicida!

Un coro de sapos lanza un acorde. Cambia el movimiento. La ronda, arrebatada en un nuevo bailable, se torna frenética: han enloquecido los violines y siguen estirando su canto, sin cuidarse de los metales que repasan anteriores motivos. Todo el conjunto resulta mal concertado. El director azota el espacio como si luchara con el diablo; está desesperado y jadeante. Los fantasmas se dejan llevar por el vértigo. Se ven sobre el suelo las escobas inútiles, mechones de cabellos, restos de instrumentos. Las actitudes son trágicas. El baile es una baraúnda indescriptible. Las brujas trepan a los árboles. Desarticulados, los esqueletos buscan apresuradamente sus huesos. Pujan los gnomos; las serpientes hacen efectos de flautín. Son los últimos momentos. Pronto llegará el alba y los fantasmas se disolverán en la nada.

Escondidos entre la fragancia de los pinos, los zenzontles tímidamente se despejan la garganta; y desde el saucedal, los jilgueros tararean el motivo que oyen decir a los contrabajos.

Tras de los cerros comienza a verse el ondulado permanente de la aurora. Los gnomos, despechados, antes de hundirse en su mundo subterráneo, la apostrofan en profano gritar.

Estalla la confusión. Los seres irreales se dan a huir desordenadamente, desgarrándose las pelambres entre el espinar.

Del flautín de las serpientes, salen notas agudas como dardos. Las angostas oquedades no bastan para dar paso a los enanos barbudos; y los esqueletos se atropellan a la puerta de sus tumbas. Las brujas requieren sus monturas descabaladas y dispersas, y vuelan, dejando estela de hebras canosas. Hay cajas que se quiebran ruidosamente. Imprecaciones de ira. Las losas se cierran con estridor desapacible.

*
* *

Un pincel de luz —claro son de trompeta— pone fin al aquelarre. Prestamente se abre la bruma con ruido de manto que se desgarra; una llamarada de sol se rompe en las facetas de las nieves y salpica las zarzas con astillas de diamantes. El frío de la mañana ha agravado la tos de los gnomos.

Nos inunda un mar de paz. El mundo, libre de la floración de las larvas, sonríe con sonrisa de niño. La niebla se cuelga del papalote del Sol, y se eleva lentamente. Y todavía se oye, muy lejana, la canción de la Noche que se va por el ancho camino...

El gnomo director lanza una postrera carcajada que va brincando en las montañas.

EL PEDREGAL

CIELO hecho de espejos y de agua de jabón.

Del Sol, que sestea a la mitad de la jornada, cae pardo ungüento de olvido.

Consigna de quietud en el aire, violada solamente por los secreteos de las frondas.

Caminamos sobre el tapiz de nuestra imaginación; nos sentimos fuertes, deshumanizados. Hemos desplegado ante la puerta de la Vida, la bandera roji-negra y nos llenamos los oídos de algodón.

Sale a nuestro encuentro un paisaje desolado: rocas harapientas que han aprendido a maldecir; barrancas desquijaradas de tanto anhelar la lluvia; helechos tostados semejantes a cabelleras de muerto; líquenes que son como lepra blanca.

El gris, que no se atreve a ser negro, perfora como un roedor las retinas, y va a teñir de tedio el espíritu. Montículos en incesante vaivén de oleaje fatigan al caminante. Sólo a trechos la visión reposa en biznagas adormecidas, que no son sino los ojos mal diferenciados de la piedra. Sobre el lomo de aquella roca sarnosa, ha logrado construir su casa un "palo blanco", tan pobre, que parece mendigo.

Y se nos va tiñendo el alma de olvido; el silencio empolla un huevo en nuestros corazones. Pero otra vez nos encontramos el mismo dolor multánime de todos los días, ahora con nuevos disfraces.

El pedregal se individualiza; parece que cada una de las piedras tratara de gritar su nombre. Tienen todas las formas. Están en todas partes. Carecen de vida, y sin embargo, la dan a los musgos y a los árboles; de su seno brota la musicalidad del agua. Forman la recia osatura del planeta, y sirven de lecho a los océanos.

Cuando son acantilados, ofrecen su pecho a los puños de la ola para que pruebe su fuerza. Si crestones, en lo alto de la sierra con su frente descubierta mellan las garras del viento. Si alzan su lomo en medio de los ríos, el agua estalla en blancas y largas carcajadas.

Parecen inalterables, pero se dejan perforar por la barrena sutil de las raíces. Esto las acerca a nuestro mundo, casi les presta alma.

Son nuestras abuelas, y su herencia todavía se reconoce de cuando en cuando en los heroísmos que la historia recoge.

Poseen un carácter fuertemente definido: el valor. Lo mismo cuando se encuentran aisladas en gesto de desafío sobre la frente de los montes, que cuando se reúnen formando ejércitos en la bravura de los pedregales, nada las asusta, ante nada retroceden.

Quizá lo que más nos cautiva en su carácter misterioso. Testigos mudos de las edades pasadas, guardan firmemente su secreto. ¡Cómo quisiéramos interrogarlas para arrancárselo!

Pero la piedra, al ponerse al servicio del hombre, se envilece, deja de ser ella misma, para formar parte de una construcción.

Yo admiro esos bloques erráticos que en hombros de los heleros viajaron hasta los valles. Han hecho una estación en su camino, y quizá esperan que los hielos cubran otra vez la Tierra para reanudar su marcha. En mi imaginación los comparo con esos potros salvajes, la crin al viento, brillantes los ojos, que trotan por las pampas.

Quien ve las piedras hoscas, negras, angulosas y frías, no puede imaginar el ansia de voluptuosidad que atesoran: en las cascadas, en los "rápidos", en cualquiera parte donde el agua deja ver su lascivia, podemos estar seguros de que debajo, con el lomo erizado de emoción, se encuentran las piedras saboreando calladamente su delicia.

Las rocas en gesto de renunciamiento, han dejado el color y la curva a la rosa y al fruto. Vestidas de gris, guardan para sí, sólo la fuerza. Pero cuando quieren lucir matices, entonces ni flores ni pájaros, ni siquiera la magia del celaje pueden igualarlas, de su seno surge la "locura de color" del Gran Cañón.

En los calveros de la sierra, se las ve tendidas a la solana como lagartos, con la piel resquebrajada, apenas cubiertas con verde cobija de musgo.

Pero, en el taller de los canteros, se dejan domar por el cincel mientras las madura la caricia del Sol. Vemos un chimpancé de basalto emparedado en el bloque áspero y duro que burla el esfuerzo del artista, mientras el modelo acorta las horas de la pose repasando devotamente su cadena.

La avaricia de la piedra regatea uno a uno los planos y las líneas y a cada golpe larga un codazo al martillo. No es el mármol blando y afeminado, es la "chiluca" brava, la misma que muele el nixtamal, la que se ahonda en braseros de liturgia azteca. Sin embargo, la vence la voluntad del cantero.

Símbolo inquietante el de un grupo de niños aprendices que juegan a crear un mundo nuevo, más sincero y más fuerte. Su

intuición produce aristas acentuadas, cuerpos vigorosos, montaraces, rebeldes; todo un florecimiento no falseado por el convencionalismo sin pomada, y sin "gillette". De sus manos surge la vida primitiva, la vida sana del rancho: una becerra que mama, una mujer pariendo, como pare la tierra, santamente desnuda.

Del espacio donde reina la muerte, las piedras vinieron pasajeras en la Tierra; y un día habrán de hacerse vida, y de su seno nacerán colores, y cantos, y perfumes.

MI FORCITO

(CAPITULO SENTIMENTAL)

MAÑANA que parece un lago de agua zarca. En la blancura del día mi forcito es la única mancha negra.

Sólo estábamos en escena la Selva y Yo. Ahora hay un personaje más, potente violador de distancias, incansable observador de la vida.

Muchos años se me pasaron guiando su volante; y por más de prisa que corrí, siempre el Tiempo hubo de alcanzarme —carrera de antemano perdida, como la de los chiquillos que quieren coger la Luna llena cuando asoma sus cachetes redondos sobre los tejados—.

¡Pobre amigo! ¿En qué cementerio reposarán tus restos? ¿Quedará en ellos algo que me recuerde? O quizá en los días de tu ancianidad, reumático, tuerto, ¿todavía te ves obligado a ganarte la vida?

¿Te acuerdas cuántas veces me esperaste afuera de aquella cantina de barrio? Con tus ojos escondidos tras gruesas gafas de miope, tenías que mirar la vieja calle que sin duda te sabías de memoria: el farol de la esquina, casi siempre sin "foco"; el gendarme bonachón sonando su silbato.

Forcito sufrido; no pedía de comer sino al sentir que la debilidad paralizaba sus piernas. Aguantaba en silencio sus reumas, y sólo recibía una ración de grasa cuando sus rechinidos eran insoportables.

Tenía costumbres noctámbulas; de día andaba sin ver el camino; al soltarlo se caía en las cunetas. Pero de noche, abría sus ojos de pupilas enormes y sangrientas, y avanzaba provocando alarmas en el bosque.

Caprichoso como perro fox-terrier, se resistía a caminar en las madrugadas, y había necesidad de esperar a que se le quitara el sueño. Ganaba carreras a los trenes, y, al pasarlos, se burlaba de ellos porque van presos en la vía. Y había que oír cómo rugía de cólera si otro carro lo aventajaba. En las noches de parranda, aunque tosiendo cuando la gasolina con agua le llegaba a la garganta, se emborrachaba como yo, hacía cabriolas, tomaba las curvas con audacia impropia de su edad, y hasta quería arremeter contra los carros sobrios que encontrábamos.

Sólo una vez te rebelaste, ¿recuerdas? Pasábamos por un largo campo petrolero a la orilla del mar. Sobre la tierra, las torres de madera fingían un bosque de abetos negros; y en el agua semejaban los restos de un pueblo inundado. En cada pozo, la bomba que tiene extraña semejanza con un saltamonte, levantaba la cabeza con movimiento rítmico, sacando en cada vaivén chorros de chapopote brillante.

Veníamos a 80 kilómetros por hora; pero al llegar aquí te fuiste deteniendo poco a poco sin responder al acelerador. Al fin hubo que llevarte a empujones hasta el sanatorio más próximo. Tú bajabas socarronamente los ojos como si estuvieras enfermo. Te hurgaron las entrañas, y seguías quieto. De cuando en cuando lanzabas un estridente rezongo; y por último, después que te llenaron la barriga de gasolina, te decidiste a caminar. El mecánico dió un complicado diagnóstico; pero estoy seguro

de que sólo querías ganar tiempo para contemplar aquella inmensidad de pozos de tu leche negra. —A los caballos también les gusta quedarse mirando los alfalfares—.

*

* *

Forcitos, lujo de los pobres, velocidad y distancia al alcance del trabajador. Al envejecer se hacen como esos caballos bonachones que jinetean sin peligro todos los chicos de la casa.

Conviven con el camino, y se le unen en tal forma que llegan a confundirse con el paisaje; el polvo empapa su cuerpo y se amasa con su sangre. La firme presión de sus llantas alisa las veredas campesinas.

Cuando corren parecen mayates negros, y si por desgracia se vuelcan patas arriba, el parecido es todavía mayor: bajo la caparazón se descubre el mecanismo que mueve las ruedas; tubos de fierro, engranajes, varillas. Sin embargo, un poco de gasolina hace el milagro. El mecanismo se pone en movimiento, adquiere vida, una vida tan fuerte que podría prolongarse para siempre.

Trato de encontrar un nexo entre el mundo mineral y el animal; quiero descubrir por qué metabolismo misterioso el hierro amasado con un poco de sudor adquiere vida; por qué extraña transmutación, ruedas y engranes llegan a tener un nombre y hasta a inspirar cariño.

Si los vemos devorando kilómetros en las carreteras, no nos hacen más impresión que la de encontrarnos un caballo, o un perro; pero al mirar sus despojos en el fondo de los barrancos, no podemos menos que sentir por ellos la misma compasión que guardamos para los seres animados.

Y esos tiraderos en las grandes urbes, esos cementerios de cachivaches nos entristecen, y hasta sentimos ganas de poner una lápida que perpetuara los nombres queridos.

*

* *

La vereda que iba tan despacio, cortando trabajosamente al través de los cerros, apoyada en los pirules, la misma que hizo sonreír despectivamente a mi forcito, hace mucho que llegó a la cima. Desde allá nos mira, y ahora a ella le toca reír. Está quieta, casi dormida; no se le nota ningún cansancio.

Al llegar a la altura, la perspectiva echa un clavado y me deja frente a un dilatado anfiteatro. Hacia el poniente las montañas, vestidas de azul marino, se forman ordenadamente en la galería semicircular. En el centro, el sol, rasurado por la bruma se deja mirar sin hacer daño: ha empequeñecido, parece una pastilla de polvo carmín en la mano blanca de la tarde.

El anfiteatro es como lago de agua verde. En medio, el pueblo reaccionario defiende su iglesia. Y llenándolo todo la soledad, una soledad del espíritu, hecha de innumerables presencias elementales; océano en que cabe toda la bruma por las tardes, y que en la noche se llena de rumores sin cuerpo.

En el horizonte los dientes de las montañas están aserrando la caja dorada de la tarde; el aserrín de luz cae al otro lado.

La anchura del silencio ensancha mi corazón que tiende a llenar todo el espacio vacío. Dentro del pecho, sones fortuitos despiertan ecos desconocidos; y tengo miedo de mi propia voz, me asusta mi nombre. Frente a la roja afirmación del Sol, el bosque asiente con su monosílabo verde, casi negro...

Los recuerdos se agudizan tanto, que los ojos dejan de copiar el mundo exterior para dirigirse hacia dentro; a través de las pupilas dilatadas y fijas, sale una corriente invisible de luces interiores.

Estamos frente a frente el bosque y yo; pero él no sale de su ensimismamiento; y mi espíritu, en lugar de ir hacia el bosque, se adentra más y más en sí mismo: nos separa la barrera infranqueable de una dimensión. Los recuerdos rezagados que se sepultan bajo capas de conciencia, acaban por abrirse paso a codazos, y ocupan ahora toda la pantalla. Gritan a los sentidos sus palabras mil veces oídas. Es en vano decirles que callen, decirles que ya conocemos su discurso. Nos lo han de repetir totalmente con la insistencia de un niño, con la tenacidad de la gota de agua.

Estoy encima del bosque, mis ojos lo abarcan en toda su extensión. El Sol ha descendido hasta mi altura: puedo mirarlo sin alzar los ojos. A mis pies el mundo de los árboles es una complicación inútil, sin sentido. Las montañas que asierran el horizonte, las nubes de bordes luminosos como papeles encendidos, los crestones desnudos, son términos claros de un problema de ajedrez.

Detrás de las montañas acaba de caerse el Sol, funámbulo sobre la cuerda floja del horizonte. Bruscamente las ranas han comenzado a transmitir un largo mensaje en ronca telegrafía. Cada una lanza su nota con una explosión de su garganta hinchada, mientras los cuerpecitos retroceden como cañones de juguete al disparar.

Crece la Selva. Sus límites se pierden de vista: la noche misma es una selva trascendente.

Los minutos van inflando globos luminosos que se elevan sin prisa. Por los canales del cielo pasan góndolas de luz; del bosque sube un rumor de fermentación; revientan millones

de burbujas. El corazón, ante la inmensidad del bosque, que es como lago de vida, se aplana, se hace más profundo y dice más lentamente sus dos sílabas. Los pájaros tienden un puente colgante de crestón a crestón.

Bosque bravío, que es como la axila obscura de la Tierra; un poco acre y excitante, áspero y fuerte: en él se condensa el gran instinto reproductor del Planeta.

Bosque pesado de amores, ennegrecido por la luna. No me engaña tu calma, yo sé de tus estremecimientos, de tus pasiones, de tus tragedias.

Desde la torre llega la voz de los bronces tan concreta, que sus notas parecen flotar en el aire como paracaídas que llevaran una luz de Bengala; como esas imágenes pequeñas y brillantes que proyectan los espejos cóncavos, y que burlaron siempre nuestros esfuerzos infantiles para cogerlas.

Se prenden las luces en el pueblo con el sigilo de un chisme que cundiera de boca en boca.

Y el mundo, infinitamente viejo, pesa sobre mis hombros que se encorvan. Mi forcito está dormido, y me cuesta trabajo despertarlo. Abre sus ojos grandes; sus miradas palpan como antenas rojas el camino.

Y luego correr; correr en una constante desfloración de la sombra.

Prestamente se apaga el rescoldo de alegría, y con inmensa laxitud el camino trepa a la ciudad. En las calles los autos tienen los ojos bizcos de sueño. Polifemo se disfraza de tranvía.

Un viento de lija abrillanta las miradas.

Los brazos largos del lunes están ya recortando el domingo.

NOCHE DE BRUJERIA

BLANCA NIEVES PERDIDA EN EL BOSQUE

LA sordina del tramonto asciende lentamente hasta envolver a la Iztaccíhuatl que yace como la Bella Durmiente de los cuentos. La maravillosa estatua de tecali cesa de vibrar; apágase su nota rojiza. Los badajos que llovían del Sol se embotan en el cortinaje empurpurado del ocaso. La Iztaccíhuatl tiene un postrer estremecimiento que la tiñe de violeta, y luego se duerme con un sueño de inmensidad.

Sobre la tierra, el silencio cae blandamente, como nieve que hubiese perdido su blancura. Llega la nevada emparejando quiebras y barrancos; pero en lo alto, el viento ulula con voz de nahual, y un calosfrío de horror eriza el vello de grama.

Ha sonado la hora. Los árboles brujos se agitan alegremente. De un pueblo lejano asfixiado por la noche, vienen los sonidos del toque de queda, paréntesis de miedo, largos lamentos de la garganta de latón.

Las luciérnagas —gendarmes del bosque— han apagado sus linternas de azufre, y se están quietecitas, acurrucadas bajo las anchas hojas de la borraja.

Y se adueña del bosque un deseo diabólico; convertir sus hojas en pájaros que le digan al oído los secretos de la tiniebla; las salientes de las ramas en lechuzas agoreras; las raíces en lagartos y gusanos de luz. Quiere sacar de su seno la voz y el movimiento que le negara la vida; quiere sentir el martilleo de un corazón, la cálida caricia de la sangre, la punzante inquietud de la entraña en celo.

Y soborna a los ecos que moran en las cuevas para que repitan las palabras de un conjuro irresistible, el mismo que antaño convirtiera a la Princesa Blanca, en la forma impoluta y durable de Iztaccíhuatl.

Avívase el resplandor de los braseros donde arden la marihuana y las yerbas aromáticas. Las palabras, todavía potentes a pesar de siglos de olvido, hacen el milagro; las hojas de los chopos se truecan en gorriones; de los eucaliptos surgen bandadas de zanates; los encinos se llenan de pájaros de plumaje verde; los olmos mudan sus hojas en pericos vocingleros. Y de todas partes vienen calandrias, zenzontles y clarines.

Los álamos chicos cambian sus vivaces tallos en culebras acuáticas. Los colorines de barriga hueca ven al fin realizado su sueño y suben como globos. Los cipreses se aprietan el frac y arreglan el nudo de su corbata. Los fresnos, que siempre han querido ser pavos, sacuden su plumaje, prestos a emprender el vuelo. Los copales beatos, azorados de la transformación sacrílega, rezan jaculatorias, mientras lloran lagrimones de incienso. El peyotl vicioso exhibe insolentemente la lujuria de su sexo femenino...

Y toda aquella fauna imposible cobra vida de vigorosos relieves. Tiene prisa de gritar, de moverse, de sufrir. Está ansiosa por desmentir una inercia de edades. Quiere cambiar la lentitud de su existencia tranquila por unas horas de locura, por unos instantes de amor.

No hay ruido que no esté reproducido, desde el ahogado grito del amor satisfecho y la explosión de un beso, hasta el alarido de espanto del árbol que cae con la avalancha, o el chasquido del rayo al fondo del barranco. Oyense las preces de todas las iglesias, los lamentos de todas las criaturas que nos precedieron en el Viaje.

El Bosque sueña una batalla, y se da a imitar el trueno del cañón, mientras el pájaro-carpintero arma un estrépito de ametralladora.

En otras partes oímos puertas que se abren con áspero rechinido, cuchicheos de comadres, romanzas pasadas de moda en que se desquijara el tenor y se desmaya la dama.

Suenan cláxones de automóviles lujosos; viene de lejos el traqueteo de las matracas de semana-santa; y, muy cerca, un martillo retoza sobre el yunque.

Y de cuando en cuando, para que no se pierda el efecto, los árboles nos asustan con el largo lamento del nahual vagabundo.

Es general la gritería; el bosque está loco y padece a un tiempo todos los delirios. Se acerca entrechocando sus fauces, un grupo de caimanes que hace poco eran pacíficas raíces de sabino. Les salen al encuentro víboras de cascabel, surgidas de lo que era sólo inofensivo carrizal. Mugiendo ferozmente embiste el mezquital, convertido por el prodigio en toros bravos. Los sauces, sin voltear a verlos, les hacen una "gaonera" con sus capotes de canutillo. Los tepozanes, violadores de tumbas, se ven ahora con su verdadero aspecto de hienas, y pronto se alejan en busca de cementerios.

Los naranjos pasan vestidos de novios, embalsamando el ambiente con perfume de azahar; los llevan del brazo los pinos —cuello duro y zapatos de charol—. Muertos de envidia los huizaches se desgarran la carne con sus propias espinas.

Los pobres magueyes están enfermos; con sus piernas hinchadas y su barriga hidrópica, apenas pueden dar paso. Y luego, ¡con lo que les gusta el alcohol! Atrás se mira una hilera de magueyes muertos, las entrañas abiertas y los brazos en alto pidiendo perdón.

Y sigue el prodigio; de entre las ramas separadas en actitud de alumbramiento, continúa brotando la extraña fauna, y la locura se comunica poco a poco a toda la selva. ¡Va a generalizarse! No quedará ni un árbol ni una hierba que conserve su forma natural. La Tierra toda se poblará con este nuevo género de criaturas.

Pero un cohete rasga la epidermis de la Noche. La piel tensa se abre como una manta, haciendo roja herida que cicatriza prontamente. En las pupilas deslumbradas vuelve a entrar el río espeso de la obscuridad...

El encantamiento pierde su virtud; se nulifica el poder de las palabras mágicas. El espíritu que animó a los pájaros milagrosos tiende a volver hacia su origen. Pero el amor de la Noche lo retiene, y las alas vuelan inseguras tropezando entre la sombra.

Torzos incompletos de reptiles han quedado presos entre las raigambres, que se cierran sobre ellos con toda la pesadumbre de las cepas. Las ramas, que se habían abierto para dejar paso a las lechuzas de hechicería, se juntan nuevamente, y los huesecillos endebles crujen de modo doloroso. Las víboras, sujetas a la tierra por cascabeles que aun habían podido sonar, cortan el aire con silbidos estridentes. Los murciélagos chillan prendidos a las cortezas.

Y por todas partes los troncos se cierran con rumor de goznes enmohecidos, triturando la fauna irreal. ¡El manicomio del Bosque se llena de quejas espeluznantes!

MOTIVOS DEL SILENCIO

Los nahuales, molestos por la baraúnda, acuden a imponer silencio; su entraña, poco inclinada a la piedad, muévese, sin embargo, al contemplar el terrible tormento; y con liturgia de hechiceros, lanzan a las bestias vegetales, gotas de agua que tienen la virtud de reintegrarlas a la substancia de los árboles, cortando su agonía.

La Luna, sacando su mano entre los cirros plateados, destila el bálsamo sedante de su luz sobre las mentes agitadas de los copajes. Pero en la ciudad distante prosigue sin tregua la tragedia.

Mañana, al interrogatorio del Sol, el bosque responderá con el ingenuo balbucir de sus arroyos.

El Silencio en las noches sin luna es como campana de bronce que responde al más leve contacto. Sus nervios están prontos a romperse, un soplo los cosquillea de manera dolorosa.

Furiosamente, coge las notas dentadas con que los grillos le barrenan la carne. ¡Cómo las retuerce y pisotea! Pero las sutiles se escurren bajo su planta y escalan los temblorosos rayos de las estrellas.

AGUA MUERTA

El verdadero Silencio no se puede alcanzar. En la tiniebla se congregan los ecos demasiado débiles para luchar contra el bullicio del día. Cada uno es guardián de un secreto. Mutilados, obtusos, no se dejan percibir por el hombre, mas ellos se reconocen entre sí. Y cuando alguno sobrepasa la intensidad permitida por el Silencio, éste lo ahoga con sus manos velludas y arroja a lo lejos su cadáver.

Nuestro miedo innato al silencio se alivia escuchando el martilleo rítmico del corazón, el zumbido de la sangre en los oídos. Aun este silencio incompleto está lleno de poder y sacude el alma hasta la angustia.

De igual modo, la verdadera tiniebla está fuera de nuestro alcance; cuando ningún vislumbre atraviesa las pupilas, el desfile de visiones luminosas se hace más intenso, y a medida que aumenta el terror, aparecen cortinajes lívidos, pintados en el cerebro; manchas de luz opalescente. Y si la obscuridad hace alianza con el Silencio, el horror llega a la locura.

¡Cuán sedante resulta entonces cualquier sonido! Escuchándolo, cesa la dolorosa tensión de los ojos, los párpados, obedientes a la voluntad, se cierran suavemente; y el río de tinieblas que por ellos se precipitaba inundando el espíritu, se detiene. El verdadero Silencio debe ser el agua muerta de los grandes cubos del porvenir.

DECORACION

¡Hora de la Iztaccíhuatl!

Pasa enrojeciendo el cielo la pompa de un colegio de cardenales. Manos ungidas sacuden en la altura hisopos luminosos. Por las encajerías de hojas, por los cedazos de los nidos, pasan gotas de luz que al llegar a los claros corren como ardillas.

Y fijado a clavos invisibles, se extiende otro encaje hecho de pregones de pájaros, de cuchicheos de frondas, de aullidos filosos. Los ecos le bordan extraños monogramas. A través de él se percibe el Silencio, el Gran Silencio, que es sólo *una nota demasiado grave para oídos humanos.*

El grito del Océano, en fuerza de ser profundo, casi es el Silencio. El acorde confuso del pinar y el monorritmo de la cascada distante, son voces que apenas alcanzan los sentidos, pero que, franqueando puertas ignoradas, llegan al espíritu y se apoderan de él tan plenamente que lo mueven a vibrar con su gigantesco compás.

La claridad de los plenilunios, ¿qué es, sino silencio hecho luz? Y el cadmio de las auroras, el cobalto de los atardeceres, ¿no se sienten como una agitación rutilante del Silencio?

¡Ha pasado la hora de la Iztaccíhuatl! El reloj de la Osa Menor señala la hora del Silencio.

LA Noche surge con toda su desnudez aterciopelada, libre al fin de las gasas de la tarde. En el cielo se prende como heliotropo blanco la Osa Mayor. Las Pléyades son un corimbo de perlas.

Prendido a las copas de los árboles y a los picachos de la sierra, se extiende un plano imperceptible que divide el mundo en dos regiones: arriba la paz es un océano diáfano donde los rayos estelares se hacen cañas de pescar —¡maravillosa pesca de sirenas irreales!—, y los espíritus bucean nácares de claridad. No es el Silencio siempre lleno de misterio, siempre hostil; es la tranquilidad diáfana, sencilla, inmensa.

Bajo el plano, yace la sombra estratificada. Sin embargo, se deja perforar por luces que aumentan el horror de su negrura. Y la noche pone ópalos en las retinas de las fieras, enciende las linternas azufrosas de los cocuyos.

La respiración del Océano distante, rebotando de oquedad en oquedad, suena a estertor angustioso; el chirrido del alacrán produce calosfríos. Y cuando el gallo lanza su clarinada color de latón, el vagabundo sufre un deslumbramiento que hace zozobrar sus sentidos.

Cada ruido encarna un espíritu torturador; los más débiles estremecimientos del aire crispan los nervios de la tiniebla, que se venga pintando fosforescencias en los ojos, forjando tarascas de terror.

Nos acecha el Silencio multiforme.

MEDIDA

Hay grados en el silencio como los hay en la tiniebla.

Cae la piedra al fondo del pozo, y al cabo de un lapso que nos parece siempre enorme, viene un son agonizante que mide su hondura. Y en medio del silencio sedimentado que llena los campos, una vez extinto el alarde del crepúsculo, el viento que retorna sin voz, da una idea espantosa de su profundidad.

Antes de que el Silencio se instale, todo lo que suena y lo que canta, se defiende instintivamente de él; la brisa sacude los carrizales; sopla en los cántaros olvidados; se desgarra en las salientes de las rocas despreciando el dolor; se arma de una escoba y barre las nubes que ocultan la Luna; aparta las melenas de los bosques para que la luminosidad de los luceros llegue íntegra hasta el suelo.

A la hora en que cada rincón guarda un monstruo, y cada nudo de la corteza hace gestos terroríficos, y en las axilas de las ramas se posan los buhos ensimismados, nada es tan tremendo como los instantes en que todo ruido cesa y se hace sentir la presencia del Silencio. Entra por las bocas que no tienen valor para ahuyentarlo, y va cuerpo adentro, remontando la red de los nervios, hasta enloquecer el espíritu.

En la jornada angustiosa la soldadera pierde su sexo; sus piernas mordidas por el polvo, sirven sólo para robar leguas al desierto. Roída por el hambre y la sed, su voz se ha extinguido. Su lengua resquebrajada y seca apenas puede moverse en la boca. Pero en el cerebro persiste la sonora imagen del agua desnuda.

De pronto, sobre el pasto quemado se dibuja una sonrisa de verdor, y flota en el aire un perfume de tierra mojada. La soldadera siente bajo los pies cansados una vibración familiar. ¡No hay duda! ¡Es el agua que platica bajo la tierra!

Aquella plática que acercaba los ideales, que hacía tocar las esperanzas, era tan deliciosa, que borraba el cansancio y la tristeza; quien la oía dejaba de sufrir el hambre y la sed.

Y al cuerpo que clamaba por el agua, al cuerpo que hubiera querido romper la roca para buscar el manantial oculto, dice el espíritu: "¿No oyes lo que dice el agua? ¡Déjala correr escondida!"

Bajo los lomeríos desiertos pringados de nopales, el agua escondida sigue corriendo, sigue cantando, sigue contando su ingenuo cuento de cristal...

IZTACCIHUATL

¡Tarde litúrgica!

Por el perfil del ocaso —lomo de iguana gigantesca— desfila lenta romería de amapolas. Sobre los picachos arde la marihuana en braserillos de jade. El cielo es lago de idolatría.

Sobre el inmenso túmulo de zafiro, Iztaccíhuatl, la ofrenda que exigen los dioses. ¿Princesa de cuento que naufragara al

contacto de la realidad? ¿Deidad oceánica nacida en el seno de una madreperla? Su cabellera de medusa ha sido clavada a las rocas. Bajo el manto transparente, se adivina la aguda tensión de los músculos en la suprema rebeldía.

Pero pronto cesa la lucha; vence la yerba maléfica. Un largo espasmo.

Y se cumple el rito ancestral; caen los velos de la doncella, y el sacerdote Popo, de un solo golpe, le arranca el corazón con el sílex de luz.

"¡Misericordia!" grita la tarde, tiñendo todo el celaje de púrpura. ¡El corazón rutilante sube al Padre Sol! En la gradería del horizonte se arrodillan montes y laderas. Más arriba, las nubes secan sus lágrimas con pañuelos blancos, y a lo lejos se viste de luto el bosque silencioso.

El sacrificador austero vuelve a ser montaña. El aire arroja contra el suelo su inútil prisma de colores; y se extiende sobre el crepúsculo una pátina sepia que apaga todos los destellos. Entre la sombra se destaca la blancura de los floripondios, osamenta de las horas difuntas.

La durmiente, ebria de inmensidad, tiene la candidez de los hielos...

TRISTEZA

Reguero de tristezas que un hálito de tiempo dispersara, cunde el pardo camino hacia el Silencio.

Nadie lo siguió jamás; las rutas de la idolatría corren distantes; los vagabundos que lo distinguieron desde la montaña han preferido destrozar sus carnes entre el roquedal.

LA MENTE

El Silencio, con los brazos clavados a la Tiniebla, se ha cansado de su hermetismo, y ya tiene una voz robada al Mar que exige tierra y justicia; ya tiene unas manos que saben disparar el cañón y manejar el fusil; ya tiene una mente bravía, salvaje, que se rebela contra la vida, ahora que comienza a conocerla.

Ya tiene una mente el Silencio; sólo le faltan una pluma y hojas blancas. ¿Cómo podrá obtenerlas, si sus dedos tiznan todo lo que tocan?

Y la Noche, extendida hasta los límites del Tiempo, se cubre de un tapiz de hiedras violáceas, fuera de todas las floras, testamento extraño del Silencio.

¿Cuándo surgirá el intérprete?

RUECAS

Canta la rueca afónica el són de siempre, un són cascado y monótono, mientras la hilandera dormita, hilando sus esperanzas.

En el fogón, el último leño se ha quedado dormido, agotada su provisión de chispas, y la llama traviesa finge un fuego fatuo.

Con rueca de acero el grillo hila un alambre cortante. El alacrán tuerce en la sombra la seda del miedo.

La Noche ha puesto atropina en las pupilas del gato, hilador de un nudoso cordón.

Sin que se sepa de dónde, surgen dos manos huesudas y frías, que hacen una madeja con todas las hebras...

VIVISECCION

La Noche es un laboratorio de vivisección. La Vida cloroformada tiene un sueño profundo, y su respiración es tranquila.

Abierto el cráneo por los trépanos de los luceros, en un rincón, inútiles, los viejos sentidos, el Hombre usa su cerebro como antena poliédrica que capta todas las vibraciones.

En el mecanismo desmontado, Amor y Dolor, no son más que dos sonidos breves, ahí donde el péndulo empieza y acaba su carrera. El Mal y el Bien, dos eslabones próximos de una cadena circular. Y por hondo substratum, el Olvido, un olvido tan estable que resiste al cloroformo, cristalización que agrupara en sólidas aristas la totalidad del movimiento.

De la Vida laxa, aplanada, sólo quedan en pie algunos islotes de belleza trascendente.

AGUA ESCONDIDA

Mediodía de ojos cocidos.

Por los lomeríos desiertos, pringados de nopales, camina una soldadera que olvidó en la ciudad su bagaje de esperanzas.

Sobre la Tierra, un sol hidrófobo, se mella los colmillos, y rasguña la frente de los viajeros. Asombra que sea ese sol el mismo que hace crecer los trigos, y que trae en sus brazos mazorcas doradas y pasteles de miel.

La luz aplanada y amarga, anula el paisaje, y enrojece los ojos. En ella flotan los anhelos sin nombre, los altos pensamientos, las palabras que no pueden decirse.

LAS SOMBRAS

Llegados a él, los ecos de la vida sufren una súbita pereza y se adormecen.

Un viento pesado baja, como un gran esfumino, la plombagina de las nubes de lluvia hasta los picos de la cordillera. La retina, teñida de gris, no distingue en el paisaje más que la cinta que divide el horizonte en dos enormes desesperanzas.

¡Pasajera es la alegría! Mas la tristeza perdura, bordón de un órgano gigante que el músico oprimiera hasta morir; su esqueleto la sigue tocando, tenazmente...

SOMBRA

Sombra espesa de humanidad.

Desde los dientes del precipicio, distinguí a la luz de la linterna, un hombre que venía por el sendero único, jinete en un potro enloquecido.

"¡Luz... Luz!" va gritando.

Mas yo, piadoso, volví la linterna hacia mi corazón.

A medio camino entre la noche y el día, en la penumbra donde se desviste el crepúsculo, es el reino de las sombras, esas sombras animadas que nacen bajo las bóvedas de ramaje y huyen hacia el Levante cuando el Sol se acuesta. Van despacio primero, más y más rápidas después. Tienen prisa por llegar a un sitio desconocido, situado siempre al oriente, siempre más al oriente.

Sombras y no tinieblas. Su carne necesita de la claridad para vivir. La noche las mata; y sus espectros, grises, azulados, ocres, son disueltos en el negro.

En la diafanidad de la mañana, son gigantes sepia, adormecidos entre la hierba y en la blancura de los claros; son caricaturas que quieren escapar del lápiz que las crea, alargándose todo cuanto pueden.

Suben el calor y la luz, y las sombras, abochornadas, se agachan, se empequeñecen, pero se vuelven más densas y sanguíneas, casi son tangibles. Y cuando el viento las agita, sentimos temor de ser aplastados por su enorme masa.

Y, por la tarde, después de nutrirse de luz con el mediodía, comienzan otra vez a crecer sin medida. Y ahora se tornan ligeras, imprecisas, difusas.

Son ellas las que engendran esas caras misteriosas que nos hacen gestos desde los muros desconchados, y que se mueven con alambres invisibles cada vez que volvemos la cabeza. Son también las que trazan las figuras cabalísticas que los augures descifran en las entrañas de las víctimas. Son las que rescatan las imágenes que naufragan en los lagos, para hacer con ellas los espantapájaros de los sembrados de la Noche.

Sombras que fundan religiones. Sombras que incuban misterios; su presencia mutable es alimento de la imaginación.

Arraigan a la tierra. Sus pies están encadenados a los pies de los árboles, pero sus testas tocan el límite de la selva. Y quien pudiera seguirlas, miraría cómo escalan la montaña, corriendo siempre hacia el Orto.

Van al encuentro del Padre Sol que les dió vida. Tienen en la otra parte del planeta una novia transparente. Su materia escapa de la fusión en la substancia de la Noche y logra alcanzar la región donde vive la penumbra.

Les gusta corretear por valles y calveros; juegan parejas con nubes y venados; huyen de las cavernas donde mora la obscuridad y de las que se escapa el terror que huella con sus cascos los caseríos maniatados.

Cuando el rechinido del grillo ha hecho recogerse a las cigarras y despierta la banda torpe de murciélagos, las sombras galopan en zancos por las veredas; casi se percibe el ruido de sus pasos. Y la gran sombra del cerro, que rumiaba sobre el pasto como vaca negra se desprende, y de un salto se encarama sobre las nubes bajas.

*

* *

El viento sopla su caracol de guerra, y la Noche, armada de cuchillos de obsidiana, inunda con su ejército los valles,

sale de las grutas, escala los barrancos, haciendo reala con todo lo que encuentra, para sacrificarlo en el teocalli del amanecer.

Con el alisio matinal, las sombras trasnochadoras saltarán sin ruido por el portillo de la sierra, y peregrinarán por la ruta invariable hasta el mediodía, para seguir después la caminata de la víspera...

*

* *

Las sombras, al interceptar la luminiscencia de esos paisajes fantásticos donde pasan la noche ¿no proyectarán una "sombra" de su cuerpo? —¡sombra de sombra!—. Ha de ser tan sutil como el "sueño" de una de esas criaturas que sólo se ven en los sueños.

A medio camino entre el día y la noche, en la penumbra en que se desviste el crepúsculo, está el reino de las sombras, mundo inconsistente que teme a la tiniebla lo mismo que a la claridad, mundo del que nadie ha venido a contarnos el secreto.

INCENDIO

("SINFONIA TONTA")

EN el bosque, como toque de queda, repercute el tañido lento del esquilón solar. Aterrizan las aves en los nidos —hangares de las frondas—; cesa el canto del trabajo; se aquieta todo lo que se arrastra y todo lo que corre; puéblanse las cavernas. Y hormiguean de vida soñolienta todas las madrigueras.

Rompe el oriente la presa que guardaba las tinieblas; y por la amplitud del horizonte se extiende su inundación silenciosa.

Hay una nube que tiende la mano a la luz que naufraga, y ambas descienden por la escalera giratoria del ocaso.

Se diría que la ciudad de los árboles ha quedado en estado de sitio; periódicamente suena el grito de ¡alerta!, brincando como canguro de montaña en montaña. Por los sembrados cuchichean la consigna de rebeldía las plantas esclavizadas. En las callejuelas se agita la inquietud vigilante de las luciérnagas. Con sus ojos brillantes, vigilan las alimañas fuera de la ley. Los eucaliptos hacen señas a la Luna coqueta. Las copaleras quieren ahuyentar los maleficios con sahumerios de aromas. Los cipreses románticos se visten de etiqueta para ir a la zaga del entierro del Sol. Los pinares dicen a coro la interminable letanía del mar...

De pronto, aparecen dos llamas, gallos de pelea que nadie vió nacer; se paran frente a frente, cruzan sus miradas y se embisten fieramente. Vuelan las encendidas plumas; se hunden las navajas en la carne indefensa. Y corre la sangre como vino bermejo. En la ciudad de los árboles los espectadores se alínean en filas concéntricas...

Los gallos inmortales parecen crecer con la pelea. Ahora son leones de alta melena, y sus despojos, por una inesperada hechicería, se transforman en guerreros de milagro.

Mensajeros vestidos de bayeta encarnada esparcen el alboroto por la espesura. Y por dondequiera que pasan, se organizan nuevos palenques en que corre el oro de las apuestas.

Con paso tácito se alejan los espías. De sus cuerpos sólo se distingue la lengua maligna. Sobre las cabezas de los conjurados, el gorro frigio brilla siniestramente.

Quien desconociera la tragedia, creería mirar una romería de la naturaleza, o una realización de saldos, anunciada con letreros de neón.

¡Oh, el estertor de los árboles moribundos! ¡Cómo se retuercen en su dolor sobrehumano; cómo dice su tormento el grito de luz en que se envuelven!

En los troncos de los robles se abren fauces que aúllan; por los brazos ascéticos del pirú cunde rápidamente la lepra color de carmín. El varillaje de los pinos arde con crepitación de cabellos.

Insiste el rebato anchuroso, que no logra sacudir los fatalismos.

Corren iguanas sangrientas rompiendo las guirnaldas, llevándose enredados los festones de papel.

Ha triunfado la revolución, su bandera deshilachada se infla como una frase solar; los gorros frigios saltan por el aire. Xiuhtecutli, el dios de la cara arrugada, asoma sus ojos de abis-

mo. Su boca desdentada tiene una mueca que significa sonrisa. Como columna borracha, la cascada invertida de las llamas —su cuerpo— intenta escalar la fortaleza de la altura.

El viento suena su cuerno de caza; y entonces se suelta la jauría de ruidos; matracas, cohetes chinos, silabeo de yunques, restallar de fustas, exclamación de aludes. Silban los vapores, detonan los troncos, se desafinan las ramas verdes, e insiste de nuevo el rebato de la campana de bronce.

Como un castillo, cúbrese la selva de una floración estrepitosa; bugainvilias que sofocan los árboles, tabachines de fecundidad increíble, amapolas de seda, colorines. El bosque es una escuela de pintores niños que ensayaran pintar la muerte de un sol.

En la escenografía se miran manos que peinan cabelleras de angustia, bocas en retorcimiento de injuria, "toritos encuetados" corneando capotes de obscuros; piernas que se agitan en bailes satánicos, heridas tremendas. Se entrevén pupilas sondeando lo arcano. Maduran las pomas, se desgajan las centellas como piñas...

Un ventarrón de largo aliento entra a saco en el trigal de llamas; sus manos se llenan de espigas escarlata. Corre por los campos jadeando como faquín, relinchando, gañiendo, escarbando la tierra como si quisiera desenterrar una zanahoria monstruosa. Cabecea como toro mancornado. Levanta remolinos con su trompa. Jirones de su cobija quedan prendidos en las cercas. Pero él continúa su danza salvaje, sacudiendo sus crines de chispas, abriendo sus brazos membranosos de vampiro.

Las nubes, como en un dibujo animado, vuelan con el torpe volar de los pavos.

El estrépito atrae otros ventarrones de feroces cataduras; bocas largas como embudos, con carrillos fláccidos de fuelle; hocicos de lagarto; picos agudos de soplete. Unos con enormes

patas de gallina; otros con los pies ahorquillados de los chivos; los más, con marañas de cuernos, y llevando por brazos troncos de encinas. Algunos, ágiles, como íncubos. Los demás, pesados —elefantes ebrios de haschich—, pero todos con resuello cálido y fuerte.

Y el saqueo dura largo tiempo, mientras queda una espiga o una mazorca. Hay que apresurarse, antes de que llegue el día, que ya se anuncia con un pálido lamento de claridad.

En el calvero, un ventarrón ennegrecido boxea sobre la panza elástica del humo, como si fuera un "punching-bag". El suelo ha quedado cubierto de tizones que brillan como chaquira sobre el vestido de la noche.

*

* *

Revienta el Sol como pitahaya madura.

El cielo se sacude con el gesto de un perro que sale del agua.

La mañana, recién nacida, se ha tiznado los pañales en los campos chamuscados. Y pronto se encarama en la cuna del cenit, donde los vientos mofletudos habrán de dejarla limpia y brilladora.

*

* *

Marcha dolida del día sobre el ancho camino de despojos. La luz superviviente se levanta poco a poco del campo de batalla. Los árboles mayores dan guardia a los muertos con la se-

veridad de viejos agentes funerarios. Confundidos en la ceniza de la fosa común, el pasto y las criaturas sin nombre.

Por la noche, las estrellas brillarán con luz estancada, ahogadas en la angustia; y la Luna esconderá sus ojos llorosos bajo impertinentes ahumados.

Y mientras tanto, el Planeta sigue girando como trompo "dormido", recogidas todas sus antenas sensoriales. La catástrofe ha sido sólo una nueva cicatriz que muy pronto la primavera se encargará de cubrir.



Y SIEMPRE EL MISMO VIVIR....

¡Y siempre el mismo vivir! Cubrirse de hojas, beber luz hasta llenar de savia las ramas, hasta henchir el tronco...

Y cuando las hojas cansadas se vuelven inútiles, dejarlas caer, todavía con un resto de vida, a confundirse con el polvo...

Y quedar desnudo ante las ráfagas invernales, amortajarse en sudario de nieve, y aún tener aliento para levantar la frente hacia un cielo sin sol. Y parecer alegre, mientras por dentro se hiela la sangre, y bajo la tierra las raíces se encogen de frío...

¡Y dormir, mecido por el agrio lamento de los vientos, sin cantos de aves, sin auroras, sin crepúsculos, sin hojas!...

¡Oh, árbol, cuán grande ha de ser tu corazón!

FIN.

INDICE


méxico, d.f.

